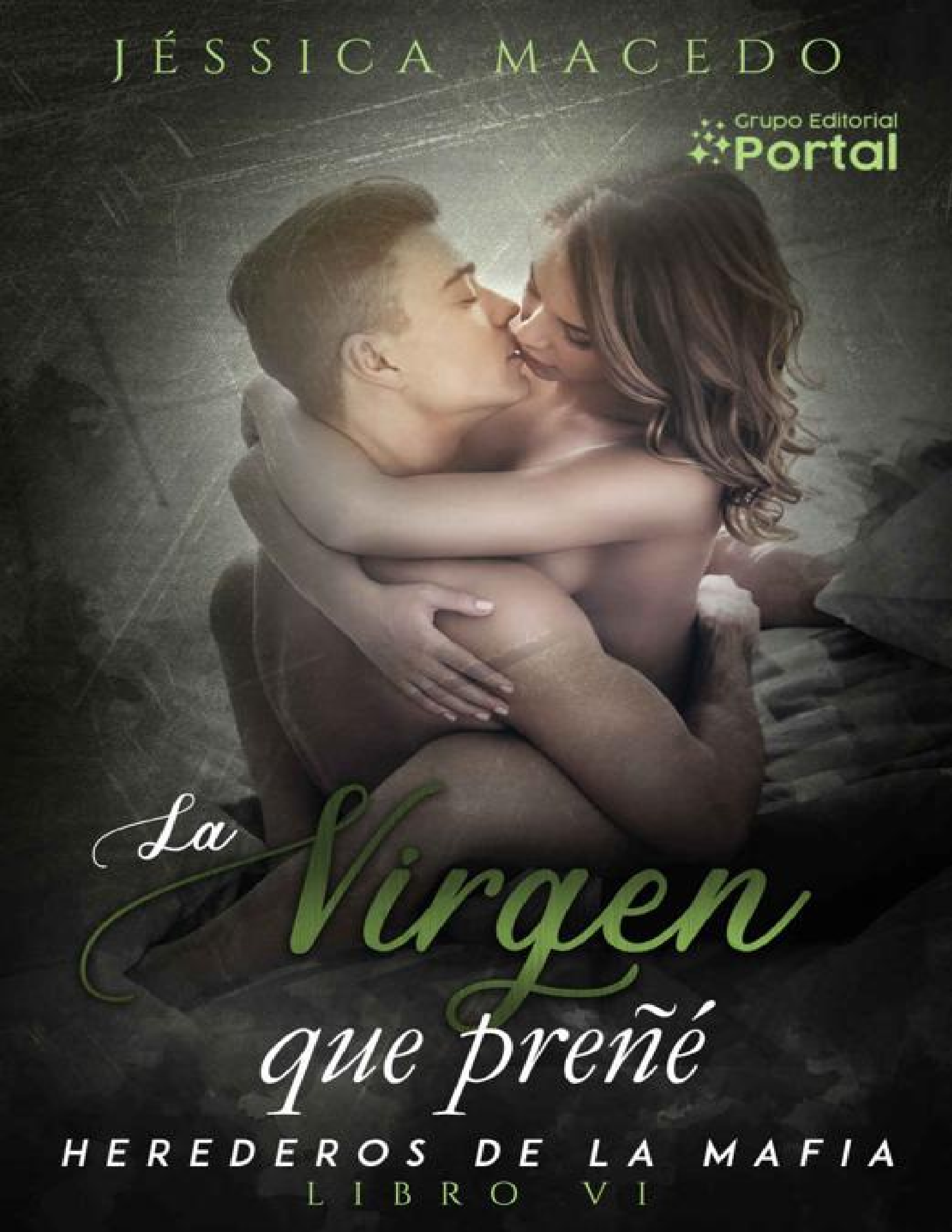
JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal



La Virgen que preñé

HEREDEROS DE LA MAFIA

LIBRO VI

JÉSSICA MACEDO

La Virgen que preñé

HEREDEROS DE LA MAFIA

LIBRO VI

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Consulte

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco

Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Capítulo cincuenta y ocho
Capítulo cincuenta y nueve
Capítulo sesenta
Capítulo sesenta y uno
Capítulo sesenta y dos
Capítulo sesenta y tres
Capítulo sesenta y cuatro
Epílogo

Sinopsis

Sebastian Dauphin alcanzó la cima de su carrera cuando se convirtió en director de crimen organizado de Interpol, y para alguien en su posición solo importaba una gran detención. Llevaba años tras la pista de una de las mayores familias mafiosas del mundo y lo había convertido en su objetivo final.

Nina Bellucci tuvo el lujo de llevar una vida menos reglamentada que otras mujeres nacidas en la mafia. Su padre le permitió estudiar y trabajar en la empresa con sus hermanos y otros socios, pero la vida de la inocente joven cambió cuando un irresistible profesor se cruzó en su camino.

Sebastian solo quería utilizarla para frustrar sus planes y conseguir por fin las pruebas para detener a los hombres que había estado persiguiendo. Sin embargo, el corazón es un arma traicionera y los deseos del cuerpo pueden ser irrefrenables. Se suponía que sería una tarea fácil involucrarse con una ingenua virgen, pero un embarazo accidental podría cambiarlo todo.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamiento inapropiado de los personajes.

En este libro no se expresan las opiniones políticas ni religiosas de la autora.

La autora ni apoya ni está de acuerdo con el dudoso comportamiento de los personajes.

Esta es una obra de ficción y no retrata la realidad de la mafia italiana o rusa.

A pesar de la mafia de fondo, no se trata de una novela negra, así que si esperas escenas de abusos sexuales, este libro no estará a la altura de tus expectativas.



Sebastian

Prólogo

Meses antes...

Las suelas de mis zapatos resonaban contra el suelo de cemento mientras me paseaba de un lado a otro frente al tipo atado a la silla que tenía delante. El ambiente era oscuro, polvoriento y algo claustrofóbico, pero el hecho de que yo lo hubiera traído allí era deliberado. El tipo tenía que sentirse lo bastante amenazado como para empezar a hablar.

—¿Cuándo es la próxima operación de los Bellucci?

—No lo sé —susurró en voz baja, pero no fue suficiente para convencerme.

Me incliné hacia él, apretando los dientes en una postura aún más amenazadora para intimidarlo y sacarle la información que tan desesperadamente necesitaba.

—Creo que sí lo sabes y será mejor que me lo digas.

—¿O qué? —Levantó la cabeza y me miró con una postura firme—. ¿Vas a matarme? Eres un policía de mierda.

Le agarré la cara y gruñó.

—Soy más que un simple policía.

—No te tengo miedo. —Me miró con determinación.

Sin duda, lo que más dificultaba mi trabajo era su lealtad a la mafia. Hiciera lo que hiciera, siempre estaban dispuestos a dar la vida por culpa de esa maldita organización.

—Deberías reconsiderar tus conceptos. ¿Dónde estarán?

El tipo se encogió de hombros y yo gruñí, pero antes de que pudiera hacer algo, vi una luz roja en mi pecho y vi algo más allá de las ventanas del edificio en el que estábamos.

—¡Todo el mundo al suelo! —grité justo antes de que el primer disparo hiciera añicos el cristal y golpeara la pared justo donde yo estaba.

Poco después sonaron varios disparos más, que perforaron el suelo de cemento y alcanzaron al hombre al que estaba interrogando.

Mis subordinados se escondieron detrás de unos pilares, pero uno de ellos acabó alcanzado por los disparos.

Desenfundé mi arma cuando el dron irrumpió en la habitación. El objeto era pequeño, no llegaba al metro de largo, pero el daño que había causado era irreparable.

Le disparé, pero las balas rebotaron en la superficie blindada. Volvió a disparar y tuve que esconderme detrás de una pared para evitar que me alcanzara.

Había un charco de agua en el suelo, a poco más de dos metros de mí, causado por una tubería que goteaba. Lo miré y me fijé en el reflejo de la pequeña máquina que nos disparaba. Me incliné hacia un lado, saliendo de mi protección para hacer un disparo. Impactó en una de las hélices, no lo suficiente como para derribar el dron, pero le hizo perder estabilidad y me dio la oportunidad de volver a disparar hasta derribarlo.

El objeto cayó al suelo y acabó dañado en cuanto pude acercarme. Tal vez podría utilizar su sistema para rastrear su origen y obtener más información sobre quién lo había enviado y, especialmente, sobre la persona que lo controlaba. Pero antes de que pudiera tocarlo, una luz roja empezó a parpadear.

—¡Maldita sea! —gruñí—. ¡Corran!

Me di la vuelta y corrí tan rápido como pude. Mis hombres vinieron conmigo, o al menos la mayoría de ellos. Justo antes de llegar al exterior del edificio, oí un estruendo y la explosión de la bomba me impulsó hacia delante, haciéndome caer de cara contra el hormigón del exterior del edificio abandonado.

Todo se esfumó demasiado rápido sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

Golpeé furiosamente el suelo en cuanto me recuperé del mareo provocado por la explosión.

—Bastardos —refunfuñé mientras me levantaba.

Me levanté, quitándome el polvo de la ropa. Rápidamente conté a mis hombres y vi que faltaban dos, desgraciadamente no debieron salir a tiempo.

Trataba con gente peligrosa que haría lo imposible por preservar sus negocios, pero desde que asumí la dirección de Interpol europea mi principal objetivo era acabar con la delincuencia organizada arraigada en el continente desde hacía siglos.

Un dron y un cómplice muerto no iban a detenerme.



Nina

Capítulo uno

Sabía que mi vida era mucho más libre de lo que hubieran deseado la mayoría de las mujeres nacidas como yo. Mi padre me había prometido que no me obligaría a casarme como había hecho con mis primas, y hasta ahora estaba consiguiendo cumplir esa promesa.

A los veintitrés años, podía preocuparme más de mí misma que de servir a un hombre y formar una familia, pero no podía dejarme engañar ni olvidar que, por mucho que llevara una vida *más fácil*, seguía formando parte de la mafia. El apellido Bellucci pesaba sobre mis hombros y no había forma de ignorarlo. No es que quisiera hacerlo, quería a mi familia y quería poder ayudarlos, por mucho que mis padres y hermanos intentaran mantenerme al margen del negocio. *Era demasiado arriesgado*, me repetían como advertencia para que nunca olvidara los peligros que podía correr.

Al menos me permitieron trabajar en la empresa que había fundado mi padre y ocuparme de los asuntos jurídicos que servían de tapadera a las operaciones de la mafia. Además de mi trabajo, mi padre me había permitido estudiar, que era mucho más de lo que podía desear. Aunque siempre había guardias de seguridad vigilándome de cerca en todo momento, protegiéndome por si aparecía algún enemigo. Estaba en la universidad y me había licenciado en informática. Ese semestre había empezado mi máster en inteligencia artificial y no podía estar más emocionada.

Con el tiempo, mis conocimientos serían amplios y podría resultar tan útil a la organización como los que están en primera línea.

Dejé la mochila en la silla y dejé el portátil, dispuesta a empezar otro día, cuando el profesor entró en la clase. Vincenzo Palazzo, un hombre de unos treinta años, casi cuarenta, con algunas canas que hacían que su pelo pareciera gris. Pero no se dejaba engañar por su edad, tenía una complexión atlética, músculos bien definidos y los ojos verdes más vivaces que jamás había visto. No podía dejarme llevar por la belleza de mi profesor. Aquel flechazo que había tenido

desde el primer momento en que lo vi el mes pasado, el primer día de clase, era completamente platónico y estaba condenada al fracaso.

Era obvio que aunque mi padre no me hubiera encontrado marido, no podía relacionarme con cualquiera, había consecuencias y las conocía muy bien.

Como solían decir, *una mirada no hace daño...*

—¡Epa! —Me tropecé accidentalmente con mi maletín y se me cayó.

—¿Todo bien, Nina? —Se acercó, mirándome fijamente sin miedo a mirar demasiado profundo, como si pudiera ver dentro de mi alma.

—Sí, sí —balbuceé.

¡Qué tonta soy!

—¡Qué bueno! —Su sonrisa se hizo más grande, mostrando sus dientes perfectamente blancos. Estaba aún más guapo de cerca—. ¿Hiciste la investigación que te pedí la semana pasada?

—Aquí lo tengo.

—¡Maravilloso!

Pensé que iba a acercarse, que pediría ver mi computadora y ponerse a mi lado, pero se apartó, recordándome que yo era una estudiante como cualquier otra.

No llevaba alianza en la mano, aunque no me atreví a preguntarle si tenía mujer. Era profesor en la universidad, casi me doblaba la edad, y yo no era más que otro de sus alumnos. Aunque él no había nacido en la mafia y tendría que afrontar consecuencias inimaginables para involucrarse conmigo, seguíamos teniendo otras barreras que lo hacían improbable, y

probablemente por eso yo pensaba tanto.

Se volvió hacia el resto de la clase y empezó a hablar.

Intenté concentrarme en la materia y no en el hombre, al fin y al cabo, para eso estaba allí.



Sebastian

Capítulo dos

Dejé mi maletín en el sofá de mi piso de alquiler en el centro de Roma. Llevaba poco más de un mes viviendo una vida que no era la mía, disfrazado y lejos de la oficina de Interpol en Francia. Incluso antes de hacerme cargo de la dirección de crímenes organizados, estaba tras la pista de una de las principales familias de Europa y me di cuenta de que no podía hacer mucho desde mi sillón de cuero en mi bonito salón.

Si quería atraparlos, tenía que ocuparme yo mismo del asunto.

Atravesé mi casa y entré en uno de los dormitorios. Di la vuelta a un gran cuadro y detrás se reveló el esquema de un árbol de poder en el que participaba la familia Bellucci. En la parte superior estaba el jefe de toda la organización, Marco, y más abajo su hijo mayor, que pronto asumiría el papel de su padre. Los demás miembros de la familia también estaban indicados y señalados con sus posibles funciones según lo que había averiguado a través de agentes, informantes y mis propias investigaciones.

Era una gran familia con influencia no solo en Italia, sino también en Estados Unidos, Rusia y otras partes del mundo. Si conseguía desmantelarlos, sería un logro impagable para la Interpol. Pero yo no era el único intentando hacer esto; muchos otros estuvieron en mi posición y fallaron antes que yo.

Todo lo que teníamos era ese cuadro que yo tenía delante, y eran meras suposiciones, nada podía confirmarse aún. Las pruebas simplemente desaparecieron, al igual que cualquier testigo que pensara siquiera en testificar contra ellos.

Nuestro trabajo durante años parecía en vano, pero yo estaba allí para cambiar eso.

Oí el sonido de un teléfono móvil y abrí una caja fuerte que había junto al cuadro, sacando el aparato de allí.

—Director —Una voz masculina familiar sonó desde el otro lado.

—Director interino.

—Sebastian, cuánto tiempo sin hablar.

—Parece que fue ayer. —Mi tono era burlón.

—¿Alguna novedad sobre el caso?

—Sigo estudiando el terreno. Tengo muchas ganas de hacer algo, pero debo tener cuidado de no meter la pata y poner en peligro lo que ya hemos conseguido.

—Deberías volver a la oficina y dejar que lo haga otro agente.

—Eso ya lo intentamos y fracasaron.

—Pero es demasiado arriesgado, señor.

—No me metí en este trabajo para tener miedo de correr riesgos, Antoniolli.

—Lo admiro, pero quizá no sea la forma de conseguirlo.

—Todo el mundo tiene una debilidad, por muy fuerte que parezca. Creo que podría ser ella, solo necesito que confíes en mí.

—Lo que salga de ahí puede no ser admisible ante un tribunal.

—Todo lo que necesitamos es información sobre cuándo golpearlos y los atraparemos con las manos en la masa. Con las pruebas adecuadas, serán arrestados.

—No sé, señor...

—¿No confías en mí?

—Por supuesto que sí.

—Entonces déjame hacer mi trabajo.

—Por supuesto. Póngase en contacto si necesita recursos.

—Sí, te mantendré informado de mis progresos —dije, desconectando la llamada y volviendo a poner el aparato en la caja fuerte.

Era mejor que nadie se imaginara que yo era mucho más que un profesor universitario.



Nina

Capítulo tres

—¿Qué haces, mamá? —Entré en mi casa después de la clase y la vi sentada en el sofá, moviendo las manos y mordiéndose los labios.

—Un suéter para Erkin.

—¿No te resultaría más fácil comprar uno?

—Quiero que sepa que hice algo por él. Es mi primer nieto y yo...

—Mamá —la interrumpí antes de que empezara con un gran discurso—, no es más que un bebé que apenas reconoce su propio nombre. No creo que le preocupe quién hizo el suéter en este momento.

—Tienes toda la razón. —Dejó los hilos y las agujas a un lado y me acarició la mejilla—. Ojalá él, Nedja y tu hermano estuvieran aquí. Sería mucho más fácil ayudarlos si viviéramos todos juntos.

—Ettore necesita su espacio. También Nedja y el bebé.

—¿Y si necesitan ayuda? —Mi madre frunció los labios.

—Para eso existen las niñeras.

—Pero la abuela lo cuidaría mejor.

—Mamá...

—¡Ya lo sé! —Ella levantó los brazos en señal de rendición—. Comprendo que la familia

de tu padre no tenga las mismas costumbres que la mía y que a Ettore le guste tener su espacio, que el apartamento sea seguro. Es que echo de menos tener niños en esta casa. Crecieron todos muy deprisa.

—Eso es lo que pasa con los niños, mamá. Crecen.

Dejó escapar un profundo suspiro y apoyó la cabeza en mi hombro. Acaricié su pelo rubio, al igual que el mío, y permanecimos así un rato hasta que ella se atrevió a romper el silencio.

—¿Cómo te ha ido hoy?

—Bien.

—¿Solo bien?

—Me gusta estudiar.

—Me alegro de que puedas hacerlo.

—¡Yo también! —Besé a mi madre en la mejilla.

—¿Vas ahora a la empresa de tu padre?

—Lo planeaba, ¿por qué?

—Pensé que podrías pasar el resto de la tarde conmigo. Hacer cosas de chicas...

Torcí los labios, reflexionando un poco. Sabía que, por mucho que mis tías se relacionaran con ella, mi madre a veces se sentía sola después de que cada uno de sus hijos había crecido y encontrado su propio camino. Siempre estábamos ocupados con nuestras cosas y le dedicábamos poco tiempo a ella.

—Les haré saber que no iré hoy.

—Gracias. —Me dedicó una gran sonrisa y tiró de mí para acercarme.

—De nada, mamá. —Le besé la mejilla—. ¿Quizá podamos visitar al abuelo?

—Creo que es mejor que no salgamos de casa...

—Está todo tranquilo, mamá. No tenemos enemigos persiguiéndonos, será bueno para ti pasar algún tiempo con tu familia.

—Tu padre...

—Hablaré con él. —Le dediqué una amplia sonrisa que pronto se hizo contagiosa.

—No hay nada que le pidas que no haga.

—No es así. —Fruncí el ceño y ella no insistió.

En cierto modo tenía razón, yo era la niña mimada de Mateo Bellucci, la única mujer de los cuatro hijos. Mientras que mis hermanos se involucraron en asuntos de la mafia a una edad temprana, mi padre siempre hizo todo lo posible por protegerme, incluso librándome de la posibilidad de un matrimonio concertado, como había ocurrido con mis primas. Aunque ellas encontraron el amor, sabía que no fue nada fácil.

Por supuesto, no era como si pudiera salir y quedar con quien quisiera. Había reglas que todos a mi alrededor nunca me dejaban olvidar. No podía arrastrar a un hombre a eso.

Por mucho que me atrajeran algunos de ellos e incluso fantasease con ellos, nunca me había involucrado con ninguno. Era mejor centrarme en otras áreas de mi vida y disfrutar de la falsa sensación de libertad que estaba adquiriendo.

Saqué el móvil y llamé a mi padre. No tardó en contestar.

—¡Nina!

—¡Hola, papá!

—¿Estás en camino?

—No tengo intención de ir hoy.

—¿Por qué? —Su tono se volvió más serio y preocupado—. Tienes trabajo que hacer.

—Juro que mañana lo compensaré y me quedaré hasta tarde, pero hoy quiero estar con mamá.

—De acuerdo. —Acabó asintiendo cuando hablé de ella.

—Pensaba en ir a visitar a mis abuelos.

—¿En territorio gitano?

—Sí...

—Nina...

—¡Papá! —le interrumpí antes de que pudiera negarse—. Allí es seguro, mi madre es la princesa y todo el mundo la quiere. Además, puedes hacer que la seguridad nos escolte.

—Están en casa, ¿verdad? —reflexionó.

—Sí.

—Espera a que Giovane llegue con los hombres para acompañarlas a ustedes.

—De acuerdo.

—Tengan cuidado.

—¡Lo tendremos! Te quiero, papá.

—Yo también, niña.

En cuanto desconectó la llamada, me volví hacia mi madre, que estaba atenta, esperando lo que iba a decir.

—Vamos a arreglarnos para salir.

Ella solo ensanchó su sonrisa y no dijo nada.

Fui a mi habitación, me cambié de ropa y me puse brillo de labios. Cuando volví al salón, mi hermano pequeño no tardó en entrar refunfuñando.

—Odio hacer de niñero.

—Ni que fueras a ser tú el niñero.

—¿No es así? —Se cruzó de brazos.

—Por supuesto que no.

—Será divertido, Giovane. —Mi madre salió del pasillo con una falda larga de flores y una blusa blanca con mangas tres cuartos.

Me gustaba su estilo, aunque se había casado con mi padre hacía varias décadas, no había

abandonado sus raíces gitanas. Cuando era pequeña, me vestía exactamente igual, pero a medida que fui creciendo, fui tomando mi propio estilo y me adapté mejor a los jeans.

—¿Vamos? —Ella nos llamó a los dos.

Asentí y mi hermano cruzó la puerta. Lo seguimos hasta llegar al garaje del edificio. Había casi una planta entera solo con los vehículos que nos pertenecían. Giovane abrió un armario que estaba bloqueado con una cerradura digital y analizó las llaves, pero antes de que pudiera elegir una, yo fui más rápida.

—¡Yo conduzco!

—¡Nina!

Me encogí de hombros.

—Papá dijo que debía cuidar de ustedes.

—Eso no incluye ser el chofer. Estás dudando de mis habilidades, ¿verdad? —Entrecerré los ojos, mirándolo con una expresión más seria.

—Eso no es lo que he dicho.

—Estupendo. —Me di la vuelta y caminé hacia el coche que había elegido.

Aunque los descapotables me parecían preciosos, me di cuenta de lo peligroso que era exponerme al aire libre. Elegí un sedán negro de cuatro puertas para que mi madre pudiera sentarse cómodamente en el asiento trasero. Como todos los demás, estaba blindado e incorporaba toda la tecnología que nuestra familia había desarrollado a lo largo de los años.

Conocía bien el camino y conduje fuera del garaje. En el exterior había otros dos coches con hombres de confianza que nos siguieron hasta el barrio de Roma donde vivía la familia de

mi madre.

Era una casa enorme, con muchas habitaciones y un gran patio trasero en el que cabía demasiada gente. Los gitanos eran así, vivían todos juntos y por eso mi madre lo echó tanto de menos cuando decidimos mudarnos.

Ettore y Nicolae ya no vivían con nosotros, solo quedábamos mi hermano pequeño y yo, que probablemente pronto se compraría su propio apartamento. Únicamente yo no tenía planes de mudarme pronto, me gustaba estar cerca de mi madre y no veía ninguna otra razón para estar sola, por no mencionar que mi padre era mucho más protector conmigo que con los hombres. Por mucho que me creyera plenamente capaz, comprendía que ellos estaban mucho mejor equipados que yo para enfrentarse a los enemigos. A diferencia de Manuela, que había aprendido a luchar con mi tío Theo y sus hermanos y había perfeccionado sus habilidades en combate, yo prefería tratar con ordenadores a ensuciarme las manos.

Conocía el negocio de mi familia y asumía todo lo que había que hacer para que el negocio siguiera adelante, pero había otras formas de hacerme útil que no implicaban aprender a matar gente.

Después del susto que me llevé cuando nos atacaron los perseguidores de Nedja hace unos meses, no quería que volviera a ocurrir algo así. Por muy asfixiante que fuera estar rodeada de guardias de seguridad todo el tiempo, en la práctica había aprendido lo necesarios que eran para protegernos.

En cuanto llegué a la entrada de la casa de mis abuelos, ellos y otros miembros de la familia vinieron a darnos la bienvenida.

—¡Ah, Nina!

—Hola, abuela. —Le devolví el abrazo y me dio un beso en la mejilla.

—Me alegro de que hayan venido —deslizó mi abuelo.

—Nosotros también te echamos de menos, papá. —dijo mamá, abrazándolo.

—¿Cómo estás querida? —La abuela me rodeó los hombros con los brazos y me condujo al interior de la casa, que estaba ricamente decorada como si fuera un palacio del siglo pasado, con muebles retro, muchos colores, sobre todo rojos, y detalles dorados que brillaban por todas partes.

Aunque la familia de mi padre era mucho más rica, la casa de mi abuela Rosimeire tenía un lujo mucho más moderado y una decoración menos extravagante.

—Estoy bien.

—¿Y tus estudios? —Me indicó un sillón para que me sentara.

—Empecé una maestría.

—¡Qué orgullo!

—¡Gracias! —Fruncí el ceño ante su exclamación.

—Son todos muy inteligentes —dijo mi abuelo.

—¿Cómo está mi bisnieto?

Pronto nos acribillaron a preguntas y la conversación fluyó, pero me alegró darme cuenta de que mi madre era feliz.



Sebastian

Capítulo cuatro

Nunca estaba sola...

Desde el principio supe que mi plan de acercarme a Nina Bellucci era demasiado ambicioso, pero después de toda mi investigación, la hija del subjefe resultó ser el eslabón más débil de toda la mafia.

La joven e ingenua estudiante universitaria probablemente no estaba implicada en los grandes negocios de la familia, pero era lo más cerca que podía estar de obtener información legítima si ella confiaba en mí. Llevaba casi un mes cerca de ella y acercarme podía ser mucho más difícil de lo previsto, ya que siempre había al menos dos guardias de seguridad vigilándola. Se quedaban al fondo del aula, no interactuaban ni hacían nada, pero siempre estaban ahí.

No podía acudir a la dirección de la universidad y pedirles que los expulsaran, porque la familia Bellucci tenía una gran fachada de negocios legales que enmascaraba su fortuna. Estaba justificado que quisieran proteger a uno de los herederos de un imperio multimillonario.

La joven rica habría sido un cebo fácil si no la hubieran vigilado de cerca.

Aun así, parecía la mejor alternativa.

Había asumido una nueva identidad, abandonado momentáneamente mi puesto de director de la división de crimen organizado de Interpol y me hacía pasar por profesor universitario. Para interpretar a Vicenzo Pallazo, tuve que abandonar todo mi acento francés y parecer que realmente había hablado italiano toda mi vida. Me inventé una historia, un origen y una carrera en el norte de Italia. Necesitaba mantener esto hasta el final, porque si de alguna manera los Bellucci siquiera sospechaban que yo estaba cerca, me matarían sin que yo obtuviera ninguna información.

La misión de atraparlos parecía imposible, porque tenían ojos y oídos en todas partes, incluso dentro de la propia policía internacional. Era difícil saber en quién confiar y yo siempre había elegido a dedo a mi equipo, con la esperanza de que fueran incorruptibles, aunque la vida me había demostrado que todo el mundo tenía un precio, no necesariamente pagado en dinero.

Para ese trabajo no solo había aceptado cambiar de nacionalidad, sino que también me habían hecho una pequeña intervención quirúrgica en la cara, suficiente para dejarme irreconocible, y llevaba lentes de contacto para volver verdes mis ojos azules.

—¡Buenos días, profesor! —Entró en la sala con una amplia sonrisa y se acomodó en su silla habitual.

Justo detrás de ella venían los guardaespaldas. Uno de ellos me fulminó con la mirada y se alejó en completo silencio.

Había algunos estudiantes más en la sala y los saludé para no fingir que toda mi atención estaba puesta en ella. Luego me acerqué a su mesa, atrayendo su mirada hacia mí, y ella volvió a sonreír.

Aunque yo era mucho mayor, seguía siendo guapo y hubo un tiempo en que supe utilizar mi encanto con las mujeres. Podría ser como montar en bicicleta, nunca te olvidas de eso.

—¡Hola!

—¡Hola profesor! —Se pasó el pelo rubio por detrás de la oreja y me di cuenta de lo sonrojadas que estaban sus mejillas cuando me acerqué.

—¿Cómo va la investigación?

—Va bien.

—¿En serio?

—He hecho algunos progresos. ¿Quieres verlos?

—Sí, claro. Pero estoy a punto de empezar la clase, ¿qué tal si vienes a mi oficina y me lo enseñas luego? Quizá pueda ayudarte.

—Me encantaría.

—Genial.

Asentí y me aparté de ella, dirigiéndome a la pizarra, donde me concentré en la clase del día. Por muy buenos que fueran mis conocimientos informáticos, también tenía que estudiar mucho para parecer mínimamente creíble. Mi ventaja era que aprendía rápido, porque no quería que ella me desenmascarara antes de conseguir lo que quería.



Nina

Capítulo cinco

Aunque sabía que el interés del profesor por mi proyecto era puramente académico, me temblaron las piernas cuando me llamó para una charla privada. Tenía que centrarme en la investigación y nada más, pero sabía lo difícil que sería.

Esa atracción platónica por el hombre me desestabilizaba por completo.

Abracé la bolsa de mi portátil mientras caminaba por el pasillo de la universidad y me detuve frente a la puerta del profesor.

Le di dos golpecitos con la mano cerrada y esperé a que el hombre viniera a abrirla. No tardó mucho. Di un paso atrás cuando mis ojos chocaron con los verdes suyos y me avergoncé aún más.

—Ho…ho…la…

No tartamudees, tonta —discutí por dentro.

Yo era estudiante de maestría, no quería parecer una adolescente idiota que ni siquiera sabía hablar correctamente delante de un hombre al que admiraba tanto.

—¡Eh, Nina! —Su sonrisa me hizo sentir más tranquila.

Con toda la protección de mi familia, mi interacción con personas ajenas a la mafia acabó siendo exclusivamente en la universidad y temía que a veces no supiera cómo reaccionar dentro de lo que se esperaba de mí.

—¡Adelante! —Abrió más la puerta para que pasara.

—Gracias. —Di un paso dentro y los guardias de seguridad que me acompañaban hicieron lo mismo, pero Vincenzo les hizo un gesto para que se detuvieran.

—¿Tienen que entrar?

—Siempre están conmigo. —Esbocé una sonrisa forzada.

A veces era un fastidio, pero me había acostumbrado a los guardias de seguridad porque siempre estaban ahí y comprendía la necesidad de protección. Formaba parte de una familia con muchos enemigos y no quería convertirme en víctima de ninguno de ellos.

—¿No pueden esperar fuera?

—Bueno... —Me volví hacia ellos y uno asintió, pensativo.

—Señorita... —Empezó a protestar.

—Quédense en el pasillo. Si pasa algo, grito.

—De acuerdo. —Asintieron.

Vigilarían la puerta y estarían muy cerca de mí, ¿qué riesgos podía correr? Solo iba a hablar de mi proyecto con un profesor.

Entré en el despacho y Vincenzo cerró la puerta con nosotros dentro.

Se me aceleró el corazón cuando se giró y me miró de nuevo, pero pronto me di cuenta de lo tonta que estaba siendo. Era solo un hombre, yo estaba acostumbrada a vivir con ellos, mi familia estaba llena de ellos, además de los soldados que siempre estaban allí para mantenernos a salvo. No debía afectarme así, y además, Vincenzo era mucho mayor, seguro que me veía como a una niña, como a una más de sus alumnas.

—Puedes sentarte allí. —Indicó una silla vacía frente a su escritorio.

—Gracias.

—¿Cómo va el proyecto?

—Bi... —Respiré hondo—. Bien.

—¿Estás bien, Nina? —Se acercó y me di cuenta de que su perfume era intenso.

—Sí... sí. —Parpadeé y di un paso atrás—. Estoy bien. —Forcé una sonrisa con tanta firmeza que me dolieron las mejillas.

—¿Por qué no abres tu código y me dejas ver lo que ya has hecho?

—¡Claro!

Vincenzo me acercó una silla y me acomodé en ella. Tomé el ordenador y lo abrí en el programa que estaba desarrollando.

—Mi intención es crear una inteligencia artificial que funcione como Siri, Alexa o Lola.

—¿Lola? —Entrecerró los ojos al no reconocer el nombre.

—¡Ah! Es la que desarrollaron mi padre y mis hermanos.

—Lo entiendo, pero si tu familia ya ha desarrollado algo así, ¿no sería mejor optimizar su sistema en lugar de crear algo nuevo?

—Sí... Lo pensé, pero luego decidí que quería algo más personal, solo mío.

—¿Quieres programar y crear una amiga para ti? —Se rió como si fuera una broma, pero

no le contesté, porque en parte era cierto.

Estaba rodeada de mucha gente, mi familia era numerosa, tenía varios primos y con el matrimonio de mi hermano había ganado una cuñada y un sobrino. Pero a pesar de todo, a veces seguía sintiéndome sola. No tenía amigos, conocía en todo momento los riesgos de involucrar a otras personas en mi vida y lo evitaba. Por mucho que me relacionaba con los estudiantes de la universidad, especialmente con mis compañeros de clase, nunca llegué a involucrarme con nadie. Por no mencionar el hecho de que ir siempre acompañada de guardias de seguridad no era la mejor carta de presentación social.

—Eres una estudiante brillante, Nina. —Me felicitó—. Estoy seguro de que desarrollarás una inteligencia artificial aún mejor que la de tu familia.

—No soy tan ambiciosa… —Solté una risita.

—Apuesto a que puedes hacerlo.

—Con tu ayuda, quizás.

—Siempre puedes contar conmigo. —Me miró con firmeza y me desconcerté aún más.

—Gracias. —Abrí el código que estaba desarrollando y se lo dejé ver.

—Has mencionado a tu familia. Tu padre tiene una famosa empresa tecnológica, así que parece que todos han heredado este rasgo de él.

—Sí. Nos animó mucho desde que éramos pequeños y todos le agarramos el gusto. Si no recuerdo mal, construí mi primer robot cuando tenía dos o tres años.

—Una pequeña genia.

—Tuve a quién salir.

—Por supuesto, pero tu belleza debe haber venido de otra parte de la familia.

Abrí la boca, pero no pude responder. No me esperaba ese tipo de comentario.

—Te pido disculpas. —Se rió—. Hablé sin pensar.

—No pasa nada. —Jugueteé con mi pelo y aparté la mirada con torpeza—. Mi madre es rubia.

—Imagino que ella es una mujer muy interesante.

—Lo es en muchos sentidos.

—Veamos lo que tienes aquí. —Se inclinó hacia mí y empezó a mirar mi código—. Podemos optimizar este bucle de aquí y mejorar el tiempo de procesamiento de la información.

—No lo había pensado.

—Te daré algunos consejos.

—Gracias.

—¿Ha pensado en cómo funcionará el aprendizaje automático?

—He hecho algunos estudios, pero aún no los he puesto en práctica.

—Creo que este es el siguiente paso que debes dar. Lo más importante de la IA es su capacidad para aprender del usuario.

—Puedo enseñarte algo en la próxima lección.

—Me encantaría verlo. —Me miró tan profundamente que no pude apartar la mirada.

Por suerte, los guardias de seguridad no nos estaban mirando, porque habría sido una situación embarazosa. Quizá todo estaba en mi cabeza, ya que había estado babeando por aquel profesor desde que lo vi por primera vez, pero no podía evitar que me llamara la atención cada uno de sus movimientos.

Vincenzo me tomó un mechón de pelo y me lo puso detrás de la oreja, haciéndome parpadear para cerciorarme de que realmente estaba ocurriendo.

No era una niña pequeña. Ahora, a mis veintitrés años debería haber sido una mujer adulta, pero no tenía experiencia con los hombres. El hecho de no haber sido negociada en un matrimonio concertado para favorecer a la mafia nunca significó que pudiera salir con quien quisiera o ir por ahí disfrutando de mi vida. Se me aplicaban los mismos protocolos que a otras mujeres.

Moví la cara y se apartó.

—Lo siento. Tenías el pelo cubriéndote los ojos.

—No pasa nada. —Me ardían las mejillas y estaba segura de que se me habían puesto rojas, pero no podía evitarlo.

Ya no podía ni pensar en mi proyecto y cuanto más me acercaba a ese hombre, más lo deseaba.

No debería involucrarme con nadie ajeno a mi mundo, y menos con un profesor universitario mucho mayor que yo. Pero la racionalidad no era mi fuerte.

—Creo que es mejor que te vayas. Tus guardias de seguridad deben estar impacientes allí afuera.

—Sí. —Desvié la mirada hacia la pared blanca que tenía delante y cerré la tapa del portátil para guardarlo en el bolso.

—Nos vemos en la próxima clase.

—De acuerdo.

Me levanté y tenía la mano en la manija de la puerta cuando volvió a llamarme.

—Te he enviado un mensaje con mi número. Si quieres hablar conmigo sobre los detalles del proyecto, estaré encantado de ayudarte.

Iba a preguntarle cómo lo había hecho, pero entonces recordé que averiguar números de teléfono era algo que mis hermanos hacían todo el tiempo.

—Nos vemos, Nina.

—Nos vemos, Vincenzo... Quiero decir, profesor. —Me apresuré a salir y los guardias de seguridad me acompañaron.

—¿Nos vamos a su casa, señorita Bellucci?

—No, para la empresa de mi padre, por favor.

Asintieron y nos dirigimos a la camioneta blindada que estaba aparcada cerca del edificio informático del campus.



Sebastian

Capítulo seis

Esa actitud que tuve con una alumna era totalmente inaceptable para un profesor universitario. Si ella se quejaba, podían despedirme por acoso. Sin embargo, yo no estaba en esa universidad para enseñar a estudiantes ni para centrarme en mi carrera académica.

Nina Bellucci era mi objetivo y haría lo que fuera para acercarme a la joven heredera de la familia que llevábamos años persiguiendo. Ella era mi oportunidad de desmantelar por fin aquella organización y no renunciaría a ello.

Había conseguido un momento a solas con ella y esperaba que se repitiera hasta el punto de que su confianza en mí me ayudara a conseguir información y algo relevante sobre el resto de los miembros. Poco a poco le sacaría algo significativo sobre su padre y hermanos.

Sabía que este tipo de coacción sería inadmisible en un tribunal internacional, pero cualquier flagrante me daría las pruebas que necesitaba. Llevaban a cabo operaciones todo el tiempo en Italia y en todo el mundo, así que no debería ser tan difícil.

Era imposible tratar con delincuentes como aquéllos si no me ensuciaba un poco las manos, y había llegado a un punto en mi carrera en el que no pararía hasta alcanzar ese objetivo y tener entre rejas al menos a unos cuantos de los Bellucci.

Tuve que admitir que el hecho de que Nina fuera una mujer joven y muy atractiva me facilitó mucho el trabajo. No había ningún sacrificio en involucrarme con ella.

Durante los últimos años, hasta que me convertí en director de Interpol, no pensé en otra cosa que no fuera mi trabajo. No tenía espacio para relaciones románticas duraderas y apenas me relacionaba con mi familia. Llevaba una vida muy solitaria, era todo lo que tenía y me esforzaba al máximo por ello.

Me duché al llegar de la universidad y salí envuelto en una toalla. Tomé el móvil para comprobar que había llegado la comida que había pedido y me sorprendió ver un mensaje de Nina.

Una sonrisa se formó en mis labios al darme cuenta de que la ingenua chica había mordido el anzuelo más rápido de lo que esperaba.

Nina:

Hola, profesor.

Vincenzo:

Hola, Nina.

Nina:

No sé si te estoy estorbando enviando mensajes a estas horas.

Vincenzo:

En absoluto.

Nina:

¡Qué bien!

Vincenzo:

¿Qué puedo hacer por ti?

Nina:

Aún no he conseguido programarlo, pero he dibujado sobre el papel cómo funcionará el aprendizaje automático de Cigana. ¿Puedes echarle un vistazo?

Vincenzo:

¿Cigana?

Nina:

Es solo un tonto homenaje a mi madre.

Vincenzo:

No digas que es tonto.

Nina:

:)

Vincenzo:

Envíamelo.

Hizo una foto y me la envió. Analicé la información durante unos instantes, pero era muy evidente que sus conocimientos informáticos eran superiores a los míos. Mientras yo dedicaba toda mi vida al entrenamiento de combate y a mi carrera en la Interpol, ella se dedicaba a programar y fabricar robots.

Vincenzo:

Lo analizaré con más tiempo y te diré lo que pienso. ¿Te parece bien?

Nina:

Sí.

No quiero molestarte, profesor.

Vincenzo:

Nunca me molestas.

No respondió a mi mensaje tan rápido como me hubiera gustado y odié no estar delante de ella para calibrar su reacción por las expresiones de su cara. La tecnología tenía sus ventajas, pero me estorbaba en otros momentos.

Vincenzo:

No trabajes con esto hasta tarde. Una mujer joven como tú debería tener otras opciones para ocupar su tiempo.

Nina:

No tengo mucho que hacer aparte de dedicarme a los ordenadores y los

proyectos.

Vincenzo:

¡Qué absurdo! Cuando yo tenía tu edad, la noche era joven. Sobre todo los fines de semana, que no había tiempo para volver a casa.

Nina:

Solo de pensar en algo así a mi padre le da un infarto. Ja, ja, ja.

Vincenzo:

¿Es sobreprotector?

Nina:

Ni te imaginas.

Vincenzo:

Se nota por tus guardias de seguridad. Ja, ja, ja.

Nina:

Así es.

Vincenzo:

¿Nunca has querido deshacerte de ellos?

Nina:

Sé que son necesarios.

Vincenzo:

Sí. Una joven como tú, de familia rica y hermosa, necesita protección.

Nina:

Mi apellido me precede.

Vincenzo:

Pero apuesto a que eso no es todo lo que eres.

Nina:

Por supuesto que no.

Vincenzo:

Entonces deja que el lado de Nina salga un poco más, me encantaría conocerlo.

Tardó tanto en responder a mi mensaje. Pensé que no lo haría.

Nina:

Así me haces sentir avergonzada.

Vincenzo:

Lo siento. Esa no era mi intención.

Nina:

Está bien.

Vincenzo:

Quiero que te sientas a gusto conmigo.

Nina:

Me siento cómoda.

Vincenzo:

Eso es bueno, significa que estoy haciendo parte de mi trabajo.

Nina:

Ja, ja, ja.

Bueno señor, ahora te dejaré en paz.

Vincenzo:

¡No me llames señor! Me hace parecer aún mayor de lo que soy.

Nina:

No era mi intención.

Vincenzo:

Ya lo sé.

Nina:

Nos vemos, profesor.

Vincenzo:

Hasta pronto Nina.

Quería prolongar la conversación, pasar más tiempo hablando con ella, pero tenía que tener cuidado, si insistía demasiado era muy probable que acabara sospechando. Si ella o cualquier otro Bellucci sospechaba siquiera de mi disfraz, mi misión de años se quedaría en nada.

Abrí su código e intenté analizarlo un poco más. Era un hecho que esta joven genia debía enseñarme a mí y no al revés. Me hizo lamentar verla del lado de la mafia y no trabajando para alguna organización gubernamental.

El hecho de que los Bellucci hubieran permanecido impunes durante tantas décadas era que disponían de más recursos de los que podía calcular. Su influencia iba mucho más allá de Italia y, tras el matrimonio de Pietra con Mikhail Orlov, de la mafia rusa, las dos organizaciones unieron sus fuerzas y se hicieron aún más poderosas.

Fui a la caja fuerte donde guardaba mi teléfono y llamé a uno de los miembros de mi equipo en Interpol.

—¿Jefe?

—Patrick, ¿estás cerca de tu ordenador?

—Siempre estoy con el ordenador, señor.

—¿Puede ayudarme con un código?

—Sí, envíelo.

Tomé el otro dispositivo y envié la foto por correo electrónico encriptado.

Patrick era el genio de mi equipo de la Interpol. El agente se encargaba de toda la informática y me había ayudado mucho cuando decidí emprender esa misión. Siempre le tenía cerca para resolver problemas y hacer frente a situaciones en las que a veces yo no estaba a la altura.

—¡Guau, parece un código genial!

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—¿Qué más quieres que le diga?

—¡No lo sé! Necesito parecer inteligente.

—Lo que los hombres de hoy no hacen para impresionar a una mujer. —Soltó una risita al otro lado de la línea.

—Sabes que es mucho más que impresionarla.

—¿Manipularla?

Tragué saliva cuando dijo la palabra exacta, pero no hice ningún otro comentario. No importaba de qué lado estuviéramos, todos jugábamos con las armas que teníamos para conseguir nuestros objetivos.

—Es increíble cómo alguien tan brillante puede ser tan ingenua...

—¡Patrick, concéntrate!

—Sí, señor. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. He encontrado un pequeño fallo, pero el resto es perfecto. Le enviaré un comentario más elaborado para que pueda hablar con ella.

—Gracias.

—Creo que podemos hacer más que eso.

—¿A qué te refieres?

—Idearé un plan y te lo explicaré.

—¡Patrick!

—Déjame probarlo primero y asegurarme de que es posible antes de decirle algo a ella.

—De acuerdo. —Confiaba en él, pero preferiría saber qué pretendía hacer—. Hablaremos más tarde.

Colgué la llamada y escondí el móvil.

El tiempo se agotaba y más me valía obtener resultados pronto o ya no podría mantener esa misión.



Nina

Capítulo siete

No dejaba de mirar su foto en la aplicación de mensajería.

Demasiado viejo para ti, seguro que cualquier amigo mío me lo diría, si tuviera alguno.

Vincenzo era solo mi profesor y yo era bastante racional al decir que entre nosotros no podía pasar nada, pero no me parecía mal fantasear un poco con él. Quizá lo que más me llamaba la atención de él era que era uno de los pocos hombres con los que convivía que no pertenecía a mi mundo, o que simplemente me parecía guapo y encantador.

Me desplomé de lado en la cama y me quedé mirando la pantalla del teléfono con el código abierto. Debería estar trabajando en mi proyecto y haciendo que Cigana funcionara en lugar de perderme en fantasías amorosas que no me llevarían a ninguna parte.

Miré la pantalla de mi móvil y me di cuenta de que no había mensajes suyos, no me había vuelto a mensajear. ¿Por qué lo haría? Desde luego, él tenía muchas más cosas que hacer que pasarse la tarde mandándole mensajes a una estudiante.

¿En qué estaba pensando?

Me senté en la cama, a punto de recuperar la concentración, o al menos de intentarlo, cuando oí que llamaban a la puerta.

—¡Nina!

—¡Hola! —Salté de la cama al reconocer la voz al otro lado de la puerta—. ¡Nedja! —Sonreí ampliamente al ver a mi cuñada con el bebé en brazos.

Mi sobrinito estaba mordiendo un juguete y ni siquiera levantó la cabecita para mirarme.

—¡Erkin!

Soltó el juguete y empezó a llorar.

—Oh, cariño, cálmate... —Le devolví el juguete, se lo metió en la boca y empezó a masticar de nuevo.

—Le están saliendo los dientes, así que últimamente está un poco molesto. —Nedja acurrucó la cabeza del bebé en su pecho, y él se tranquilizó con el sonido del corazón de su madre y su cariño.

—Pronto todo irá bien. —Le acaricié la mejilla redonda y aún era demasiado pequeño para responderme—. ¿Ha venido también Ettore?

—Sí. Está en el salón hablando con tu padre y Giovane.

—¿Vienes con la tía? —Le tendí los brazos a Erkin.

Escondió la cabeza en el pecho de su madre e ignoró por completo mi llamada.

—Hoy nada de tía, al parecer.

—Quizá más tarde. —Nedja se rió.

—¡Qué cosa más linda eres! —Me incliné y le besé la parte superior de la cabeza.

Después de que naciera mi sobrino, me di cuenta de por qué mi madre echaba tanto de menos esa época. A pesar de los dolores de muelas y de barriga, los bebés eran lo más bonito y no causaban las mismas preocupaciones que los hombres adultos que se ocupaban de los negocios familiares.

Caminamos por el pasillo hasta que vi a mis hermanos de pie mientras mi padre estaba

sentado en el sofá con un vaso de whisky en la mano.

—Ettore, Nicolae...

—¡Y yo! —Giovane saludó al sentirse olvidado.

—Te veo todos los días. —Se encogió de hombros.

Giovane frunció el ceño y el resto se echó a reír.

—Ven aquí. —Mi padre me llamó al espacio vacío que había a su lado y fui a acomodarme allí.

Me rodeó los hombros con los brazos y me besó en la coronilla.

—¿Cómo está mi princesa?

—Bien. —Solté una risita—. Un poco mayor para que me llames así.

—Sabes que siempre serás mi niña.

—Lo sé. —Le sonreí.

—¿Cómo te va en la universidad, Nina? —Nicolae quería saber.

—Estoy desarrollando a Cigana.

—¿Cigana? —Mi hermano frunció el ceño.

—Es el nombre que le di a mi inteligencia artificial.

—Pero ya tenemos a Lola.

—Cigana será solo mía.

—Deja que tu hermana desarrolle su proyecto —me animó mi padre, aún abrazándome.

—Si necesitas ayuda, avísame —se ofreció Nicolae.

—Voy bien, gracias.

—Siempre estaremos aquí.

—Lo sé. —Mi sonrisa se ensanchó.

—Vamos a cenar. —Mi madre apareció en el salón, llamó a todos y se acercó a Nedja, que seguía con el bebé en brazos—. ¿Dónde está el nieto más bonito de la abuela? —Le tendió los brazos.

—Por ahora es el único —comentó Ettore.

—No tenemos que tomarnos todo tan al pie de la letra. —Mi madre frunció los labios y él retrocedió.

—De acuerdo. —Mi hermano soltó una risita y mi madre no tardó en darse cuenta de que estaba bromeando con ella.

Nos sentamos alrededor de la mesa del comedor y nos servimos la deliciosa pasta preparada para la comida. Incluso mi sobrino comió un poco, se embadurnó de salsa de tomate y nos arrancó unas cuantas carcajadas.

—Ya es muy italiano —dijo mi madre, acariciando el pelo castaño de su nieto.

—Por supuesto —asintió mi cuñada, riendo y agarrando una servilleta para intentar limpiar a su hijo.

Nicolae se reía mientras comía su pasta.

—Podrías tener a tu propio bebé también, Nic —dije, mirándolo a los ojos.

—¿Yo? —Arqueó las cejas, completamente sorprendido por mi afirmación.

—Sí, tú. Ettore es el mayor y tú eres el siguiente en la fila.

—¡No es así! Si sería así, entonces considerando tu edad, deberías estar casada. Así que teóricamente...

Mi padre dejó el whisky a un lado y carraspeó, interrumpiendo el discurso de mi hermano.

—¿Comemos?

—Por supuesto. —Sonreí y tomé el tenedor, clavándolo en la pasta.

Mi padre era sobreprotector conmigo, nunca me había presentado un posible candidato a marido y una parte de mí incluso pensaba que no era una hipótesis que se le pasara por la cabeza, pero tampoco era algo de lo que tuviera que preocuparme.

Tenía una buena vida con mi familia y me encantaba estar con ellos. No quería vivir lejos de todos como mis primos. Por mucho que vinieran de visita, a veces pasaban meses sin aparecer.

No dejaba de pensar en lo duro que sería para mi madre pasar tanto tiempo lejos de mí cuando los chicos no se dedicaban a estar con ella.

Aunque a veces me apetecía tener novio, lo compensaba con otras formas de ocupar mi tiempo.



Sebastian

Capítulo ocho

Detuve el coche en el aparcamiento habitual unos minutos antes del comienzo de la clase. Entré en el edificio y me paró uno de los alumnos que necesitaba aclarar algunas dudas. Eso era molesto, pero tenía que dedicarme a los demás alumnos de la misma manera que a Nina para que no se descubriera mi fraude. Afortunadamente, los demás no eran tan superdotados como ella y normalmente podía resolver el problema sin tener que recurrir a Patrick.

—Si miras esa función en tu código, tienes que optimizarla porque está consumiendo demasiada memoria, y por eso tu programa se bloquea.

—Ya veo... —Entrecerró los ojos pensativo—. Gracias, profesor.

—De nada.

El muchacho se marchó por el pasillo hacia el salón y fue entonces cuando la vi. Nina iba agarrada a la correa de su bolso, observando cada rincón del salón y acompañada por los mismos matones de siempre.

Esbozó una amplia sonrisa cuando sus ojos se cruzaron con los míos y yo le correspondí.

—¡Hola, Nina!

—Hola, profesor. —Jugueteó torpemente con su pelo rubio y se acomodó un mechón detrás de la oreja decorada con un pendiente de aro.

Podría decir que la misión habría sido más difícil si ella no hubiera sido tan hermosa.

No podía distraerme ni perder de vista mi objetivo acercándome a aquella joven. Por muy dulce, ingenua e inocente que pareciera, formaba parte de una de las mayores familias del crimen

de Italia y mi objetivo era desmantelar aquella enorme organización.

—¿Podemos volver a vernos después de clase en mi oficina?

—¿Vernos? —Sus mejillas se sonrojaron.

—Sí. Tengo algunas observaciones que me gustaría hacer sobre su trabajo. He pensado en algunas cosas y desarrollado líneas de código que pueden ayudar a hacer el aprendizaje automático de Cigana mucho más eficiente.

—¡Eso sería genial! —Se emocionó.

—Sí. —Deslicé los dedos por el contorno de su cara, pero retiré rápidamente la mano para que nadie viera mi gesto.

Había conseguido formar parte del personal docente de la universidad, pero el rector era el único que sabía que yo no era un profesor como todo el mundo esperaba. La máxima autoridad de la institución estaba al tanto de mi misión, pero los objetivos eran secretos y yo no había compartido con él el hecho de que estaba allí detrás de Nina.

—Entremos. —Le abrí la puerta del salón.

—Gracias.

Los demás alumnos ya se habían acomodado en sus asientos y me vi obligado a alejarme de ella durante un rato.

Enfrentarse a misiones así era una auténtica prueba de paciencia, porque cualquier paso en falso podía ponerlo todo en peligro. Si sospechaba siquiera de mis objetivos, todo por lo que había trabajado se perdería.

Seguí con la clase que había planeado y ayudé a los alumnos con sus investigaciones.

Finalmente, cuando se acabó el tiempo, me dirigí a mi oficina y Nina tardó solo unos minutos en llamar a la puerta. Estaba acompañada por los guardias, a quienes dejé fuera al cerrar la puerta tras nosotros. También tenía que tener cuidado con aquellos hombres, porque no podían sospechar que yo tuviera otras intenciones que las puramente académicas.

—Ayer conseguí que funcionara. —Nina parecía emocionada mientras colocaba el ordenador sobre mi mesa y abría el programa donde había desarrollado el código—. Hola, Cigana.

—Hola, Nina. ¡Buenas tardes!

—Cigana, ¿qué día de la semana es?

—Es miércoles.

—¡Muy bien! —Felicité a mi alumna.

—Hola, Vincenzo —dijo la máquina.

—¡Guau! —Me sorprendió mucho—. Ya reconoce mi voz.

—Sí... —Nina frunció un poco el ceño—. Aún estoy trabajando en ello, pero he utilizado algunos extractos de tus lecciones que grabé...

—¡Está increíble! —Mi elogio hizo que volviera a entusiasmarse.

—¡Gracias!

—Eres realmente increíble, Nina. —Le sostuve la cara y me di cuenta de que su mirada estaba completamente cautivada por la mía.

Acerqué la cara y su suave boca pareció llamarme, sobre todo después de humedecerse

los labios.

—Yo... —empezó a susurrar.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Intentó sacudir la cabeza, pero mi mano seguía en su cara.

—Eres tan hermosa.

—Ah, profesor…

—¡Por favor, lo siento! —Le solté la cara y di un paso atrás. La habitación era lo suficientemente pequeña como para que no nos alejáramos demasiado—. No debería haber hecho ese tipo de comentario, es muy inapropiado.

—Está bien. —Era obvio que estaba incómoda, pero su reacción también me hizo darme cuenta de que le había gustado el comentario más de lo que debería.

—Centrémonos en tu proyecto. —Me incliné hacia su ordenador.

—Sí. —Dio un paso a un lado, permitiéndome acceder al código.

En mi bolsillo había un pendrive que parecía pesar una tonelada y que no me dejaba olvidar la conversación que había tenido con Patrick por la mañana antes de irme del departamento. Había un programa espía que tenía que introducir en el ordenador de Nina, pero parecía imposible con ella mirando.

—Se puede mejorar así... —Seguí repitiéndole lo que Patrick me había dicho.

—Pero, ¿no crees que esto podría acabar ralentizando el procesamiento en lugar de ayudar?

—Creo que no. —Intenté no parecer un completo idiota mientras me interrogaba, porque no era idea mía y no estaba seguro de lo que hacía—. Pero Cigana es tuya y estoy segura de que decidirás lo mejor para ella. —Le acaricié la mano y Nina sonrió torpemente.

Volví a acercarme a ella, midiendo cada paso y analizando sus reacciones para no asustarla.

—Vincenzo...

—No debería estar haciendo esto.

—Entonces, ¿por qué...

—Porque no puedo dejar de pensar en ti.

—¡Oh! —Ensanchó los ojos y pareció completamente sorprendida, pero no se inmutó, sino que una de sus manos se posó en mi hombro y ése fue el hueco que necesité para rodear su cintura y atraerla hacia mí.

Mi boca se apoderó de la suya y la apreté contra mi cuerpo mientras con la otra mano sacaba el pendrive del bolsillo y la conectaba a su portátil. Nina movió la cabeza, pero antes de que pudiera ver lo que estaba haciendo, la agarré por detrás y presioné mi lengua contra sus labios, pidiéndole paso.

No esperaba que mi cuerpo se calentara tanto cuando sus delicadas manos subieron por mi pecho y me rodearon el cuello. Intensifiqué el beso, devorando su boca y dándome cuenta de que todo aquel deseo no formaba parte de la farsa, sino que era de esperar que una mujer joven y hermosa me excitara de aquella manera.

Pasé mi mano libre por su cintura, alrededor de sus curvas y apreté su trasero. En ese momento mi verga palpitó salvajemente, como si una bestia se hubiera desatado dentro de mí. El sabor de su boca y el aroma de su piel me embriagaron y me dejaron completamente fuera de mí.

Debía apartarme para evitar que perdiera el control, pero la barra de progreso seguía avanzando y, si la interrumpía, perdería todo mi objetivo. Llevaba una falda larga y mis dedos recorrieron el lateral de su muslo.

—Vince... —susurró contra mi boca y me di cuenta de que la carga de la barra por fin había terminado.

Saqué el pendrive y lo volví a meter en el bolsillo. Debería alejarme de ella en ese momento.

—¿Quieres que pare?

—No... No.

Respuesta equivocada...



Nina

Capítulo nueve

Estaba pensando en lo disgustados que se pondrían mis padres conmigo si pensaran en lo que podría estar ocurriendo en la pequeña oficina de mi profesor universitario. Estaba loco, y completamente prohibido en más sentidos de los que podría nombrar, y aun así no lo aparté cuando mi racionalidad debería haber hablado más alto.

Me temblaban las piernas y jadeaba cuando me agarró por la cintura, apartó el portátil y me besó hasta el escote de la blusa.

Tenía que decirle que debía parar, por mucho que no hubieran elegido a un hombre para mí, sabía muy bien cómo funcionaba la vida para las mujeres como yo. No podíamos relacionarnos con cualquiera a nuestro antojo, pero nunca me había vinculado con nadie y experimentar por primera vez la sensación de ser apretada contra unos brazos fuertes y oler el perfume intenso y varonil de tan cerca era completamente irresistible.

Solo podía pensar en lo mucho que quería más de eso, una necesidad irracional de experimentar todo lo que él podía darme.

Le apreté los hombros mientras me bajaba un poco el tirante de la blusa, dejando al descubierto la parte del pecho que se me había escapado a través del sujetador. Me mordisqueó, provocando una intensa palpitación entre mis muslos.

Me di cuenta de que me había levantado la falda, una larga como las muchas que me había regalado mi madre, y la había deslizado entre mis piernas. Sentí un bulto rozándome las bragas y la necesidad se hizo aún más intensa.

Siempre he sido una chica lista y reconozco que soy un poco curiosa. Aunque mi madre no me hablaba mucho de sexo, toda la información que necesitaba estaba disponible en Internet. Una cosa era saber cómo funcionaba y otra muy distinta sentirlo.

Qué intenso fue...

Me froté contra él, aumentando aún más el palpitar entre mis muslos.

—¡Ah, Nina! —gimió mi nombre antes de levantar la boca y volver a besarme.

Mientras nuestras lenguas se entrelazaban en un beso cada vez más delicioso que me calentaba por todas partes, sentí que Vincenzo se bajaba la cremallera de los pantalones. Me apartó las bragas y solté un gritito mientras le mordía el hombro y le clavaba las uñas.

Quería probarlo, me seducía el deseo y la curiosidad, pero no esperaba el dolor, aunque también conocía la posibilidad. Mi profesor entró en mí y sentí su miembro abriéndome, desgarrando y rompiendo mi virginidad. Hundí mi boca en su cuello para amortiguar cualquier sonido que pudiera indicar a mis guardias de seguridad que en lugar de estudiar estaba practicando sexo.

Intenté relajarme mientras sentía el roce de su cuerpo contra el mío y me concentraba en el olor de su piel. Mi padre nunca me elegiría un marido, así que nadie tendría por qué saber que había perdido la virginidad con Vincenzo.

Con los guardias de seguridad alrededor, ningún estudiante se atrevía a acercarse a mí. Por mucho que todo lo que tenían contra mi familia fueran solo teorías, todos tenían miedo. Solo Vincenzo tuvo el valor suficiente para meterse entre mis piernas y regalarme ese momento.

Me agarró la cara, tiró de mí hacia él y nuestras lenguas volvieron a encontrarse. El beso intenso y arrebatador hizo que el dolor remitiera y poco a poco pude sentir el placer de tener a un hombre dentro de mí.

Eché la cabeza hacia atrás, chocando contra una pared, mientras él movía su boca por mi cuello, besando y mordisqueando de un modo que me hacía poner los ojos en blanco y aumentaba aún más las sensaciones de placer por todo mi cuerpo. Sus manos me exploraban y rediseñaban mientras entraba en mí. Aunque el vaivén seguía causándome un poco de dolor e

incomodidad, toda la excitación que me provocaba aquel hombre, su tacto, sus caricias, su olor, me hacían sentir como en las nubes y hacían que el acto fuera aún mejor.

Sabía que tenía que seguir siendo virgen, que mi padre se volvería loco solo de pensar que algo así estaba ocurriendo, pero al mismo tiempo no me atrevía a arrepentirme. Cada vez que Vincenzo deslizaba sus manos a mi alrededor o bordeaba mis curvas, solo podía pensar en lo mucho que deseaba a aquel hombre.

Me mordisqueó suavemente el labio inferior y no pude evitar gemir.

—¡Guau! —Me susurró al oído.

—¡Oh! —No pude emitir ningún sonido inteligible.

—Eres muy excitante—me dijo en tono placentero mientras me sujetaba la cintura con más fuerza y empujaba más hondo.

Me di cuenta de que estaba goteando, poniéndose más rígido hasta que la presión de su líquido me llenó.

—¡Ah, Nina! —Jadeando, apoyó su cabeza en la mía. Estaba sudoroso y pude ver cómo se le dilataban las pupilas.

—Vincenzo... —susurré su nombre mientras ladeaba la cabeza, buscando de nuevo sus labios para un beso más tranquilo.



Sebastian

Capítulo diez

No debería haber hecho eso...

Mientras me recuperaba del climax, pensé en lo innecesario que había sido el sexo. Ya me había acercado a ella, había implantado el virus en su ordenador. Incluso había pensado en tocarla o besarla, pero en ningún momento me imaginé entre sus muslos, llenando su vagina con mi verga palpitante. Nina era guapa, con un cuerpo atractivo y lo bastante caliente como para ponérmela dura, pero tenía que recordar que era una misión y no un pasatiempo.

—¡Mierda! —murmuré, arrepintiéndome de lo que acababa de hacer.

—¿Qué pasa? —Seguía desconcertada mientras yo sacaba un pañuelo para limpiarme el semen.

—No deberíamos haberlo hecho.

—Pensé que querrías hacerlo. —Me sujetó los hombros de tal forma que me hizo levantar la cabeza y mirarla.

—Yo quería, ese es el problema.

Saqué mi verga de ella y la cubrí con el pañuelo para que no se saliera el semen. Me estremecí aún más cuando me di cuenta de la sangre que tenía encima. La pequeña mancha alrededor de la base de mi pene dejaba claro que había salido de ella. Me sentí mareado, desorientado, como si hubiera estado en un vagón de una montaña rusa que hubiera bajado de golpe.

—¿Eras virgen?

Ella asintió.

—Lo siento, Nina...

—No pasa nada. —Me sonrió, rodeando mi barbilla con el pulgar—. Yo quería hacerlo.

Era demasiado dulce e ingenua, costaba creer que perteneciera a la misma familia que yo llevaba años intentando detener.

—Tengo que irme antes de que los guardias de seguridad sospechen algo. Si mi padre se entera de que hemos hecho esto, te matará. —Se rió entre dientes, parecía una broma, pero dada la historia de los Bellucci era bastante serio. Sin embargo, teniendo en cuenta lo que había pasado, que me castraran por haber cogido con la hija virgen de uno de los capos de la mafia era lo último en lo que pensaba.

—¡Espera! —Detuve su cintura antes de que bajara de la mesa.

—¿Qué ocurre?

—No puedo dejar que te vayas así.

—Pero...

—¡Shh! —Le puse el dedo sobre los labios y le hice callar.

Besé su boca y bajé hasta situarme entre sus piernas, levanté de nuevo su falda y puse mi cabeza en la unión de sus muslos.

—Vince... —Detuvo mi nombre a medio camino cuando besé su vulva y agarré el interior de sus muslos, separándolos aún más.

La sujeté con firmeza mientras recorría con la lengua sus labios externos. Nina se retorció

bajo la madera y se agarró a mi pelo, entregándose más a mí mientras la complacía. Busqué su clítoris y lo lamí, lo chupé y lo presioné un poco. Rodó sobre la mesa y la sujeté con más fuerza para que siguiera siendo juzgada por mi boca. Nina dejaba escapar sonidos inconexos y apagados, lo que me hizo darme cuenta de que hacía todo lo posible por no gemir.

Introduje un dedo, notando su humedad y las paredes de su sexo acumulándose. Chupé, soplé y mordisqueé hasta que sus contracciones me indicaron que había alcanzado el clímax.

Levantarme y ver la expresión de placer en su cara me hizo sentir un poco más satisfecho, quería que esa primera vez no fuera del todo horrible para ella.

—¡Señorita Nina! —Oímos un golpe firme en la puerta—. ¿Está todo bien ahí dentro?

—Sí —balbuceó—. Sí, todo está bien. —Se recompuso lo más rápido que pudo.

Me empujó para bajar de la mesa y esta vez no la detuve.

—Tengo que irme, profesor.

—¡Claro!

—Hasta luego. —Se apresuró a guardar sus cosas y tomó un pañuelo, pasándoselo por la cara.

Le pasé la mano por el pelo, alisándoselo antes de abrir la puerta y dejarla salir.

Debería estar preocupado por lo que había instalado en su computadora, pero definitivamente no era eso lo que me estaba carcomiendo la mente.



Nina

Capítulo once

Si los guardias de seguridad sospecharon algo, al menos no me dijeron ni una palabra al respecto. Y yo pensaba que era mejor así.

Todavía suspiraba mientras me revolvía de un lado a otro en la cama, incapaz de creer lo que había pasado...

¡Había tenido sexo con mi profesor!

Ni siquiera sabía cómo había empezado, solo recordaba tenerlo encima de mí, sus manos y su boca recorriendo cada parte de mí mientras su cuerpo me llenaba. Había dolor, pero también placer, sobre todo cuando se arrodilló y puso su boca en mi sexo. El clímax, unos instantes después, hizo estallar todo mi cuerpo.

Había sido increíble y no podía dejar de pensar en ello, pero al mismo tiempo sabía lo terriblemente equivocada que estaba. Una mujer como yo jamás podría entregarse a un hombre como él, y menos en aquellas condiciones.

Quería tener una amiga a la que pudiera contárselo, describirle cómo me sentía y decirle que en sus brazos me sentía extrañamente completa. No tenía ni idea de lo que era experimentar algo así hasta que ocurrió. De hecho, no podía echar de menos algo que nunca había experimentado.

Me había duchado al llegar a casa y temía que su olor hiciera que alguien se diera cuenta, pero no fue suficiente para calmar todas las sensaciones que seguían ahí, vibrando en cada parte de mí. Quería más de su boca, de su cuerpo, y me preguntaba si volvería a ocurrir, si la próxima vez el dolor desaparecería y solo quedaría el placer.

Era obvio que cualquier relación con mi profesor sería muy arriesgada. No solo porque

era un hombre mayor y estaba allí para enseñarme, sino por mí misma. Sin embargo, no tenía intención de casarme, me conformaba con una vida en la que nunca tuviera que separarme de mis padres, de modo que nadie tuviera que saber que me había acostado con un hombre ajeno a la mafia y que me había entregado a él.

Lo que había entre Vincenzo y yo siempre sería mi secreto.

—¡Nina! —Me sobresalté cuando Giovane llamó a mi puerta.

Giré sobre la cama y me senté en el borde.

—¿Qué ocurre?

—¿No vas a trabajar hoy?

—Ya... ¡Ya voy!

—¿Qué te pasa? —Entrecerró los ojos para fijarse mejor en los detalles de mi cara y yo me aparté inmediatamente.

—Nada. —Me levanté.

—Pareces rara.

—Quizás soy rara.

—De acuerdo. —Todavía sospechaba, pero finalmente lo dejó pasar—. ¿Vienes conmigo o no?

—Ahí voy.

Tomé mi bolso con la portátil y algunas pertenencias, y seguí a mi hermano hasta el

garaje, donde estaban su coche y los guardias de seguridad. Como siempre, aquellos hombres vigilaban todos nuestros movimientos.

No dejaba de pensar en lo mucho más fácil que sería si fuera una mujer normal y no tuviera que lidiar con los problemas y, sobre todo, con los peligros de la mafia. Seguiríamos siendo profesor y alumna. Él seguiría siendo mucho mayor que yo. Podría haber otros problemas con los que lidiar, pero podrían ser menores.

Fuimos a la empresa de mi padre y me ocupé de los proyectos a los que me dedicaba y conseguí mantener la mente ocupada.



Sebastian

Capítulo doce

Atendí mi teléfono móvil cuando empezó a sonar. Aquel número seguro había sido mi contacto más frecuente desde que había dejado atrás toda mi vida para asumir una nueva identidad y ocuparme de aquel caso.

—¿Patrick?

—Hola, señor.

—¿Tienes algo para mí?

—¡Buenas noticias!

—Habla.

—Llevó el ordenador a la red privada de los Bellucci y estamos dentro. ¿Ves? Fue más fácil de lo que podrías haber imaginado.

¿Fácil? Casi me río al pensar en esa palabra. Había sacrificado más de lo que debía en pos de aquel objetivo. No podía dejar de pensar ni un segundo en cómo era tenerla entre mis brazos y esperaba que esas imágenes pasaran pronto o me volverían loco.

—¿Qué has conseguido? —Pedí cambiar mi enfoque y tratar de pensar en lo que realmente importaba.

—Todavía nada.

—¿Cómo que nada? —Estaba un poco molesto—. ¿Hemos hecho todo esto para que me digas que no has conseguido nada?

—No estamos tratando con aficionados, señor. Ellos encriptan y el firewall es muy bueno, puede que tarde unos días en descifrarlo, si es que puedo descifrarlo.

—¿Si?

—Haré mi mayor esfuerzo.

—¿No dijiste que estabas dentro?

—De la red interna y de su ordenador, pero Nina no tiene acceso a mucho, especialmente a los documentos más sensibles sobre asuntos de la mafia. Usaré su ordenador para intentar hackear uno que sí lo tenga.

—¿El de los hermanos?

—Probablemente.

—Trabaja tan rápido como puedas, quiero conseguir algo para poder salir de aquí.

—Sí, señor.

—Llámame cuando tengas noticias.

—¡De acuerdo!

En cuanto terminó la llamada, eché el cuerpo hacia atrás y me hundí en los cojines del sofá. Cuando era un simple agente, antes de asumir el papel de director, arriesgaba mi vida de una forma más intensa y evidente que ésta, pero la adrenalina parecía motivarme y todo fluía bien. Esta vez mi misión era aún más importante: desmantelar una de las principales familias del crimen de Europa y del mundo. Sin embargo, acababa de empezar y ya sentía que podía fracasar.

Nina era solo un medio para un fin y no podía olvidarlo.



Nina

Capítulo trece

Todos estaban concentrados a mi alrededor, trabajando arduamente. Por mucho que mi familia estuviera involucrada en negocios ilegales, había una extensa fachada legal que servía para ocultar el dinero, blanquearlo y construir nuestra imagen como figuras públicas.

En eso me dejaba trabajar mi padre. Estaba con otros programadores en una sala luminosa, bonita y bien ventilada ocupándome de uno de los muchos programas informáticos que se desarrollaban allí y se vendían en todo el mundo.

A veces quería estar abajo, saber más de los otros temas de los que solo se hablaba en voz baja, pero entendía muy bien mi papel y estaba contenta con todo lo que vivía. Ya era mucho mejor que mis primas.

Tenía veintitrés años, podría haber estado casada durante dos años con un hombre que habían elegido para mí con el fin de fortalecer la mafia. Pensé que incluso Pietra, que se había enfrentado a todos para estar con el hombre que amaba, solo se había casado con él porque la unión con los rusos sería muy beneficiosa para todos. Yo ya había aceptado que pasaría el resto de mi vida como la tía solterona, viviendo con mis padres y adulando a mis sobrinos. Mi padre no me hablaba de matrimonio, lo que me hacía pensar que él también estaba de acuerdo con ese futuro.

—¡Nina! —Uno de los empleados me llamó la atención y salí momentáneamente de mi ensoñación.

—¿Sí? —Me giré para mirarlo.

—Tienes algunos tickets abiertos en tu lista. ¿Tiene problemas? ¿Necesita ayuda?

—No. —Parpadeé, intentando centrarme en el mundo real.

El tipo de ayuda que yo necesitaba, él desde luego no podía dármela. Mi trabajo solo se retrasaba porque no dejaba de pensar en Vincenzo y en lo que había pasado en su despacho. Iba a ser difícil evitar que esas imágenes me abrumaran, al menos durante un tiempo.

No es que nunca antes hubiera fantaseado con un hombre, hubo varios actores de televisión con los que creé relaciones platónicas, pero solo eran imágenes en mi cabeza y nada se materializaba. Imaginaba que con Vincenzo pasaría lo mismo, ¿qué posibilidades había de que un profesor universitario tuviera ojos para mí? Más aún con los guardias de seguridad siguiéndome a todas horas. Incluso los chicos con los que trabajaba en la empresa se mantenían a una cómoda distancia de mí por miedo a que mi padre o alguno de mis hermanos les reprendiera. No era fácil crear relaciones con perros guardianes protegiéndome en todo momento.

En el fondo, pensaba que mi padre no tenía planes de casarme con nadie de la mafia, pero tampoco quería que yo me casara con nadie más. Mi libertad en este sentido era muy ilusoria, porque nunca me animaron a salir y ver mundo y, sobre todo, a otras personas. Desde joven me insistieron en lo peligroso que era y en que debía ser fiel a mi familia por encima de todo.

Pero Vincenzo...

Mi corazón se aceleró cuando su nombre resonó en mi cabeza. Sabía que no podía durar para siempre, pero la perspectiva de mantener esa relación al menos durante un tiempo me hacía feliz.

¿Estaríamos solos otra vez?

¿Me besaría?

¿Tendríamos más sexo?

Bajé la cabeza, ocultando la cara entre los mechones de mi pelo mientras la zona entre mis muslos empezaba a palpitar. El deseo por él era evidente y yo quería más. Saber que era completamente inapropiado y prohibido no era suficiente para evitar la necesidad.

Mi padre y mis hermanos lo matarían si se enteraran de lo que había pasado. Así que si no quería que mi maestro se despertara con la boca llena de hormigas, más me valía ser lo más discreta posible con todo.

—¡Nina!

—¿Qué? —Me di la vuelta y me di cuenta de que Giovane estaba detrás de mí en el pasillo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí… —Me pasé la mano por la cara y me recogí el pelo detrás de la oreja.

—Te vimos con la cabeza gacha y papá preguntó si te sentías mal. Si quieres irte a casa...

—¡Estoy bien! —interrumpí.

Siempre vigilada, murmuré pensativa. *¿Cómo podía tener un novio así?*

—¿Segura?

—¡Sí, Giovane! —respondí malhumorada.

—¡Eh, relájate! —Levantó las manos en señal de paz—. Solo estábamos preocupados por ti.

—Lo sé... —Di un paso atrás. Sabía que no querían hacerme daño, pero a veces era muy sofocante ser la única mujer entre tantos hombres. Querían cuidarme, pero no tenían ni idea de lo agotador que era—. Yo solo pensaba en mi proyecto.

—Si necesitas ayuda…

—Estoy bien, gracias.

—Como quieras. —Se encogió de hombros.

—Gracias. —Forcé una sonrisa.

—¿Qué te parece si terminamos ese campeonato hoy?

—¿Campeonato? —Fruncí el ceño mientras intentaba recordar a qué se podía estar refiriendo.

—El de las carreras. Me debes una revancha.

—El fin de semana.

—Trato hecho. —Me guiñó un ojo—. Vuelvo abajo. Llámame si necesitas algo.

—Por supuesto. —Saludé a mi hermano y pronto desapareció de mi vista.

Me querían, me protegían, pero a veces yo quería ser algo más que la princesita de Mateo Bellucci.



Sebastian

Capítulo catorce

Me llevé la mano a la boca, saboreando sus labios y fue inevitable no cerrar los ojos, recordando las imágenes de Nina entre mis brazos, el contacto de su cuerpo con el mío y todo el sexo...

Como agente de campo, había aprendido a separar lo que era una misión de mi vida personal. Me involucré con distintas mujeres para extraer todo tipo de información. Fue mi competencia y mi duro trabajo lo que hizo que me ascendieran a director. Nadie se había acercado tanto a los Bellucci como yo y sabía que no podía albergar ningún sentimiento por Nina, era una herramienta, la mejor oportunidad que tenía de detener a los peligrosos hombres de su familia.

Si fracasaba, sería solo uno más en el comando de la Interpol, pero si tenía éxito, haría historia.

El sexo no era necesario, solo me había dejado llevar por una atracción insana, pero podría haber servido para unirnos aún más. Ella confiaba en mí, algo importante para ser utilizado en favor de mi misión.

Era solo que... Mis sentimientos no podían confundirse.

El teléfono móvil sonó en mi mano y me sacó de mis pensamientos y ensoñaciones. Me alegré de quitarme su imagen de la cabeza por un rato.

—¿Patrick?

—Tengo buenas noticias, jefe.

—Te escucho.

—Fue difícil, no tienes idea de lo buenos que son. Ella no es la única genia en esa familia...

—¡Ve al grano!

—Lo siento, me he dejado llevar. Me costó encontrar un fallo en su código de protección. Normalmente siempre hay una puerta trasera, pero...

—¡Patrick!

—Perdón, señor.

—¿Qué ha conseguido?

—Su esquema de entrega, sus proveedores y, sobre todo, cuándo llegará el próximo cargamento de cocaína procedente de Sudamérica. Llegará en carguero y se espera que llegue el lunes por la mañana.

—¿Estará alguno de ellos allí para recibirlo?

—Sí.

—Voy a montar una operación, desplegar algunos agentes. Necesito tu ayuda para idear un plan para atraparlos. Quiero al menos a uno de los Bellucci detenido para la semana que viene.

—Estamos trabajando en ello.

—Gracias por la noticia.

—Te mantendré informado si consigo algo más.

—Estupendo.

En cuanto colgó, recibí los detalles de la operación por SMS y empecé a pensar en una estrategia para abordarlos en la próxima entrega. Necesitaríamos una gran redada para meter por fin a uno de ellos entre rejas.



Ettore

Capítulo quince

—Envíale un beso a papá —Nedja estaba al otro lado de la línea en una videollamada haciendo que nuestro hijo moviera las manitas y la boca en un intento de besarme.

No tenía planes de casarme ni de ser padre, pero desde que aquella mujer había entrado en mi vida, todo había cambiado. Fue tan rápido como un disparo y tan fulminante como un golpe y lo siguiente que supe es que eran míos para siempre.

—Después dicen que yo soy el padre cariñoso. —Thiago se rió mientras abría la puerta del coche y se sentaba a mi lado.

—Pero sí lo eres.

—Tú también.

—No dije que yo no lo fuera. —Me encogí de hombros—. Mi amor, ahora tengo que irme.

—Hasta luego. —Nedja lanzó un beso a la cámara y colgó la llamada.

—Aún no te lo he dicho, ¿verdad? —Thiago se puso el cinturón y se lo abrochó.

—¿Decirme qué? —Me volví hacia él.

—Que Juliana está embarazada de nuevo.

—¡Felicidades! —Le empujé el hombro—. ¿Cuándo te enteraste?

—Esta mañana. Aún tenemos que decírselo al resto de la familia.

—¿Quieres decir que además de matar enemigos mafiosos tienes tiempo para hacer otro hijo?

—¿Vas a decir que el sexo no es la mejor parte del matrimonio? —Él soltó una risita.

—También hay otras partes buenas.

—Despertarse por la mañana con ella en bragas...

—Vamos a trabajar, Thiago. —Me reí mientras arrancaba el coche.

Aquella mañana llegaba una entrega muy importante por barco al puerto de Ostia y el tío Marco nos había pedido que comprobáramos personalmente que todo iba según lo previsto. Nuestro suministro para las próximas semanas en toda Italia dependía de eso.

Dante y Lorenzo se reunían con nosotros en el puerto para comprobar que todo iba según lo previsto. No había motivo para preocuparse, operaciones como éstas se producían al menos una vez al mes, todos estábamos acostumbrados al trabajo, especialmente los operarios del puerto y los responsables de la inspección. A todos se les pagaba un soborno muy generoso para que no estorbaran en nada.

Había acompañado entregas así tantas veces que había perdido la cuenta. Por lo general, nuestra principal preocupación era alguna banda callejera que intentaba sacar ventaja y atreverse a robarnos. Por eso Thiago estaba allí, mi primo se aseguraba de que no quedaran vivos para el siguiente intento.

—¿Será una niña esta vez? —Volví a mirarlo fijamente después de detener el coche cerca de la entrada del muelle.

—Mejor que no.

—Una niña rubia como Juliana sería muy linda.

—Solo si es para poder añadir más a mi lista de asesinatos.

—¿Por qué?

—De solo pensar en un tipo tocando a mi niña…

—Tú tocas a la hija de alguien.

—Me alegro de haber matado a su padre.

No pretendía ser una broma, pero no podía parar de reír.

—¿Y si es como Manuela?

—Seguro que será igual que mi hermana, o incluso más letal. Espero que mate a cualquier idiota que se le acerque.

—A menos que ella quiera quedárselo...

—Basta ya. —Tocó la pistola para asegurarse de que estaba en su funda—. Todavía podría ser un niño.

—Ya veremos.

Bajamos del coche y caminamos entre los contenedores del puerto hasta llegar al punto de encuentro, donde ya nos esperaban Lorenzo y Dante junto con algunos de nuestros soldados. Mis primos nos saludaron con una inclinación de cabeza y yo me limité a asentir.

—¿Alguna señal del barco? —preguntó Thiago a su hermano.

—Debería arribar en diez minutos. —Lorenzo miró la hora en su reloj de pulsera.

—¿Están listos los camiones para llevar esas drogas?

—Están aquí cerca —confirmó Dante—. Solo esperan la entrega.

Solo tuvimos que esperar un poco más. Estaba acostumbrado a este tipo de operaciones y no preveía que nada fuera mal.

Tomé un pequeño dron que colgaba del costado de mi cintura y lo coloqué en la palma de mi mano, dejándolo volar para que me diera una vista aérea del lugar. Giovane no estaba allí, pero utilizaría las imágenes para vigilar si algún enemigo se acercaba a nosotros.

—¿Todo despejado? —pregunté a través de un micrófono.

—Sí —confirmó Giovane.

—Estate atento y avísanos si ves algo.

—No hay problema.

—El barco se acerca. —Lorenzo señaló el horizonte.

—Vamos para allá. —Dante nos hizo un gesto para que lo siguiéramos.

Nada más arribar el barco, los operarios empezaron a sacar los contenedores y mi primo abrió uno de ellos, comprobando que nuestra entrega era la acordada. Por fuera eran latas de sardinas, pero dentro escondían cocaína pura que nos había costado millones, pero que nos reportaría generosos beneficios cuando se vendiera en las calles de Italia y otros países cercanos donde teníamos influencia y hacíamos negocios.

—Todo está en orden. —Dante se volvió hacia nosotros.

—Bien. —Moví la cabeza para comprobar una vez más el interior del contenedor.

—¡Ettore! —Escuché a mi hermano menor a través del cable.

—¿Qué pasa, Giovane?

—Tenemos compañía.

—¿Quiénes? ¿Conocidos? ¿Algún gángster entrometido?

—Por los uniformes, Interpol.

—¿Lo dices tan tranquilamente? ¡Maldita sea, Giovane! —Alcé la voz, poniendo en alerta a los que me rodeaban—. Cierra el puto contenedor, Dante.

—¿Qué es lo que pasa? —Los ojos de mi primo se abrieron de par en par.

—¡Es Interpol, están aquí!

—¿Cómo? —Se apresuró a cerrarlo todo con la ayuda de Lorenzo.

—No tengo ni idea.

Era una pregunta que me hacía, pero tardaría en responderla, porque de momento tenía que ocuparme de la policía.

—Haz algo con ellos, Giovane.

—Cuenta conmigo. —Mi hermano vibraba en el otro extremo, pero no pensé que pudiera ser tan divertido como le estaba pareciendo a él.



Sebastian

Capítulo dieciséis

Hice un gesto a mis hombres para que avanzaran y rodearan a los hombres de la Bellucci en el puerto. Esperaba una confirmación visual y en cuanto vi al hijo del jefe comprobar la droga que acababa de llegar tuve lo que necesitaba para empezar a actuar, la filmación y un arresto deberían bastar para mantenerlos en la cárcel durante mucho tiempo. Y tal vez podría obtener información sobre los otros.

Desmantelar esa organización era un sueño que por fin parecía más cerca de hacerse realidad.

—Quiero que los agarren vivos —dije a mis hombres por el comunicador—. Vamos a rodearlos.

En cuanto di la orden, un dron nos sobrevoló, sorteando los obstáculos, postes y contenedores, y empezó a dispararnos.

—¡Cuidado! —grité mientras levantaba el arma y apuntaba al objeto.

Llevaba un rifle, pero todos mis disparos rebotaban en la superficie metálica, lo que revelaba que estaba blindado, lo que hacía aún más difícil abatirlo.

Corrí a esconderme detrás de un contenedor, perdiéndome de vista. Por mucho que lleváramos cascos y uniformes antibalas, no sabía qué tipo de munición estaban utilizando y era mejor no comprobarlo.

Si ese dron estaba actuando contra nosotros, era señal de que ya sabían que estábamos allí, y si no actuaba con rapidez, perdería mi mejor oportunidad en años de ponerles las manos encima.

Se me aceleró el corazón, pero respiré hondo intentando mantener la concentración.

Me di cuenta de que el dron había tomado otra dirección, persiguiendo a algunos de mis hombres que seguían intentando inútilmente derribarlo. Escalé el contenedor lo más rápido que pude y corrí hasta saltar al de al lado. Afortunadamente, los disparos de mis hombres ahogaron el sonido de mis pasos.

Divisé el dron desde arriba y salté sobre él. El objeto era mortal, pero pequeño y no podía soportar mi peso. Ambos caímos y rodé hacia un lado hasta que me detuvo la pared metálica de otro contenedor, cuando me di cuenta de que el dron había sido destruido.

Me levanté, dejando mi arma lista de nuevo, y avanzamos. Pronto apareció otro dron, pero dejé que mis hombres se encargaran de él y fui en dirección a donde estaban los Bellucci. Se habían dispersado, eran lo suficientemente listos como para no quedarse junto a la mercancía, pero solo necesitaba capturar a uno y utilizar las imágenes que ya tenía para incriminarlos.

Tuve que esconderme cuando uno de ellos me disparó.

Yo estaba muy bien entrenado, ya había pasado por las misiones más diversas, pero no podía subestimarlos o acabaría muerto más rápido de lo que podía pensarlo.

Oí el ruido de pasos y me apresuré hacia uno de ellos. Era un hombre joven, debía de tener menos de treinta años, y ambos levantamos las armas al mismo tiempo, mirándonos fijamente a los ojos.

—Yo no haría eso si fuera tú. —Sonrió como si no me tuviera ningún miedo.

—¡Estás rodeado! Baja el arma.

—¿Rodeado? ¿Por quién? —Miró a un lado y a otro.

—¡Baja el arma!

—Solo si tú la bajas primero.

—Sé muy bien a qué has venido, Lorenzo Bellucci...

—Soy un hombre con muchos negocios.

—Claro que sí —gruñí apretando los dientes—. ¡Al suelo!

—Será mejor que tú te bajes. —Poco después de que hablara, sentí un impacto tan fuerte que caí al suelo.

No vi de dónde vino el disparo, pero me dio en la espalda y la fuerza me hizo caer hacia delante. Ni siquiera tuve tiempo de levantarme antes de que Lorenzo desapareciera como si no estuviera allí.

—¡Maldita sea!

Avancé hasta donde supuse que había huido, pero solo caminé en círculos entre los contenedores, sin encontrar a ninguno.

—Ya no están aquí, señor —dijo uno de mis hombres a través del cable.

—¿A qué te refieres?

—Huyeron.

—No puedo creer que no los detuvieran.

Nadie se atrevió a responder, lo que me enfureció aún más.

—¿Y las drogas? —Me acerqué a donde estaban los contenedores y seguían cerrados.

—Todo parece estar aquí, señor.

—Abran la puerta —ordené a mis hombres.

Uno de ellos sacó una pequeña bomba de su cinturón y la colocó en la cerradura, que explotó segundos después, permitiéndonos entrar en el espacio. Abrí una de las latas de sardinas y encontré cocaína en su interior.

Bien, habían escapado, pero aún podía perseguirlos.

—¿Tenemos las grabaciones de los Bellucci? —pregunté al equipo de monitoreo.

—Desgraciadamente no, señor.

—¡¿Cómo que no?! —La furia me consumió y apreté aún más el fusil que tenía entre mis manos.

—Nos han hackearon.

—¡¿Nos han hackeado?!

—Sí.

—¿Qué? —grité enfadado. No podía creer que se hubieran escapado y encima hubieran borrado todas las imágenes que teníamos de ellos—. ¡¿Cómo?! Se supone que tenemos el sistema más seguro del mundo.

—No sé quién trabaja para ellos, pero es muy bueno.

—¡Malditos! —Estaba jadeando y muy enfadado por la situación. Ya me había hartado de insistir sobre lo mismo todos esos años—. ¿Me estás diciendo que no tenemos nada?

—Hemos hecho una gran incautación de cocaína que no llega a las calles.

Podría parecer una victoria, pero mientras no nos deshiciéramos de esos delincuentes, llegarían más contenedores como esos para abastecer a los traficantes de Europa.



Nina

Capítulo diecisiete

—¡Hola, Cigana!

—¡Hola, Nina! —respondió mi inteligencia artificial.

Ya estaba haciendo algunas pruebas con ella y esperaba que al final del semestre estuviera funcionando como otros que se estaban desarrollando en todo el mundo. Estaba muy contenta con mi trabajo y deseaba compartirlo con Vincenzo.

Era difícil concentrarse cuando no podía dejar de pensar en él. Debo admitir que tampoco me esforzaba por hacerlo. No deberíamos involucrarnos, cualquier relación entre nosotros dos sería inaceptable, pero no era suficiente para dejar de desearlo.

—Cigana, ¿cómo sé si estoy enamorada?

—No sé nada al respecto.

—Por supuesto que no. —Resoplé mientras cerraba la pantalla del portátil, silenciando el programa.

Cigana solo estaba hecha de líneas y códigos, y por muy bueno que fuera mi trabajo, no podía esperar que se comportara como una amiga de verdad.

Me eché hacia atrás, hundiéndome en el respaldo de la silla. Era una pena no tener clases con Vincenzo todos los días.

Miré mi móvil y me planteé enviarle un mensaje. Quería hablar de cualquier cosa, sobre todo de lo que había pasado entre nosotros, aunque no pudiera ponerle nombre.

Pero antes de que pudiera teclear nada, la puerta de mi habitación se abrió violentamente y mi hermano mayor irrumpió en ella. Nunca lo había visto así, mirándome con furia y casi rugiendo como un león.

—¿Qué has hecho? —Levantó la voz varios decibeles y me asusté aún más.

—¿Yo?

—¡Sí!

—No sé de qué estás hablando, Ettore. —Sacudí la cabeza, completamente confusa.

—Más vale que lo sepas, porque nos costó cinco millones de dólares y una pérdida aún mayor con el retraso en las entregas a nuestros distribuidores.

—No le grites a tu hermana. —Mi madre apareció en el pasillo.

—¡No te metas! —Ettore también le gruñó.

—¿Qué? —Se me llenaron los ojos de lágrimas y la reacción de mi hermano me dejó completamente confusa.

—Dame tu ordenador. —Me tendió la mano.

—¿Por qué?

—Entrégamelo ahora.

—No...

—Hija, dáselo. —Apareció mi padre, para confundirme aún más. No podía entender qué podía haber pasado para que actuaran así.

—Papá... —Tragué saliva, pero no fue suficiente para detener las lágrimas que brotaban de mis ojos.

—Dámelo, Nina. —Me tendió la mano y, aunque no lo entendía, no tuve más remedio que obedecer.

Le entregué a Ettore mi portátil y mi hermano se fue con él. Lo seguí hasta que lo vi sentarse a la mesa del salón y abrir el ordenador. Accedió a algunas funciones del panel de control y tecleó muy rápido, accediendo a las raíces de la máquina, que ni siquiera mi inteligencia, superior a la media, fue suficiente para seguirle el ritmo. Al cabo de un rato, lo tiró al suelo, haciendo que todo lo que era mi vida se destruyera al partirse en dos.

—¡¿Por qué has hecho eso?! —Me abalancé sobre él, furiosa, pero mi padre me detuvo antes de que pudiera ponerme más agresiva con mi hermano.

—Necesito que borres todos tus backups.

—¿Me estás diciendo que destruya todo lo que he hecho?

—Sí.

—¿Te has vuelto loco?

—Ettore, no creo que sea necesario —mi padre finalmente intervino en mi favor.

—Alguien introdujo un virus en nuestros sistemas y uno de nosotros estuvo a punto de acabar en la cárcel. Provocó una pérdida y un dolor de cabeza que ninguno de nosotros deseaba.

—Virus, prisión... ¿Qué ha pasado? —Estaba completamente confusa mientras miraba a un lado y a otro, esperando que mi hermano o mi padre me dieran una respuesta que me hiciera entender qué estaba pasando y por qué actuaban así. Ettore no solía ser tan agresivo conmigo, pero bufaba como un perro rabioso.

—Usaron tu ordenador para piratear nuestros sistemas.

—¿Cómo?

—Implantaron un virus que entraba en nuestra red cuando te conectabas al internet del edificio. Quienquiera que lo manejara era lo suficientemente bueno como para saltarse todas nuestras defensas y abrir los archivos encriptados de la mafia.

—Han descubierto una entrega que íbamos a recibir hoy —me explicó mi padre de un modo que me resultó más claro.

—No sé cómo ha podido pasar esto, papá. —Retrocedí, culpable por algo que ni siquiera parecía ser mi carga.

—¿Quién ha estado usando tu computadora? —Ettore quería saberlo.

—Nadie.

—Alguien implantó el virus, a menos que fueras tú.

—¡Claro que no!

—Piensa mejor, hija. —Mi padre me acarició el brazo, tratando de darme un poco de consuelo ante un momento tan angustioso—. Seguro que alguien de la universidad trabaja para la Interpol y te ha implantado un virus en el portátil...

—El tío Marco tenía razón. —Ettore se pasó la mano por el pelo, mostrando su irritación —. Nunca deberías haber ido a la universidad.

—No seas exagerado, hijo. —Mi padre era un poco más racional—. Nina lleva años en el campus y no ha pasado nada.

—Está sucediendo ahora... Vamos, Nina, ¿quién usó tu ordenador?

—Tal vez... —Tragué saliva. Nadie se acercó a mí, excepto mi profesor.

—¿Tal vez quién? —Ettore exigió una respuesta—. Necesito un nombre, hermana.

—Mi profesor, Vincenzo Palazzo, pero no creo que fuera él quien implantó el virus...

—No seas tan estúpida, hermana —me interrumpió.

—¡Ettore! —Mi madre volvió a pelearse con él.

—Luize. —Mi padre la miró seriamente.

—Somos familia, cariño. Eso siempre nos ha mantenido unidos. —Mamá apretó los dientes con una decidida mirada de liderazgo que yo veía en ella pocas veces, solo cuando era muy necesario.

—Sí... —Mi padre dio un paso atrás.

—¿Qué sabes de este hombre? —Ettore también bajó el tono de voz, pero seguía empeñado en sacarme la información que creía necesaria para resolver esa invasión.

Por debajo del susto y las ganas de llorar, comprendí la gravedad de la situación. Teníamos datos e información muy delicados que no podían caer en manos de nadie, especialmente de la policía.

—Este año se incorporó a la facultad como profesor y tutor procedente de Milán.

—Familia... ¿Conexiones con la policía?

Negué con la cabeza.

Aparte de que había estado penetrándome con su verga el día anterior, no tenía más información sobre mi profesor y pensé que eso era mejor omitirlo. Ya estaban demasiado enfadados conmigo como para enterarse de que había entregado mi virginidad a un hombre que no era ni será mi marido.

—Averigüemos quién es este hombre... —Entró en el salón y yo lo seguí, mirando por encima del hombro cómo mi hermano abría el portátil que tenía sobre la mesa.

—Es solo un maestro, Ettore.

—Eso lo vamos a ver…

Mientras mi hermano pirateaba el sistema de la universidad para encontrar información sobre Vincenzo, mi mente iba a mil por hora. Quería encontrar una respuesta lógica y menos aterradora a lo que había ocurrido.

Siempre estaba con los guardias de seguridad, utilizaba una red móvil privada y nunca el wifi de la universidad. La única forma de que pudieran instalar algo en mi ordenador era mediante acceso directo. Me pregunté si dejé que otro estudiante lo usara, o si lo olvidé en algún sitio que diera acceso a cualquiera, pero no me ocurrió nada de eso.

—¿Este es tu profesor? —Ettore indicó un formulario universitario en su pantalla.

Solo asentí con la cabeza.

—Tengo la sensación de haber visto a este tipo en alguna parte —susurró mi padre en voz baja, casi como si estuviera pensando en voz alta.

—¿Dónde? —preguntó Ettore.

—No lo sé.

—Veamos qué podemos averiguar. —Mi hermano utilizó los datos del sistema universitario, como foto, nombre, fecha de nacimiento y otra información, para hacer una búsqueda más amplia, accediendo a información del gobierno de Italia. Seguro médico, registro nacional, etc.—. Este tipo no existía hasta el año pasado.

—¿Cómo que no? —Se me estrujó el corazón.

—El nombre es falso y la información ha sido manipulada.

—No puede ser... —Di un paso atrás, pero antes de que entrara en shock, las manos de mi madre me rodearon los hombros.

—No lo sabías, cariño. —Intentó consolarme.

—Sebastian Dauphin. —Giovane apareció para captar la atención de todos y puso su ordenador delante de nosotros para que pudiéramos verlo.

—¿Cómo lo averiguaste? —Mi padre quería saberlo.

—Estaba en mi habitación y los oí hablar. En realidad, desde que Ettore me dijo que nos habían pirateado y la información se filtró a la Interpol, he estado intentando acceder a su sistema. Creen que son buenos, pero no tienen la misma seguridad que nosotros...

—Ve al grano. —Ettore interrumpió a su hermano menor.

—He pirateado su sistema, he comparado la foto y la información del profesor de Nina con los archivos de los agentes mundiales y he encontrado esto. —Señaló la pantalla.

Caí de espaldas y, si mi madre no me hubiera sujetado, me habría desplomado. Mi querido profesor Vincenzo, el hombre que me robaba el pensamiento y al que había dejado acercarse demasiado para invadir mi cuerpo y el de mi familia, era un agente de la Interpol. Todo lo que me había dicho era mentira y me había manipulado para que pudiera llegar hasta nosotros.

—Hay algunas diferencias en la frente, el mentón y los pómulos —observó Ettore—. Procedimientos comunes de estética, pero este es el hombre.

—No estamos hablando de un agente cualquiera —continuó mi padre, leyendo su expediente—. Es el director de la división de crimen organizado.

—El hijo de puta se acercó a Nina solo para atraparnos —refunfuñó Giovane.

—¡Cuidado con la boca! —Mi mamá le frunció el ceño.

—Fui una idiota. —No podía dejar de llorar y mi madre me hizo darme la vuelta, acurrucándome contra su pecho.

—¡Oh, Nina! —Me acarició el pelo cariñosamente—. Es imposible que lo supieras.

—¡Maldito bastardo! —Ettore cerró la tapa de su portátil, mostrando lo enojado que estaba por la situación.

—Lo solucionaremos —aseguró mi padre—. Expulsaremos al invasor de nuestro sistema, cambiaremos las rutas de entrega que ya estaban previstas y nos aseguraremos de bloquear todos los accesos para que esto no vuelva a ocurrir.

Mis hermanos asintieron.

—Nina… —Papá se volvió hacia mí y volví a tragar saliva.

—Lo siento mucho. —No pude evitar llorar.

—¿Recuerdas cuando atacaron a Nedja y casi te hacen daño a ti también?

Asentí.

—Decimos esto porque es muy grave. Cuando uno de nosotros se expone, ponemos en peligro a todos.

—Lo sé, papá, siento mucho lo que pasó.

—¿Te das cuenta de que la universidad ya no es un lugar seguro para ti?

—Entiendo.

—Genial.

—¿Puedo llevármela ahora? —le preguntó mi madre a mi padre—. Estoy segura de que ustedes pueden manejar esto.

Él se limitó a asentir.

—Volvamos al dormitorio, Nina. —Mamá me llevó al pasillo y yo me dejé llevar, completamente sorprendida por lo que acababa de descubrir.

El único hombre fuera de la mafia en el que me había atrevido a confiar era un enemigo y solo me había utilizado para intentar llegar a mi familia. Tenía el corazón roto y solo veía lo tonta que había sido.



Sebastian

Capítulo dieciocho

Estaba frustrado...

Había planeado que fuera la redada de mi carrera y quizá una de las mayores de la historia de Interpol, pero todo lo que conseguí fueron unas cuantas toneladas de cocaína. Las drogas se incinerarían y nadie volvería a hablar de ello. Los Bellucci, en cambio, seguirían en la calle, operando y llevando a cabo sus negocios como si nada hubiera pasado. No había nada peor que tener que enfrentarse a eso.

—Jefe... —Levanté la cabeza y me enfrenté al agente que estaba detrás de la puerta de cristal de mi despacho en la sede de Interpol en Lyon.

Era una habitación preciosa, bien decorada y lujosa, digna de alguien de mi posición, pero en ese momento no la estaba aprovechando.

—No es un buen momento...

—Estoy aquí para proporcionar información sobre el caso Bellucci.

—¿Alguna buena noticia?

Negó con la cabeza, lo que me hizo apretar los dientes y resoplar ruidosamente.

—¿Tienes acceso a sus transacciones?

—Ya me han descubierto y me han echado del sistema. ¡Son muy buenos! Me encantaría trabajar con ellos si...

Apreté los ojos y Patrick dejó de hablar en el mismo momento.

—Lo siento, señor.

—Quiero algo más que detener un envío.

—Muchos antes que tú lo han intentado unos cuantos más. ¿No crees que eres demasiado ambicioso?

—¿Qué hago aquí si no puedo hacer mi trabajo?

Tragó saliva y me miró fijamente, pero no pudo darme una respuesta.

Nadar hasta morir en la playa no era algo que pudiera soportar.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Seguiré intentando hacer mi trabajo.

Había perdido esa batalla, pero aún me quedaba mi relación con Nina y podía utilizarla para acercarme a los Bellucci de otra manera.



Nina

Capítulo diecinueve

—Aquí están tus archivos. —Ettore se detuvo a mi lado y me entregó un disco duro—. Hemos revisado todo, analizado cada línea de código y eliminado todo lo que pudiera ser dañino. Has hecho un buen trabajo con Cigana, he visto algunas mejoras que podemos implementar en Lola.

—Gracias. —Apreté el disco contra mi pecho con voz aún llorosa.

Nada de universidad para mí, al menos por un tiempo. Me había levantado por la mañana y había venido a la empresa con mi padre y Giovane. Ni siquiera insistí, sabía que lo que había ocurrido era muy grave y había puesto a todos en peligro. Pensar que uno de nosotros podía haber resultado herido o detenido me aterrorizaba.

—¿Te das cuenta de la gravedad de lo ocurrido? —Ettore estaba mucho más tranquilo ese día, pero imaginé que él y los demás aún estaban lidiando con las consecuencias de mi error.

—Sí.

—Tenemos que protegernos, Nina. Hay demasiados enemigos.

—No quiero poner a nadie en peligro.

—Soy consciente de ello. —Me dedicó una sonrisa más amable—. No te fíes de nadie. ¿De acuerdo?

Asentí. Aquella vez había aprendido la lección por las malas.

—¡Ettore! —le grité mientras empezaba a alejarse.

—¿Sí? —Giró sobre sus talones para mirarme.

—¿Harán algo con él?

—Tenemos que tener cuidado.

—Ya lo sé.

—No te preocupes, hermanita, ahora todo va bien.

—Gracias. —Forcé una sonrisa.

Se dirigió al ascensor y yo me senté en mi butaca lidiando con las extrañas sensaciones que dominaban mi pecho. Quería decir que no me dolía y que no me preocupaba lo que pudiera pasarle a Vincenzo... Sebastian o como se llamara en realidad.

¡El cretino ni siquiera era italiano de verdad!

¿Por qué, de todos los hombres que me rodeaban, había cultivado sentimientos por aquel que quería aprovecharse de mí?

En ese momento parecía tan obvio que no temiera a mi familia como la mayoría de la gente normal. Me estaba utilizando para intentar destruir a los que eran más importantes para mí.

Apreté los dientes y las muñecas. Quería gritar. Estaba muy enfadada, pero no quería que los demás que trabajaban a mi alrededor se dieran cuenta, así que solo me rodó una lágrima por la mejilla, pero me apresuré a secármela.

Odiaba que mis hermanos actuaran como si yo fuera una niña ingenua e indefensa, pero acababa de darles la razón.

Tonta, Nina...

Estaba muy enfadada conmigo misma.

Me sorprendí cuando apareció una notificación en la pantalla del ordenador que tenía delante.

Nicolae:

Ven aquí, a la terraza.

Nina:

¿Por qué?

Nicolae:

Es por una buena razón.

Nina:

No estoy teniendo el mejor de los días.

Nicolae:

Lo sé.

Ven aquí, solo unos minutos.

Nina:

De acuerdo.

Nicolae:

Te estaré esperando.

Guardé el disco duro en un cajón y me dirigí al ascensor, pulsando el botón de la última planta. En unos segundos estaba en la terraza del edificio, que tenía una vista privilegiada de la ciudad de Roma, las murallas del Vaticano e incluso el Coliseo.

—¡Ey! —Mi hermano sonrió cuando me vio acercarme.

—A veces olvido lo bonito que es este lugar. —Me metí las manos en los bolsillos de los jeans y me acerqué a él, que estaba inclinado sobre la baranda.

—Cuando pasa algo malo o estoy muy estresado, siempre vengo aquí. Unos minutos me ayudan a despejarme y a pensar mejor.

—Creo que haré más de eso. —Suspiré mientras me apoyaba en su costado.

—Te he traído esto. —Me entregó una bolsa de pastelería plástica.

—¡Tiramisú!

—Siempre te hace feliz.

—Es difícil no alegrarse con ese sabor —le sonreí.

—Me gusta oír eso.

—¡Gracias, Nic! —Levanté el cuenco antes de tomar un trozo y metérmelo en la boca. Estaba tan bueno que se derretía en mi lengua.

—De nada. —Se encogió de hombros y se acomodó a mi lado.

—Sabes que yo...

—No fue culpa tuya, Nina. —Me interrumpió cuando intenté sacar el tema que me atormentaba.

—Sí, lo fue. —Bajé la cabeza e inhalé profundamente antes de dar otro bocado al postre.

—No había forma de que lo supieras.

—Pero confiaba en él.

—Era un profesor como todos los que tuviste durante la carrera, todo iba muy bien hasta ahora.

No dije nada, tenía tiramisú en la boca y esa fue mi excusa. Nicolae intentaba suavizar la situación. Él, como el resto de mi familia, no quería que me sintiera mal después de la reprimenda que Ettore me había dado con razón. Lo que ninguno de ellos sabía, sin embargo, era que yo había confiado en Vincenzo más que en ningún otro profesor y le había dejado acercarse tanto como no debía dejar que lo hiciera ningún hombre, aunque fuera un mafioso. Me había enamorado de aquel profesor y cuando descubrí que era un farsante ya era demasiado tarde.

Mi dolor no provenía de los gritos de Ettore, ni de la mirada de decepción de mi padre, sino de mi propia frustración por haber ido más lejos con un hombre, haberle entregado mi corazón y mi cuerpo solo para descubrir que ese idiota solo buscaba a mi familia. Tenía las mejores notas de mi clase, me consideraban una prodigia. No había nada peor para alguien considerado un genio que quedar en ridículo.

Se me partía el corazón y al mismo tiempo me consumía una rabia intensa. Todo el mundo me advertía siempre del peligro de dejar que alguien se acercara a mí, si me lo hubiera tomado más en serio no estaría tan frustrada.

Nicolae permaneció en silencio mientras terminaba de comer el dulce y se volvió hacia mí cuando terminé.

—¿Te encuentras mejor?

Asentí.

—Entonces, volvamos al trabajo. —Mi hermano me atrajo hacia él y me dio un beso en la cabeza.

—Sí. Hay mucho que hacer. —Sonreí y volvimos a nuestros respectivos pisos del edificio.

No había forma de cambiar lo que ya había ocurrido, pero lo mejor que podía hacer por mí era no dejarme engañar nunca más.



Sebastian

Capítulo veinte

Creía que aún tener a Nina cerca era una ventaja, pero al mismo tiempo no había dejado de pensar en ella desde el momento en que me quedé solo en mi pequeña oficina del campus. El sexo no tenía por qué suceder, pero el deseo habló más alto y guió mi cuerpo hacia el suyo. Lo que no esperaba era acabar llevándome la virginidad de una princesa de la mafia.

Aunque el hecho perturbaba mis pensamientos, tenía que ver el lado positivo: Nina confiaba en mí y se había enamorado lo suficiente como para entregarse en un lugar así, sin ningún tipo de romance.

Pero, ¿qué parte de mí había perdido con eso?

Quería decir que nada, que saldría de aquella misión como el temido director de la Interpol que había sido. Era bueno en lo que hacía, implacable y ya me había enfrentado a retos mucho mayores que acercarme a una chica, pero Nina aún parecía estar jugando con mi mente y mis impulsos.

Cuando detuve el coche en un espacio destinado a los profesores, miré hacia abajo y noté el bulto en mis pantalones. Había mil cosas que podrían haber acaparado mi atención en ese momento, empezando por la frustración de no haber conseguido nada más que un contenedor de cocaína, y sin embargo, cuando cerré los ojos, pude oír incluso los sonidos amortiguados de sus gemidos contra mi oído.

Debía de tener otros objetivos en mente en ese momento que volver a acostarme con ella.

Maldita sea, Sebastian. Luché conmigo mismo en mi mente para apaciguar ese impulso. Ella formaba parte de mi misión y no era una chica cualquiera con la que pudiera involucrarme libremente sin medir las consecuencias.

Parpadeé, sacudiendo la cabeza en busca de concentración. Tenía que controlar la situación antes de que fuera demasiado tarde.

Miré por reflejo al retrovisor central del coche. Había alguien sentado en el asiento trasero que parecía haber aparecido como una sombra, no sabía cómo ni mucho menos en qué momento había acabado allí. Parpadeé una vez más, con la esperanza de que fuera una ilusión causada por mi mente, pero en lugar de que el tipo se alejara, vino hacia mí.

—Deberías haberte mantenido alejado de mi familia. —La voz ronca y amenazadora resonó en el interior del vehículo antes de que tomara una cuerda y me la pusiera alrededor del cuello.

Estaba tan distraído antes de darme cuenta de su presencia que simplemente no pude detenerlo. Solo me di cuenta de que era Thiago Bellucci cuando ya me estaba estrangulando, tirando de la cuerda que me rodeaba el cuello hacia atrás y presionando mi cabeza contra el respaldo.

Intenté tirar de la cuerda, tratando de recuperar el aliento mientras mis pulmones se colapsaban de dolor, pero Thiago controlaba por completo la situación. Había bajado la guardia, creía que no tenían ni idea de que estaba cerca, lo cual estaba a punto de costarme la vida.

Con el oxígeno cada vez más escaso en mi cerebro, era difícil pensar con claridad. Cada parte de mí solo podía pensar en forcejear, pero conseguí razonar. Tanteé la llave del coche, lo encendí y pisé el acelerador. Los neumáticos chirriaron y el coche se estrelló contra un árbol. El impacto nos hizo sacudir dentro del coche y la cuerda que me rodeaba el cuello se aflojó. Tiré de ella, arrancándola de las manos del asesino y aspiré profundamente, volviendo a respirar con normalidad.

—¡Bastardo! —gruñó.

—Depende de tu punto de vista. —Me incliné para tomar mi pistola, que estaba en la guantera del coche, pero antes de que pudiera, me dio una patada en el brazo. Previamente a que

pudiera apartarse, giré la otra mano y tiré de su pierna, dándole un codazo que le hizo sentir dolor. Sin embargo, antes de que pudiera hacer otro movimiento, retiró la pierna fuera de mi alcance.

Pelear en un coche pequeño no era el mejor lugar, pero ninguno de los dos parecía ceder fácilmente. Pensando en el lado bueno, si conseguía atrapar a aquel tipo, me lo llevaría a la oficina conmigo y entonces tendría una gran captura.

Thiago Bellucci tenía un largo historial de acusaciones, pero ninguna prueba. Sin embargo, su fama le precedía, y quienes conocían bien a aquella familia hacían todo lo posible por evitar la visita del ángel de la muerte, porque cuando venía era para combatir a sus enemigos y no dejar respirar a nadie. Si iba tras el profesor Vincenzo, era una señal muy clara de que ya habían descubierto mi disfraz.

Si él lo sabía, ¿lo sabía Nina?

No tuve mucho tiempo para pensarlo o habría muerto.

Yo estaba sin pistola y él tenía ventaja. Cuando vi que Thiago la sacaba, abrí la puerta del coche y salí rodando justo antes de que el disparo atravesara el respaldo del asiento en el que estaba sentado y diera en el tablero electrónico.

Salió tras de mí y yo rodé hacia el otro lado del vehículo, intentando protegerme de más disparos.

Había otros coches aparcados en las plazas, pero por suerte para la gente, debían de estar todas las personas dentro del edificio, porque no vi a nadie.

—Ríndete y será mejor para ti —dijo Thiago apuntándome con el arma.

—¿Crees que no sé que me torturarán? —Mientras hablaba con él dábamos vueltas alrededor del coche con pasos lentos y yo pensaba en la forma de agarrar mi pistola.

—Podría ser un paseo por el parque si cooperas con nosotros.

—No lo creo.

Tan rápido como pude, abrí la puerta del copiloto y la guantera, agachándome mientras él empezaba a disparar y reducía los cristales del coche a pequeños fragmentos. Uno me rozó la cabeza cuando me preparaba para devolverle el fuego.

La adrenalina era tan alta que puso todo mi ser en alerta, haciendo que mi corazón latiera rápidamente.

Nos quedamos de pie con las armas apuntándonos el uno al otro mientras cada uno de nosotros pensaba en el mejor curso de acción.

—¿Qué crees que pasará cuando escape y toda la Interpol vaya por ti? —me burlé de él, intentando ganar tiempo y pensar en alguna forma de atraparlo.

—Nada, porque no te escaparás de mí.

—¿Seguro? —me pregunto—. Intenté dispararle, pero Thiago fue lo bastante rápido como para esquivarlo, pero cuando me devolvió el disparo, rodé por el suelo y me estrellé contra otro coche.

La bala que atravesó el aire a su lado acabó impactando en otro coche y activando una ensordecedora alarma que dificultaba oír los disparos y los pasos.

—Ven aquí, profesor de mierda.

Corrí hacia otros vehículos y esquivé algunos disparos.

Fue cuando algunos de los estudiantes nos vieron que Thiago retrocedió. Uno de los jóvenes idiotas sacó su teléfono móvil del bolsillo e intentó grabar un vídeo, pero antes de que

pudiera capturar un solo fotograma del asesino de la Bellucci, desapareció como el fantasma que era.

—¿Profesor?

Me metí la pistola en la parte trasera del pantalón y la cubrí con la camisa cuando uno de ellos me reconoció.

—¿Está bien?

—Sí —mentí mientras esbozaba una sonrisa—. Es solo una sesión de entrenamiento para un proyecto estudiantil.

—¿Con armas?

—De juguete.

Dudaba que se lo hubieran tragado, pero fue lo mejor que se me ocurrió tan rápido.

—Vayan a clase. —Pasé por ellos y corrí lo más rápido posible para tratar de desaparecer de su vista.

Solo me detuve minutos después en el baño de otro edificio del curso, jadeando, pensando que había conseguido perder a Thiago.

Saqué del bolsillo el teléfono móvil que utilizaba para el profesor y marqué un número de emergencia al que solo se debería llamar como último recurso.

—Necesito salir de aquí.

—¿Por qué? —La voz al otro lado no estaba muy contenta.

—Me descubrieron.

Colgué la llamada y seguí caminando. No podía quedarme mucho rato al teléfono porque corría el riesgo de que me rastrearan.

Mi cercanía a Nina o cualquier avance que hubiera imaginado tener en ese caso se habían ido por el desagüe y tendría que empezar de cero si quería tener una oportunidad de desmantelar aquella familia.



Nina

Capítulo veintiuno

Dos meses después...

—Quisiera que fuera una niña —oí que Juliana le comentaba a Nedja mientras se pasaba la mano por el vientre.

Hacía tiempo que todos sabíamos del segundo embarazo de la mujer de mi primo, que estaba muy ilusionada con la idea de tener otro hijo. Después del primero y en circunstancias más favorables, esperaba que fuera más sencillo.

—Thiago se volverá loco. —Nedja se rió.

—Quizá sea por eso que quiero una niña. —Juliana se echó a reír.

Las dejé a ellas y al tema de los bebés cuando mi estómago empezó a molestarme de nuevo. Llevaba un tiempo sin encontrarme bien y pensé que podría ser un resfriado, pero no se me pasaba. Pero después de la última semana, cada vez estaba más convencida de que podía ser otra cosa.

Mi menstruación nunca había sido muy regular y solo me ocupaba de ella cuando llegaba, sin preocupaciones adicionales, pero esta vez estaba tardando demasiado. Sospechaba que no me había venido el mes pasado, o al menos que llevaba quince días de retraso. Si me hubiera hecho un chequeo mejor, habría podido estar segura, pero seguía lidiando con esa preocupación.

Era posible que se viniera, podría ser solo el estrés y la tristeza por el incidente que había pasado con Vincenzo, Sebastian... o simplemente el profesor bastardo.

No sabía qué había pasado, yo tampoco había vuelto a la universidad y sospechaba que mi familia se había deshecho de él. *Cualquiera que nos desafiara acababa muerto,* ese era el lema de Thiago. Pero no me atrevía a preguntarle a mi primo si había hecho algo. En el fondo, temía la respuesta.

No debería haberlo hecho, sabía con toda mi racionalidad que solo había sido un objeto en manos de ese cretino y eso me enfadaba mucho. Sin embargo, seguía pensando en él todos los días y me sentía fatal por ello. Era como si estuviera traicionando a mi familia y a mí misma.

Dejé de caminar por el jardín de la mansión de mi abuela y me arrojé sobre un banco de metal. Respiré hondo e incliné la cabeza hacia atrás. El sol tocó mi piel de una forma amistosa que sentí como un cálido abrazo.

Allí estábamos todos, como un domingo familiar más, reunidos como si los problemas del mundo no nos afectaran. La tía Laís, como siempre, se quejaba de extrañar a las gemelas y decía que después de sus matrimonios veía poco a sus hijas, Dante se burlaba de su mamá y así seguíamos.

Nadie me hablaba de un posible matrimonio, era un tema que mi padre había abolido hacía mucho tiempo y todo el mundo parecía haberse acostumbrado, incluida yo. Después de mi experiencia con mi falso profesor, me pareció una señal divina que me contentara con ser la tía soltera.

Era mejor así...

Se me revolvió el estómago y detuve las náuseas poniéndome la mano en la boca.

Algo podía estar pasando dentro de mí, pero hacía lo posible por ignorarlo. Si fingía que no era una posibilidad, podía dejar de existir.

—Nina. —La abuela se sentó a mi lado y me di la vuelta para mirarla.

—¡Hola!

—¿Estás bien, cariño?

Asentí.

—Estás callada, distante de todos.

—Necesitaba mi espacio. —Me abracé a mí misma por reflejo.

—¿Sigues pensando en lo que pasó?

—Nunca quise poner en peligro a la familia, *nona*.

—Todo el mundo lo sabe, niña. —Me acarició la mejilla—. Sé que es difícil verlo así, pero tenemos más amigos que enemigos.

—Sí...

—No creas que has sido la única en caer en semejante trampa. Afortunadamente, la situación se evitó y todo el mundo está bien.

Esbocé una media sonrisa y volví la cara hacia otro lado, mirando el jardín un momento antes de volverme hacia ella y arriesgarme a hacerle una pregunta.

—¿Lo sabes?

—¿Saber qué? —Arrugó aún más su frente marcada por la edad.

—Si... —Respiré hondo—. ¿Si está muerto?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Lo siento. —Me encogí de nuevo—. Era una pregunta tonta.

—Aún así, la hiciste.

—Creo que me ayudaría a estar en paz —confesé.

Si supiera con certeza que ya estaba muerto, probablemente dejaría de preguntarme cómo estaría y si siquiera pensaría en lo que me había hecho. ¿Era todo parte del plan, incluido el sexo?

—Está vivo.

—¿Vivo? —Abrí los ojos, completamente sorprendida.

—Escapó de Thiago y regresó a Francia.

—¡Eso es terrible! —Lamentar el hecho de que estuviera vivo se me fue completamente de la boca, porque en el fondo, algo en mí lo celebró y me enfadé aún más conmigo misma.

—Te enamoraste de él.

—No —me apresuré a responder, aunque mi abuela no había hecho ninguna pregunta.

—Nina...

—Solo era mi profesor, abuela. Confiaba en él como en cualquiera. —Cuanto más intentaba convencerla de ello, peor me parecía la situación. Era obvio que solo me estaba engañando a mí misma.

—Ah, niña...

—Ya pasó, abuela.

—¿Realmente ha pasado?

Asentí y apreté los dientes.

—Me engañó, me manipuló. ¿Cómo puedo sentir algo por alguien que quería hacernos daño? Mi hermano y mis primos podrían estar en la cárcel ahora mismo, o algo peor.

—Nina...

—Ojalá Thiago lo hubiera matado. —Apreté los dientes.

Mi abuela me miró fijamente como si me estuviera analizando y luego me tomó las manos, sujetándolas entre las suyas. Estaba sudando frío y no podía ocultarlo. Además, volvieron las náuseas y probablemente hice una mueca, conteniendo el vómito una vez más.

—Te entregaste a él, ¿verdad?

Abrí los ojos ante una pregunta tan directa.

Si alguien de mi familia llegara a sospechar eso, imaginaba que nunca podrían perdonarme.

Negué y retiré las manos, esquivando tan rápido como pude.

—Nina...

—No, abuela.

—No son muy buenos mintiéndome.

Podría jurarlo el resto de mi vida, pero estaba claro que mi abuela sabía la verdad dijera lo que dijera.

—Mi padre y mis hermanos no pueden saber nada de esto. —Sacudí la cabeza como si hubiera recibido un puñetazo que me hubiera dejado desorientada.

—Nina...

—Nunca me voy a casar, abuela. No pasa nada. Ningún marido va a venir a interrogar a mi padre sobre el hecho de que ya lo he hecho con otro chico.

—No se trata de eso.

—No tienes que decírselo. Por favor... —La miré con ojos suplicantes—. Mi padre se sentirá aún más decepcionado conmigo si se entera de que ya no soy virgen.

—No es tu virginidad lo que me preocupa. —Se inclinó y me puso la mano en el estómago—. Dime que te vino la regla desde la última vez que lo viste.

Tragué saliva y no pude responder.

—Distraes a los guardias de seguridad, pero no recuerdas los condones.

—Fue solo una vez... Sucedió rápidamente.

—Duró lo suficiente para que te dejara embarazada.

Negué con la cabeza.

—Eres lista, Nina.

—¡No puedo estar embarazada!

—Realmente no deberías.

—Si saben que estoy embarazada de Vinc... Sebastian, ¡de él! Me matarán...

—No será el primer embarazo prematrimonial en esta familia, pero el problema es que no es un marido apto para ti.

—Nunca pensé que pudiera serlo.

—No deberías haber tenido sexo con él.

—Lo siento, abuela. —Me encogí hacia atrás, cubriéndome la cara con las manos, y el estómago se me revolvió de nuevo.

—Las disculpas no resolverán tu situación ahora.

—Entonces, ¿qué hago?

—Tendremos que pensarlo.

Eché la cabeza hacia atrás, llorando.

Ya podía imaginarme la cara que pondrían mi padre y mis hermanos si se enteraran de que me había quedado embarazada de uno de nuestros enemigos. Si estaban furiosos porque habían pirateado mi ordenador, no imagino que sucedería si saben que tomaron mi cuerpo.

—Pedí comprar unos test para Juliana, tengo uno en mi habitación. ¿Quieres hacerlo?

—Por favor.

—Ven conmigo. —Me tendió la mano.

Me levanté del banco y seguí a mi abuela al interior de la casa. Por mucho que una parte de mí deseara que todos aquellos síntomas no fueran más que falsas alarmas, mi racionalidad ya

me gritaba que abriera los ojos y aceptara un hecho que había quedado al descubierto ante ellos desde el primer día de mareo.



Sebastian

Capítulo veintidós

Su piel suave, su dulce perfume, sus ojos claros y su sedoso pelo rubio...

Abrí los ojos mientras mi mente se llenaba de imágenes de Nina. No debería haber estado pensando, pero era más fuerte que yo. Su olor seguía grabado en mi mente, al igual que la sensación de tenerla en mis brazos. Era demasiado joven, casi una niña. Yo era quince años mayor que ella, un hombre adulto con una extensa carrera. La diferencia de edad habría sido un gran inconveniente, pero el hecho de que ella formara parte de la familia a la que había jurado detener lo hacía aún peor.

—¡Sebastian! —Me incliné sobre mi escritorio.

Mi disfraz se había caído y Nina ya no era mi misión. Difícilmente volvería a acercarme a ella y nada, bajo ninguna hipnosis, podría construirse entre nosotros.

Había hecho algunas incautaciones de drogas y peces pequeños procedentes del tráfico de todo el mundo. El equipo parecía contento, pero yo estaba frustrado. Quería más y el objetivo de atrapar a los Bellucci estaba en mi mente.

Pensar en Nina era porque no podía olvidar mi objetivo. O era la mentira que me contaba a mí mismo desde la última vez que la vi. No podía quererla como mujer, era absurdo y un gran error.

Saqué el móvil y envié un mensaje a Patrick, que estaba en el mismo edificio que yo, pero trabajando en otra sala. Podía perfectamente acudir a él, pero era un tema del que no quería que se enteraran otras personas.

Sebastian:

Quiero que consigas imágenes recientes de ella.

Patrick:

¿De ella?

Sebastian:

Nina Bellucci.

Patrick:

¿Por qué?

Sebastian:

No preguntes, hazlo.

Patrick:

¿Qué quieres realmente?

Sebastian:

Si es posible, verla.

Patrick:

¿Te has vuelto loco? Después de lo que ha pasado nunca podré piratear las cámaras ni ninguna parte de su sistema.

Sebastian:

Pensé que eras bueno.

Patrick:

Lo soy, pero hasta cierto punto.

Sebastian:

La universidad entonces.

Patrick:

Un momento.

Me quedé mirando el móvil durante lo que me pareció una eternidad hasta que por fin envió otro mensaje, pero muy lejos de lo que esperaba leer.

Patrick:

No ha ido a la universidad desde que se enteraron del virus.

Sebastian:

¿Algún sitio público?

Patrick:

Podría llevarme meses revisar todas las cámaras de Roma y seguiría siendo inútil. Por su historial de comportamiento, deben estar protegiéndola después de lo ocurrido.

—¡Mierda! —refunfuñé al leer el mensaje, aunque me esperaba algo así.

Tiré el móvil sobre la mesa y ni siquiera me molesté en contestarle. Mi frustración se hizo aún mayor. Era una locura, pero aún así quería volver a verla.

Debería haberla enamorado para poder manipularla, pero mi corazón nunca debería haber entrado en ese juego y albergar cualquier sentimiento, aunque solo fuera una erección por una Bellucci, podría haber sido mi perdición.



Nina

Capítulo veintitrés

—Querida... —La abuela llamó a la puerta—. Tienes que salir del baño.

—¿Y si quiero quedarme aquí para siempre? —refunfuñé mientras miraba la prueba de embarazo entre mis dedos.

Realmente desearía que no estuviera sucediendo, pero no era como una línea de código que pudiéramos simplemente borrar y reescribir de otra manera. Me había entregado a un hombre en el que creía que podía confiar y me había marcado para siempre.

—Nina...

—Estoy bien.

—Empezarán a sospechar.

—Diles que estábamos viendo tu colección de libros mientras me hablabas del abuelo.

—Ven aquí...

Respiré hondo, apreté la prueba de embarazo entre los dedos y abrí la puerta. Mi abuela me abrazó en cuanto pudo rodearme con los brazos y yo apoyé la cabeza en su hombro. Quería llorar, pero no podía.

Esperaba que me dijera que todo iba a ir bien, pero no había motivo para ello.

Nos quedamos así un largo rato hasta que me armé de valor para preguntar. Sabía lo mucho que mi abuela había ayudado a todos los miembros de la familia y esperaba que ella también pudiera hacerlo por mí.

—¿Tienes un plan?

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—No... —Me desenredé del abrazo, dando un paso atrás—. No puedo.

—Hay que atenerse a las consecuencias.

—Tiene que haber otro camino. —Me apoyé en la pared como una niña asustada.

—¿Qué es lo que quieres? Hay otras maneras, pero ¿puedes lidiar con ellas? —La mirada seria de mi abuela me hizo tragar saliva.

—Puedo elegir un marido.

—Tendría que ser rápido, porque el embarazo se notará pronto. Podemos hacerlo, puedo encontrar un marido adecuado que tu padre y tus tíos acepten. ¿Crees que puedes sostener esa mentira?

—Yo... —Respiré hondo—. Necesito pensar.

—No tienes mucho tiempo.

—Lo sé, abuela. —Intenté detener las lágrimas, pero me pesaban en los ojos.

Oímos el ruido de pasos que se acercaban por las escaleras y corrí al baño y me encerré antes de que alguien viera mis lágrimas.

—¿Mamá? —La voz del tío Marco resonó en el pasillo—. ¿Qué es lo que pasa?

—Nada.

—Siempre estás ocultando cosas al resto de nosotros.

—No oculto nada.

—Eso parece.

—Simplemente no revelo secretos que no son míos a menos que sea estrictamente necesario.

—Bueno... —Él refunfuñó y yo me quedé en el baño hasta que no pude oír más sonidos fuera.

Estaba embarazada de un hombre que me había engañado para acercarme a mi familia, un policía, un enemigo, y necesitaba decidir qué iba a hacer al respecto antes de que fuera demasiado tarde.



Sebastian

Capítulo veinticuatro

Aquel lugar debería ser más familiar para mí. Las paredes seguían siendo las mismas, al igual que la decoración. Era mi apartamento desde mi última promoción en la Interpol y el salario más ventajoso. Era espacioso, estaba bien decorado y tenía unas vistas espléndidas.

Demasiado grande para que un hombre viva solo...

Tan claustrofóbico como me había parecido el piso de Roma en los primeros días de mi misión, este era aún más extraño. Siempre decían que era difícil volver a ser uno mismo después de pasar tanto tiempo fingiendo ser otra persona, pero a mí no me solía pasar.

Aún así iba a atraparlos, pero al no estar tan cerca me sentía fatal, como si estuviera perdiendo mis posibilidades. Sin embargo, también estaba seguro de que, fuera cual fuera mi estatus en la Interpol, si volvía a Roma sin un buen plan acabaría muerto antes de poder hacer nada.

Los Bellucci dominaban esa ciudad, todo el país y gran parte del mundo, por eso durante tanto tiempo fueron nuestro mayor objetivo. Esperaba marcar la diferencia, pero lo que veía era que podía acabar fracasando como tantos otros antes que yo.

Entré en mi habitación y me quité la chaqueta, dejándola sobre la cama. Hice lo mismo con mi camisa y el resto de mi ropa, y entré en el cuarto de baño. Tal vez un poco de agua caliente me ayudaría con toda la tensión de mis hombros.

Patrick no había conseguido nada, nadie, ninguna pista, y seguían estando protegidos como si fueran los amos del mundo. Ni siquiera la CIA, que siempre estaba espiando a todo el mundo, pudo encontrar algo sobre la familia Bellucci. Por supuesto, los contactos de los mafiosos en Estados Unidos contribuyeron a ello.

Cuando era un joven agente que empezaba su carrera, una vez había hablado con mi superior y me había dicho que era imposible atrapar a estos tipos, su fortuna e influencia los hacían imbatibles, pero me había prometido a mí mismo que le demostraría que estaba equivocado. Desgraciadamente, estaba ocurriendo todo lo contrario.

Nina...

Tenía que dejar de pensar en ella.

Hice todo lo posible por centrarme en mi trabajo, en mis compromisos y en dirigir a mi equipo, pero cada vez que mi mente divagaba no había otro destino que aquella melena rubia. Intenté hacerme creer que pensar en ella era una forma de lidiar con la frustración de haber fracasado, pero era mucho más intenso que eso.

Vincenzo... aunque no era mi verdadero nombre, me había acostumbrado a oír el susurro de sus labios.

Eché la cabeza hacia atrás y el agua de la ducha me corrió por la cara, contuve la respiración un momento y la recordé, cómo era sentarse en la mesita y penetrarla. El canal tan apretado... Su virginidad siendo entregada a mí mientras escuchaba sus gemidos.

—Nina...

Lo siguiente que supe fue que tenía la mano en mi verga, que palpitaba...

Mi boca salivaba, sedienta de tener la suya. Al menos cuando cerraba los ojos podía imaginarme a aquella rubia, hermosa, suave, perfumada, ingenua...

—¡Maldita sea! —murmuré en voz baja, lleno de lujuria.

En mi mente estaba de nuevo entre sus piernas, con mis manos y mi boca deslizándose por su cuerpo esbelto y curvilíneo en todos los lugares adecuados. Mentiría si no confesara que

deseaba tenerla de nuevo, cogérmela, hacer el amor o lo que ella quisiera.

—Nina... —Mi mano no parecía ser suficiente para satisfacerme mientras mi mente viajaba entre la fantasía y la realidad, lo que había sucedido entre nosotros dos y lo que yo quería experimentar.

Aquella vagina húmeda me envolvió, su canal presionando contra mi miembro mientras la penetraba con ganas y Nina gemía bajito en mi oído.

Mis dedos subieron y bajaron rápidamente y rugí al eyacular.

Me desplomé contra la pared del baño, jadeando después de que mi semen corriera por el desagüe.

Era muy probable que yo no fuera el único hombre lleno de deseo por una mujer a la que nunca debió poseer, pero eso ya era una locura y tenía miedo de cometer algún error. Esperaba que tras unas cuantas pajas más, la princesa Bellucci fuera cosa del pasado.



Nina

Capítulo veinticinco

Di vueltas en la cama toda la noche. Me giré de lado a lado, me tumbé boca abajo e incluso en el suelo, pero no encontré ninguna postura que me hiciera sentir cómoda o me ayudara a dormir.

Me levanté cuando me di cuenta de que no iba a conseguirlo y el intento no hizo más que frustrarme aún más. La verdad era que tenía que tomar la decisión más importante de mi vida y aún no sabía qué hacer: enfrentarme a mi familia y admitir que me había quedado embarazada o dejar que mi abuela me eligiera un marido a toda prisa, alguien digno, no de quien estuviera enamorada o conociera bien, simplemente aceptable, que ni mi padre ni mis tíos cuestionaran. La boda tendría que celebrarse rápidamente, o mi pasión por ese chico tendría que ser tan grande que me entregaría a él antes de la noche de bodas solo para que creyeran que era el padre del bebé que esperaba.

¿Cómo podría tener un matrimonio aceptable basado en una mentira?

Empecé a pasear de un lado a otro de mi habitación, sintiéndome como una zombi. También había una tercera alternativa... Me puse las dos manos en el estómago y descarté la posibilidad.

—No puedo hacerlo.

Ese bebé seguía siendo mi responsabilidad y tenía que encontrar una solución.

Salí de la habitación cuando se me secó la garganta y caminé en la oscuridad hasta cruzar los pasillos de los dormitorios.

—Lola, enciende la luz de la cocina.

—De acuerdo.

Abrí la nevera, parpadeando mientras la habitación se iluminaba, y tardé un rato en acostumbrarme. Unos instantes después, tomé una jarra de agua y llené un vaso en la encimera.

—Son las 3.45 de la mañana, Nina. ¿Tienes problemas para dormir? —se hizo eco la voz robótica.

—Un poco —dije en voz baja después de beber unos sorbos de agua.

—Puedo ponerte música relajante.

—No creo que funcione.

—¿Qué tal contar ovejas?

—¿Dónde viste eso, Lola?

—En Internet.

—Las ovejitas tampoco ayudarán.

—¿Y si te cuento una historia? —Una voz masculina se elevó por encima de la robótica y me di la vuelta.

—¡Papá! —exclamé sorprendida al verlo de pie en la puerta.

—Te ayudaba cuando eras niña.

—Echo de menos esas historias. —Le sonreí.

—Nunca es demasiado tarde.

Su actitud me alegró, pero no duró mucho, porque pronto recordé por qué seguía despierta. La decepción que sentiría cuando supiera la verdad probablemente sería enorme.

Se suponía que siempre había sido su niña, su tesoro, pero había logrado arruinar todo.

Mi padre se acercó al armario, tomó un vaso y lo puso junto al mío.

—Llénalo por mí.

—Por supuesto.

Volqué la jarra en su vaso y mi padre se lo bebió todo antes de volver a hablarme.

—¿Qué te pasa? —Me puso la mano en el hombro e inmediatamente me tensé.

—Nada —mentí.

—Nina... —Su tono se volvió más serio. Mi padre siempre me conoció muy bien—. Dormir no es algo que se te dificultara normalmente.

—Yo sólo... —Bajé la cabeza porque no podía hablar, tenía el corazón tan apretado que se me atascaba en la garganta, abrí la boca pero era como si hubiera perdido la capacidad de emitir sonidos.

—Oye... —Me atrajo hacia su pecho y no pude contener las lágrimas. Rodaron tan fuerte que mojaron su camisa—. Hija, ¿qué pasa?

—No quería decepcionarte, papá.

—No me has defraudado. Eres mi niña buena. No había forma de que supieras que estaba infiltrado y deberíamos haber hecho un mejor trabajo protegiéndote.

—Fue culpa mía, papá.

—Ya ha pasado. Hemos superado los daños y todos estamos bien.

—No ha pasado. —Lloré aún más.

—Claro que sí. —Levantó mi rostro.

Negué con la cabeza.

—¿Ese bastardo se puso en contacto contigo de alguna manera? ¿Te amenazó? —Mi padre apretó los dientes.

—Fue antes…

—¿Qué pasó antes? —La postura de mi padre cambió por completo y yo me puse aún más tensa.

—Yo... —Me quedé sin palabras otra vez.

—¡Nina, habla!

—Lo siento...

—¿Por qué lo sientes?

Me separé de su abrazo y me quedé mirando el suelo de la cocina, incapaz de mirarlo a la cara. Estaba tan avergonzada y decepcionada de mí misma que, si pudiera, cavaría un agujero en el suelo y me escondería allí.

Volví a tragar saliva.

—Nina, tienes que decírmelo. —El tono era rígido.

—Papá...

—¿Te hizo daño?

Negué con la cabeza nuevamente.

—Yo... Él... Nosotros hicimos... —mi voz se apagó de nuevo.

Mi padre se alejó de mí y vi sus ojos brillar con una furia que nunca había visto antes. Sabía que se ocupaba de sus asuntos y que podía ser un hombre terrible, pero para mí siempre había mantenido su mejor cara hasta ese momento.

—¿Te di el derecho de elegir para que termines haciendo esto?

—No sabía... —Sollocé—. Juro que no sabía que nos perseguía.

—Aun así, no era el hombre adecuado para ti.

—No somos ejemplos de elecciones apropiadas. —Me sorprendió que apareciera mi madre.

—¿Qué haces aquí, Luize?

—Vi que tu lado de la cama estaba vacío y oí las voces.

—Nuestra hija...

—Te acostaste con quien no debías —añadió mi madre—. No eres la única de la familia que lo hizo. —Se encogió de hombros.

—¡Luize!

—Amor, entonces deberías ser más racional —dijo mi madre.

—Estamos hablando de nuestra hija. —Se volvió hacia mi madre con una postura más dura.

—Lo sé, cariño, pero Nina ya no es una niña.

—Ese bastardo... —Mi padre apretó los dientes.

—Estoy embarazada. —Aproveché la presencia de mi madre para soltar la última bomba.

—Dios mío... —Ella se tambaleó hacia atrás y pensé que iba a desmayarse, pero se apoyó en la pared—. ¿Embarazada, Nina?

Incliné la cabeza y asentí, sin atreverme a enfrentarme a mi padre, ni siquiera a ver la expresión de su cara.

—¡Eso es inaceptable! —Oí el eco de su voz en la cocina.

—Lo solucionaremos, cariño. —Mi madre se acercó e intentó tocarle el hombro, pero mi padre lo esquivó, furioso.

—¿Cómo?

—También me casé embarazada.

—Pero te casaste conmigo y Ettore es mi hijo.

—Nina...

—¡Basta ya! —Mi padre se levantó, resoplando como un toro.

A diferencia de Perla, por ejemplo, que se había casado con Luca y se había quedado embarazada de él antes de que se intercambiaran los votos, mi situación era completamente distinta y a mi padre ni siquiera se le pasaba por la cabeza casarme. El hombre que me había dejado embarazada no era candidato a mi mano y, lo peor de todo, había actuado en contra de mi familia.

Vi a mi padre mirando por la ventana mientras mi madre se acercaba a mí y me rodeaba los hombros con los brazos. Nunca lo había visto tan enfadado, pero no esperaba una reacción diferente después de lo que había pasado.

Mi padre tomó el teléfono y llamó a alguien que no podía estar seguro de quién era.

—¡Quiero a ese maldito francés muerto! —Después de colgar la llamada, se volvió de nuevo hacia mí—. No deberías haber hecho eso.

—Lo siento.

—Mateo... —Mi madre fue a él, pero no pudo tocarlo.

—¡Déjame en paz! Necesito pensar.

—Podemos cuidar a este niño aquí. Cuatro ya han crecido en esta casa, uno más no será un problema.

—¿No lo entiendes, Luize? No quiero arruinar a nuestra hija.

—¿Arruinar? —Lo dejé escapar mientras tragaba.

—Te protegí, Nina. Me aseguré de que fueras más libre de lo que ninguna mujer de la mafia ha sido nunca. Fuiste a la escuela, a la universidad y ahora todo eso está destruido porque

te quedaste embarazada de un puto tipo de la Interpol. ¿Qué crees que pensarán los demás cuando se enteren? Si no podemos evitar algo así, se cuestionará nuestra capacidad de controlar los negocios.

—Lo siento, papá.

—Pensé que eras más inteligente. —Salió de la cocina y me dejó lidiar con eso.

La realidad de que mi padre estuviera enfadado conmigo era aún peor que mi imaginación.



Sebastian

Capítulo veintiséis

Resoplé al terminar de leer el informe de un agente de campo. Me fastidiaba mucho haber vuelto al trabajo de liderazgo y burocracia que hacía como director. Durante mucho tiempo lo había disfrutado de verdad, creía que había recibido el ascenso que merecía, pero quedarme ahí ordenando a la gente que hiciera su trabajo no me llevaba a ninguna parte.

Tenía que volver a Italia, encontrar una nueva forma de acercarme a los Bellucci y conseguir la información que necesitaba para arrestarlos. Sentado en ese cómodo sillón y en una hermosa habitación, no conseguiría nada.

Mis superiores me habían ordenado que me apartara tras la redada de cocaína y tenía la sensación de que al menos uno de ellos tenía vínculos con la familia del crimen.

Disponía de una fortuna procedente de mi herencia, así como de recursos procedentes de mi trabajo que podrían permitirme llevar a cabo una investigación privada, y con la ayuda de Patrick podría conseguir algo más.

—¿No se va a casa, señor? —preguntó mi secretaria al entrar en la sala y darse cuenta de que estaba parado en el mismo lugar desde hacía horas.

—En un momento.

—¿Me necesita para algo más?

—No.

—Pues que pase una buena noche.

Asentí y desapareció de mi vista.

Pasó un largo rato y, justo cuando estaba a punto de levantarme, sonó el teléfono en mi mesa, atrayendo mi atención.

—¿Hola?

—¿Señor?

—Patrick, ¿qué pasa?

—¿Puedes venir a mi laboratorio? Tengo algo importante que quiero enseñarte.

—Voy para allá.

Cerré la pantalla de mi portátil y salí de la habitación, bajando en ascensor a la planta de los técnicos, donde encontré a Patrick delante de varios monitores y con una tableta en las manos.

—Pensé que ya te habías ido a casa.

—Tenía intención de hacerlo, pero entonces recibí una alerta y me encontré con esto. —Abrió una imagen en uno de los televisores y vi a Thiago Bellucci acompañado de unos hombres.

La imagen de una cámara de seguridad solo duró unos segundos, lo suficiente para que el asesino de Bellucci se metiera en un coche oscuro y desapareciera de la vista.

—¿Dónde está?

—Aquí, en Lyon.

—¿Cómo?

—Sí. —El técnico amplió la imagen y mejoró la resolución para que no tuviera ninguna duda de quién era.

—¿Qué hace aquí?

—No lo sé. No he encontrado ninguna pista, pero si aceptas una suposición, creo que podría estar buscándote a ti.

—No estaría tan loco.

—Ya ha intentado quitarte la vida antes.

—Pero yo estaba en Roma, solo y haciéndome pasar por profesor universitario.

—Deben estar demasiado furiosos para enviar a su mejor hombre hasta aquí.

Me fijé en la imagen congelada de Thiago durante unos minutos más. Que estuviera allí no era una buena señal, pero podía usar eso a mi favor.

—Que venga a mí.

—¿Estás pensando en una trampa?

—Tenemos que arriesgarnos, Patrick. Necesitamos pruebas contra este hombre que sean lo suficientemente infalibles para que pase el resto de su vida en prisión. Este es el momento de hacerlo.

Mi agente asintió, sabía que podía contar con él para realizar cualquier tipo de plan.



Nina

Capítulo veintisiete

Hacía dos días que no veía a mi padre. En cuanto se lo dije, se marchó esa misma noche, sin esperar siquiera a que amaneciera. Tuve la sensación de que Giovane sabía algo, pero no me atreví a preguntar a mi hermano menor.

Todo el lío era culpa mía y me sentía fatal por toda la situación. Quería poder borrarlo todo y fingir que nada me importaba, pero no era así. Había un bebé creciendo dentro de mí que no me dejaba olvidar que había sido engañada por un enemigo de mi familia y que le había permitido llegar mucho más lejos de lo que debía.

—Nina... —Mi madre empujó la puerta del dormitorio y yo me revolví en la cama, de donde ya no tenía valor para levantarme.

Tenía una bandeja y la puso en mi mesa.

—Ven a comer algo.

—No tengo hambre. —Me giré hacia el otro lado, de espaldas a ella.

—Hija. —Oí cómo el colchón se hundía con su peso antes de que mi madre tirara de mí por el hombro para que pudiera mirarla.

—No quiero...

—Pero tienes que hacerlo. No solo por ti, también por el bebé.

—Si dejara de pensar, todo podría desaparecer.

—Sabes que no funciona así.

—Ah, mamá... —Gemí de nuevo.

—Ya ha pasado, Nina. —Me acarició el pelo—. Ahora tienes que levantarte y afrontar las consecuencias.

—¿Dónde está papá? —me aventuré a preguntar.

—Junto con los demás.

—¿Han ido tras Sebastian? —Algo se instaló en mi garganta, como un gato, arañando las paredes e impidiéndome respirar.

—Thiago fue.

—¿Crees que...

—No deberías pensar en ello. —Me interrumpió.

Estaba muy enfadada con él y debería haberlo odiado. Una parte de mí incluso albergaba ese sentimiento, pero todo era tan confuso y doloroso que no podía saber si había borrado por completo la pasión que me había llevado a entregarme a él.

—Come, Nina —insistió mi madre.

Me senté en la cama y acepté el vaso de leche y el bocadillo que me preparó. Necesitaba levantarme y no dejar que la presencia de aquel hombre en mi vida me destruyera.

Comí y bebí antes de oír abrirse la puerta de la sala. Mi padre no tardó en aparecer en mi habitación. Nos miró a mí y a mi madre antes de hablarnos con tono firme.

—Vístete y ven al salón. Hay alguien esperándote.

—¿Alguien?

Tragué saliva. ¿Quién podría ser? Solo que mi pregunta no fue respondida por mi padre y tuve que lidiar con un mal presentimiento.

—Haz lo que dijo tu padre, Nina.

—¿Sabes quién es?

—No.

—¿Un médico?

—Tal vez. Vístete.

Fui al armario de mi habitación y me cambié el pijama por ropa más presentable. Me peiné y salí lo más rápido posible, sin perder el tiempo maquillándome.

Cuando llegué al salón vi a mi padre sentado en uno de los sofás y de pie había un hombre. Debía de tener entre treinta y treinta y cinco años, no era guapo, pero tampoco tenía mal aspecto. Habría sido un tipo corriente de no ser por la pistola que llevaba en la cintura y los guardaespaldas que tenía justo detrás.

—Nina, ese es Mario Grasso, el capo de Tivoli.

—Hola. —Sonreí torpemente.

—Tu futuro marido.

—¿Marido? —No podía creer las palabras que habían salido de mi boca.

Como mi padre me había prometido que nunca me casaría, imaginé que una situación así

nunca se produciría, pero allí estaba él, mostrándome a un hombre al que nunca había visto y diciéndome que pasaríamos juntos el resto de nuestras vidas.

—No... No... —tartamudeé en estado de shock.

—He oído hablar mucho de ti, Nina. —Mario se acercó aún más y la mirada firme de mi padre me impidió salir corriendo—. Eres aún más guapa en persona.

—Gracias.

Extendió la mano para tomar la mía y no tuve más remedio que dársela y dejar que me besara el dorso.

—Mario enviudó el año pasado, su mujer desgraciadamente murió de una enfermedad y no tuvieron hijos. Le hace mucha ilusión ser padre... —Escuché aquel discurso completamente inmóvil, como si se me hubiera puesto un pegamento en la boca y los pies—. Prometió ser discreto sobre ese pequeño incidente.

No podía creer que mi padre hubiera elegido un marido para mí y encima, uno que estaba dispuesto a aceptar a un hijo de otro hombre.

—Casarme con una Bellucci sería un gran honor.

El tipo me sonrió y yo me quedé estática.

Debería haber sido una pesadilla terrible, pero no lo fue.

—¿Cuándo empezaremos los preparativos, Mateo?

—Lo antes posible. —Mi padre se levantó del sofá y me puso la mano en el hombro.

—Estoy impaciente. —La sonrisa del hombre me dio un escalofrío.

No es que hubiera algo en él que me diera pavor, simplemente no quería casarme tan rápido con alguien a quien veía por primera vez.

¿Y si éramos completamente incompatibles? ¿O si me llevaba lejos de mi familia? No sabía si podría soportarlo como el resto de las mujeres.

—Puedes irte, Nina. —Mi padre me hizo un gesto para que saliera al pasillo—. Vamos a discutir otros detalles del matrimonio.

Asentí y casi salí corriendo, imaginando que podría escapar de la situación, pero solo me topé con mi madre en medio del camino.

—Cálmate.

—Papá no puede hacer eso. —Empecé a llorar y hundí la cabeza en su pecho.

—Ay, cariño. —Me abrazó.

—Nunca lo he visto.

—Los matrimonios concertados son así.

—Quería una boda como la tuya —dije, recordando lo felices que parecían ella y mi padre en su vida juntos.

—¿Quién sabe? —Intentó animarme.

—Ni siquiera lo conozco.

—Ha sido así durante mucho tiempo.

—¿Por qué está pasando esto? —Intenté detener las lágrimas, pero no pude.

—Ah, niña. —Mi madre me dio un abrazo y lo único que pude hacer en ese momento fue hundirme en sus brazos.

Quería despertarme en un momento de la vida en el que no estuviera embarazada de Sebastian y mi padre no me hubiera buscado un prometido.



Sebastian

Capítulo veintiocho

Encendí la televisión y me senté en el sofá a beber una botella de uno de mis mejores vinos. Pronto los sonidos de algún programa llenaron mi salón mientras disfrutaba de la intensidad del aroma. Me gustaba un tinto así acompañado de un buen queso, cuanto más amarillo mejor, probablemente hubiera provolone en mi refrigerador, pero no me molesté en levantarme a cortarlo.

Fingía estar relajado, pero en el fondo estaba muy ansioso. No veía la hora de encontrarme con Thiago Bellucci y confrontarlo. Sabía que el heredero vendría a verme y eso me angustiaba.

Quería generar la apariencia de ser un hombre solo, distraído, pero había agentes en la terraza y en otros pisos esperando el momento de actuar y capturar al asesino.

Terminé el vino y vertí un poco más en mi copa, pero tenía que tener cuidado, no quería estar borracho en el momento en que más necesitaba mis instintos.

Miré la hora en el reloj de pared del salón. Llevaba allí al menos treinta minutos y Bellucci no había aparecido.

Patrick no había visto más imágenes del hombre por la ciudad que aquella y empezaba a dudar de que fuera real. Podía prescindir de los hombres y dejar libre aquel escondite antes de que empezara a parecer patético.

Eran peligrosos, pero cautelosos, y quizás les parecía una locura venir por mí en la ciudad donde tiene su sede la Interpol.

—¿Alguna señal de él? —Me acerqué el cable a la oreja.

—No, señor... Espera... —Patrick hizo una pausa como si estuviera analizando algo—. Hay alguien acercándose a la entrada del edificio.

—¿Quién?

—Parece un repartidor cualquiera. Se dirige a la recepción.

—Estate atento.

—Sí, señor.

Solo pasaron unos minutos hasta que el intercomunicador empezó a sonar.

No había pedido nada y me pareció extraño, pero aun así me levanté para contestar.

—Hay una entrega para usted aquí en la puerta.

—Déjalo que suba.

—De acuerdo. —El portero desconectó la llamada.

Me enfundé la pistola en la cintura y esperé junto a la puerta. Cuando oí el timbre, observé quién era a través de la mirilla. El hombre con uniforme de repartidor no tenía cara reconocible y no parecía un italiano que trabajara para la familia Bellucci.

—¿Quién eres tú?

—He venido a hacer una entrega para Sebastian Dauphin.

—¿De parte de quién?

—¿No fuiste usted quien pidió un sándwich?

—No.

—Ya está pagado, pero puedo devolverlo.

—Puedes dármelo. —Abrí la puerta para sorprender al repartidor.

Sacó el paquete de una mochila cuadrada que llevaba a la espalda y me lo entregó. Cerré la puerta y volví a entrar en mi piso antes de esperar a que se marchara.

—¿De quién crees que podría ser?

—No tengo ni idea —respondió Patrick a través del cable—. Ponlo sobre la mesa y apártate. Haré que venga un equipo especializado a ver qué hay dentro antes de abrirlo.

Bomba.

Cuando esa posibilidad se hizo más evidente, dejé el paquete de papel sobre mi mesa y me alejé de él lo más rápidamente posible. Imaginé que se trataba de ese tipo de artefactos que se activan al abrirlos, pero aunque estaba a unos metros, todo voló por los aires...



Nina

Capítulo veintinueve

Me revolví en la cama cuando mi móvil empezó a vibrar. No quería responderle a nadie y dudaba que, después de todo, pudiera ser algo importante.

Quienquiera que fuese insistió y acabé tomando el aparato.

Nicolae:

¡Hola!

¿Dónde estás?

No apareciste en la empresa hoy.

Nina:

Quiero estar sola.

Nicolae:

Este lugar no es lo mismo sin ti.

Nina:

Si me hubiera quedado en casa y nunca hubiera salido, esto nunca habría pasado.

Nicolae:

No seas tan dramática.

Nina:

Es verdad.

Quiero disfrutar de esta habitación antes de tener que vivir en otro sitio.

Nicolae:

No tiene por qué ocurrir eso.

Nina:

¡En serio, Nic! Tendrías que haber visto la cara de nuestro padre.

Nicolae:

Está furioso. Ya lo sé.

Nina:

Fue culpa mía.

Nicolae:

Lo era, pero si ponemos fin a este embarazo, podrías salir de este matrimonio y quedarte en casa como la mujer soltera que siempre has sido.

Nina:

No puedo creer que digas eso.

Nicolae:

Es una forma de resolver la situación.

Nina:

Dios nunca me perdonaría.

Nicolae:

Tenemos tanta sangre en nuestras manos que solo faltaría una más para evitarte futuros sufrimientos.

Nina:

Siempre protegemos a los nuestros. Somos una familia.

Nicolae:

¿Por qué tener el hijo de un tipo de la Interpol? ¡De un policía!

Me quedé mirando el mensaje de mi hermano, sabía que la practicidad y la racionalidad eran características que todos habíamos heredado de nuestro padre, pero ni siquiera podía contemplar la posibilidad de deshacerme de la vida que crecía en mí de esa manera, por mucho que odiara a Sebastian.

Nina:

También es mi hijo.

Nicolae:

Ya lo sé.

¿Así que eso es lo que prefieres, el matrimonio?

Nina:

Para no quitarlo, es la opción que tengo.

Nicolae:

Nina, no me digas que todavía sientes algo por ese asqueroso. ¡Te mintió!

Nina:

No estamos hablando de él.

Nicolae:

De acuerdo. Es tu decisión. Es solo que ninguno de nosotros quería que te casaras así.

Nina:

Parece que no había forma de escapar al destino de todas las mujeres como yo.

Nicolae:

Ojalá te equivocaras, hermana.

Nina:

Ojalá.

Nicolae:

Ahora tengo que concentrarme en mi trabajo.

Nina:

Hasta luego.

Volví a guardar el móvil después de dejar de mensajearme con mi hermano.

Di la vuelta en la cama, boca abajo, y me puse las manos en el vientre. Todavía no había señales de embarazo, pero el malestar seguía ahí. Después de decirle a mi padre que estaba embarazada, el dolor de cabeza se hizo aún más fuerte.

Me di cuenta de que todos en mi familia buscaban la manera de ayudarme a resolver un problema en el que me había metido. Pero la solución que yo quería era imposible. Mi hijo nunca sabría quién lo había hecho ni se enteraría de nada. Para el mundo, y sobre todo para el resto de la mafia, ese niño pertenecería al marido que mi padre había elegido para mí.

Aunque entendía cómo funcionaba mi mundo, era difícil preguntarse cómo sería si Sebastian fuera solo Vincenzo y yo una simple estudiante universitaria. ¿Tendríamos alguna posibilidad de estar juntos?

¡Nina! Me reprendí pensativa y saqué una almohada, cubriéndome la cabeza.



Sebastian

Capítulo treinta

Me pesaban los ojos y la cabeza me palpitaba mucho mientras intentaba recuperar lentamente la conciencia. Solo tenía flashes y, aunque oía el sonido de los aparatos médicos, tardé un rato en organizar mis pensamientos y recordar lo que había pasado.

Esperaba a Thiago Bellucci, una bomba, perdí el conocimiento y finalmente desperté en el hospital.

Solo creía que no había muerto porque cada parte de mí me dolía y estaba seguro de que el infierno no era tan tranquilo ni claro.

Por fin conseguí abrir los ojos y me di cuenta de lo que me rodeaba. Estaba en una cama típica de lugares así, había algún aparato al lado monitorizando mis signos vitales y un cuadro abstracto en la pared frente a mí junto a un televisor.

—Por fin estás despierto. —Intenté mover la cabeza y me di cuenta de que una enfermera me estaba cambiando la vía.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —me esforcé por preguntar.

—Más de veinticuatro horas.

—¿Tuve algún traumatismo?

—No de milagro. Sus heridas eran más superficiales. Es muy posible que en unos días esté como nuevo.

—Entonces, ¿por qué me siento como si me hubiera atropellado un camión?

—Son los efectos de sobrevivir a una bomba.

—¿Hay alguien aquí?

—¿De tu familia? No creo que hayan podido contactar con nadie.

—No tengo familia, solo trabajo.

—Lo siento. —Parecía decepcionada, pero yo ya estaba acostumbrado. Mi padre había muerto, yo era hijo único y apenas tenía contacto con mi madre.

—No es necesario.

—Hay dos guardias de seguridad en la puerta desde que te trajeron a la habitación. Imagino que tienes un trabajo muy arriesgado.

—No tienes idea —balbuceé.

—¿Tienes hambre?

Asentí con la cabeza.

—Te traeré algo.

—Gracias.

En cuanto la enfermera salió de la habitación, me miré mejor. Había pequeños cortes por todo mi cuerpo, señales de los fragmentos, pero en realidad no encontré ninguna herida preocupante. Lo único que me molestaba era el dolor de cabeza. Puede que no tuviera ningún traumatismo, pero era muy probable que me hubiera golpeado.

¡Maldita sea!

No esperaba una bomba, pero había subestimado a Bellucci. Thiago tenía un historial de acabar con sus enemigos con sus propias manos, pero estaban en mi territorio y eran cautelosos. Todas las trampas que había planeado para capturarlo habían vuelto a fallar.

Déjalo, casi puedo oír a alguien decir.

La puerta de mi habitación se abrió e imaginé que era la enfermera con la comida. El hecho de haber pasado tanto tiempo inconsciente justificaba mi estómago revuelto y las ganas de ir al baño. Sin embargo, no era ella, sino un hombre alto con gorro, ropa de médico y mascarilla.

—¿Cómo te sientes? —Aquella voz me resultaba extrañamente familiar.

—¡Thiago! —Abrí los ojos con sorpresa.

—Parece que tienes más vidas que una cucaracha, hijo de puta.

—Estás demasiado lejos de casa. —Aparté la mirada, dándome cuenta de que tenía un vía con suero en el brazo, y me la saqué lo más rápido que pude para que no me estorbara a la hora de defenderme.

—Voy a cazarte hasta en el infierno.

—Imagino que ese cargamento de cocaína era muy importante para ustedes.

—No es por eso.

—¿Por qué me acerqué demasiado y casi arresto a uno de ustedes?

Negó con la cabeza.

—Te cojiste a mi prima y la dejaste embarazada.

—¿Nina? —No podía reaccionar—. ¿¡Embarazada!?...

—¡Pagarás por eso!

Se abalanzó sobre mí y rodé sobre la cama, esquivando sus manos antes de que me agarrara del cuello. Todavía estaba débil y me tambaleé, casi cayendo al suelo.

Thiago saltó sobre la cama y yo moví mi cuerpo hacia un lado, esquivando la patada. Él chocó contra la pared y yo di unos pasos hacia atrás. Mi cuerpo respondió por sí solo, casi como si los músculos tuvieran memoria, afortunadamente, porque mi mente no era capaz de pensar con claridad.

Me hice a un lado para esquivar un puñetazo y luego otro. Intentó sacar la pistola y le di una patada que hizo que se metiera debajo de la cama.

Nina estaba embarazada...

Recibí un puñetazo en el estómago y mis pensamientos se interrumpieron.

El golpe de Thiago me tiró al suelo y me hizo caer sentado, dándole una oportunidad para intentar tomar el arma, pero me incliné hacia delante y le agarré de las piernas, tirándolo.

Intentó darme patadas, pisarme las manos para que le soltara. En cuanto la enfermera entró en la habitación, Thiago cayó encima de ella e hizo que la mujer derramara la bandeja con la comida.

Ella gritó, atrayendo la atención de todo el hospital, y Thiago se inclinó hacia ella, consiguiendo por fin agarrar la pistola y apuntarle.

—¡Cállate!

Movió el cañón y me apuntó, pero yo salté a un lado, lo que hizo que el disparo pasara de

largo y diera en la pared.

Dos agentes, que estaban fuera y se dejaron engañar por el uniforme médico, entraron en la habitación y avanzaron hacia Bellucci, pero antes de que pudieran atraparlo, este atravesó la ventana y salió corriendo. Junto con los hombres, corrí hacia la baranda y le vi rodar por el césped y huir por el jardín del hospital.

—¡Vayan tras él!

Intentaron saltar por la ventana, pero no tenían la misma agilidad. Antes incluso de que llegaran al jardín, el asesino había desaparecido de su vista.

No querían matarme solo porque hubiera intentado detenerlos, sino sobre todo porque sabían que me había acostado con Nina y que estaba embarazada. Conocía las tradiciones y costumbres de la mafia, si fuera otro hombre, me obligarían a casarme con ella, pero teniendo en cuenta mi posición, utilizarían mi sangre para lavar su honor.



Nina

Capítulo treinta y uno

¿Quién utilizaba aún periódicos impresos?

No dejaba de hacerme esa pregunta mientras leía por millonésima vez la pequeña nota sobre mi matrimonio con Mario. Después del día en que mi padre me había presentado a aquel tipo, no volví a verlo nunca más, pensé que era mejor así, aunque solo aplazara las relaciones que teníamos que construir en algún momento.

La nota era breve y anunciaba el matrimonio como era común.

Yo ya había aceptado que así fuera. Si quería dejar nacer a mi hijo, tenía que aceptarlo; una madre soltera de un bebé de un policía era totalmente inconcebible en la mafia.

Toda mi familia lo sabía, por muy mal que me pareciera, era consciente de que todos intentaban tomar la mejor decisión para ayudarme.

—Vamos a celebrar la fiesta de compromiso en la mansión. —Oí hablar a mi madre mientras atravesaba el salón, donde yo estaba acurrucada en el sofá.

—¿Es realmente necesaria la fiesta? ¿No podemos ir solo a la fiesta de la boda?

—Querida. —Se acercó y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Forma parte del protocolo y puede acabar haciendo sospechar a los hombres sobre el verdadero motivo de la boda.

—Ya sospecharán cuando el bebé nazca prematuramente.

—No se les da muy bien contar, pero les encanta una buena celebración.

—Por supuesto, una celebración —refunfuñé.

—¡Eh! —Me acarició la mejilla—. Todo irá bien.

—Voy a echar de menos esto.

—Odio la idea de que te vayas de esta casa. —Me acercó más a ella, acurrucándome en su pecho como hacía cuando yo era niña—. Al menos, por el lado bueno, tu padre ha elegido a alguien de un pueblo cercano, así que podremos vernos siempre que queramos.

—Sí.

—Será un buen marido o tendrá que vérselas con tu padre.

Lo sabía, mi padre no elegiría a alguien que no creyera que me merecía, pero al mismo tiempo, eso no tenía ni pies ni cabeza. Podría llevar una vida con Mario, pero ¿sería capaz de entregarme a él como lo había hecho con Sebastián? ¿Dejaría de pensar en ese idiota de la Interpol?

—Vamos a elegir un bonito vestido para ti. Decorémoslo con muchas flores... —Mi madre estaba muy emocionada, aunque yo no creía que se alegrara tanto por el anuncio de mi boda. Pero, dada la situación, hacía todo lo posible para que me sintiera bien.



Sebastian

Capítulo treinta y dos

Hice girar el bolígrafo entre mis dedos mientras seguía pensando en lo que había pasado hacía dos días. Thiago intentando asesinarme y, principalmente, la revelación sobre el embarazo de Nina. Yo era el único que había estado con ella, aún recordaba exactamente cómo había sucedido. Las imágenes me venían a menudo a la cabeza y había perdido la cuenta de cuántas veces me había masturbado pensando en ella.

Embarazada...

Mi hijo...

Antes no podía dejar de pensar en ella, pero después de enterarme de esa noticia, me sería imposible.

No es que pudiera tenerla para mí solo y salir con ella como si fuéramos una pareja normal, pero ese bebé podía cambiarlo todo. No podía darle la espalda a esta situación, ¿verdad?

Una notificación aparece en la pantalla de mi ordenador y capta mi atención. Me doy cuenta de que es un mensaje.

Patrick:

¿Cómo estás, señor?

Sebastian:

Estupendo.

Patrick:

Deberías estar en tu casa recuperándote.

Sebastian:

Es más seguro aquí, teniendo en cuenta que tengo a un asesino detrás de mí.

Patrick:

Tienes razón.

Sebastian:

¿Es todo?

Patrick:

En realidad, no. Acabo de encontrar una noticia que quizá le interese ver.

Sebastian:

¿De qué se trata?

Me envió un enlace y lo abrí, leyendo rápidamente el artículo y viendo que era un anuncio de la boda de Nina con un hombre que ya había aparecido en algunas de mis investigaciones sobre la mafia italiana.

Algo se agitó en mi interior cuando leí aquello. Apreté los dientes y di un puñetazo furioso en la mesa, asustando a un agente que pasaba por el pasillo.

No podía casarse.

Sebastian:

¿Se conocían de antes?

Patrick:

No lo sé.

Sebastian:

¿Puedes averiguarlo?

Patrick:

Puedo intentarlo.

Sebastian:

Quiero tanta información sobre este tipo como puedas conseguirme.

Patrick:

Haré lo que pueda.

Sebastian:

¿Cuándo se celebrará la boda?

Patrick:

Aún no se ha anunciado la fecha, pero habrá una fiesta de compromiso el fin de semana.

Sebastian:

Necesito ir allí.

Patrick:

¡Te has vuelto loco! No volverás con vida.

Sebastian:

Consígueme la información. Déjame pensar en el resto.

Patrick:

Ten cuidado.

Sebastian:

De acuerdo.

Patrick tenía razón, debía tener cuidado. Mi raciocinio me gritaba que dejara pasar esa boda, aunque sabía que su motivación era encubrir el embarazo de Nina... ¡Mi hijo!

Continuar con mi misión, preservar mi vida y dejar que otro hombre se hiciera cargo del niño era lo más racional, pero no podía ignorar por completo lo que sentía. Había pasado por

todo tipo de entrenamientos, me había enfrentado a la muerte innumerables veces, pero nada me había preparado para enfrentarme a ella.

Parecía una broma del destino, una sola relación sexual me había bastado para dejarla embarazada. Incluso sin saberlo, no podía quitármela de la cabeza.

Mi objetivo era que Nina se enamorara de mí, pero yo había caído en mi propia trampa.



Nina

Capítulo treinta y tres

El vestido largo de encaje con muchos bordados lo había elegido mi madre. Me pareció un poco cursi, pero no dije nada al respecto. Había muchas cosas que no quería ese día y el vestido era la menos preocupante.

Me puse la mano en la barriga. Haciendo un rápido recuento mental, estaba embarazada de casi tres meses y mi vientre tenía una ligera curva por debajo que podía disimularse con la ropa. Era cuestión de tiempo que todo el mundo se diera cuenta. Había decidido quedarme con el bebé, así que tenía que casarme pronto.

Vi moverse la cortina y me di la vuelta, estaba en una de las habitaciones de la mansión Bellucci y podría haber sido solo el viento, pero no...

Di un paso atrás tambaleante cuando una imagen inesperada se reveló ante mis ojos.

—¿Cómo entraste aquí?

—Hice lo que pude para burlar la seguridad. Tu familia no es la única que tiene algunos trucos. —Salió de detrás de la cortina y dio unos pasos hacia mí.

Mientras observaba a aquel hombre, era como si mi mente estuviera frente a un espejismo. Parpadeé varias veces para asegurarme de que lo tenía delante, pero seguía allí.

—Te matarán si descubren que estás aquí.

—Creo que vale la pena el riesgo. —Se acercó lo suficiente como para estirar la mano y tocar mi piel.

—Sebastian... —Su nombre salió en un susurro a través de mis labios casi como si

estuviera en un sueño.

—¡Nina! —Deslizó su mano por mi brazo, deslizando las yemas de sus dedos hasta mi cara, dejando un rastro de piel de gallina que me aceleró el corazón.

Desde la última vez que había visto a aquel hombre, no había podido dejar de pensar en él ni un solo instante. Sin embargo, cuando volví a parpadear y me di cuenta de que realmente estaba allí, se me llenaron los ojos de lágrimas y apreté los dientes para contenerlas, pero la furia me consumía.

—Me has mentido. —Esquivé su contacto y golpeé su pecho con las manos, furiosa—. Has espiado a mi familia. —Intenté apartarlo, golpeándolo con la rabia que llevaba dentro, pero Sebastian era fuerte y no cedió.

—Son delincuentes.

—Yo soy una de ellos. —Apreté los dientes con aún más rabia, pero no pude evitar que las lágrimas de decepción rodaran por mis mejillas.

Intentó tocarme la cara, pero volví a esquivarlo.

—No sé a qué has venido, pero va a ser tu peor elección. —Miré a un lado y a otro en busca de un arma que pudiera usar contra él.

Estaba tan decepcionada, frustrada e indignada conmigo misma por haber caído en esa trampa de músculos bonitos y mirada profunda, que quería hacer algo para corregir mi terrible falta.

Encontré unas tijeras pequeñas en el tocador, junto a un bote de hilo y una aguja, y las apunté en su dirección como si fueran un arma, pero antes de que pudiera atacarlo en el pecho, Sebastian me agarró de la muñeca y me obligó a encararme de nuevo con él.

—Realmente no quieres hacer esto. —Su tono de voz me paralizó como si fuera un sedante y la furia en mí se hizo aún mayor.

—¡Sí, quiero! —le gruñí.

—Nina...

—Me engañaste, intentaste aprovecharte de mí para hacer daño a mi familia y... —Contuve la respiración al no poder terminar la frase.

—Te dejé embarazada.

—¡Maldito! —Gemí, intentando avanzar con las tijeras, pero él me sujetó con fuerza.

—No puedes casarte, Nina.

—No tengo elección. —Jadeaba en una mezcla de excitación y rabia.

—Ven conmigo...

Negué con la cabeza.

Sebastian bajó aún más la mirada y su mano que me sujetaba la muñeca subió, presionándome la palma hasta que abrí los dedos y dejé caer las tijeras.

—¡Te quiero muerto! —gemí, más enfadada conmigo misma e incapaz de entender por qué mi corazón latía tan deprisa ante la proximidad de los dos.

—¿De verdad quieres eso? —Bajó la cara y nuestras respiraciones se fundieron hasta el punto de que todo mi cuerpo se estremeció.

—Sí... —dije entre dientes.

—Hablar es fácil. —Su mano abandonó rápidamente mi muñeca y se dirigió a mi cara. Mi cuerpo se calentó y perdí la cabeza por completo cuando Sebastian se inclinó aún más y su boca se acercó a milímetros de la mía.

Le golpeé el pecho con ambas manos, intentando apartarlo. Toda mi racionalidad me decía que gritara, que llamara la atención de un guardia de seguridad o que buscara otra forma de alejar a aquel enemigo de mí, pero mis instintos me decían otra cosa.

—¡Quiero matarte!

—Entonces intenta hacerlo después. —Me pasó la mano por la nuca y me agarró el pelo con fuerza, poniendo fin a la pequeña distancia que separaba nuestros labios.

Cuando su lengua se hundió en mi boca, toda la tensión y la furia se disolvieron, como si lo que me había hecho no significara nada. Después me iba a sentir como una tonta, pero era imposible resistir los impulsos que me traicionaban.

Respondí a su beso y me di cuenta de lo hambrienta que estaba de él. Sebastian me tiró del pelo con más fuerza y devoró mi boca mientras su otra mano subía por la falda de mi vestido.

Gemí al sentir su lengua sobre la mía cuando presionó directamente sobre mi trasero, protegido únicamente por unas finas bragas. Debería haber tenido fuerzas para apartarlo, para que no volviera a ocurrir, pero todos mis impulsos me decían lo contrario y me di cuenta de hasta qué punto mi lujuria por aquel hombre iba más allá de lo racional.

Sebastian deslizó sus dedos en mis bragas mientras nos besábamos y yo restregué aún más mi cuerpo contra el suyo, sin dejar de besarlo. Era como si un fuego ardiera sin cesar entre mis muslos y la única forma de apagarlo fuera tener más de él.

Si alguien nos descubría allí, a Sebastian le cortarían la cabeza y ni siquiera sabía lo que me pasaría a mí, pero era completamente imposible detener esa necesidad irracional que reverberaba en mi interior.

Di unos pasos hacia atrás, sin dejar de besarlo en un tonto intento de liberarme, pero me tropecé con el tocador y Sebastian bajó las manos hasta mis muslos, levantándome para sentarme en el mueble igual que había hecho la primera vez.

—Tú no... —Intenté protestar.

—Shhh... —Me cubrió los labios con el dedo y movió la boca por mi cuello, haciéndome poner los ojos en blanco y dejar de pensar.

Su lengua tocó la base de mi garganta y subió por mi cuello hasta la oreja, provocándome escalofríos y evitando que un gemido llenara toda la habitación.

Sabía muy bien lo malo que era volver a estar en brazos de Sebastian, pero no podía contener el impulso.

Apreté sus hombros y él apartó el rostro, encarándome de nuevo.

Ese hombre podría significar la perdición, no solo para mí, sino para toda mi familia.

Se inclinó hacia mí, me mordisqueó el cuello y me estremecí al sentir su mano recorrerme la espalda y bajarme la cremallera del vestido. Tiró de la prenda por delante, dejando al descubierto mi sujetador, y su boca se acercó a mis pechos, dejando que mi pecho subiera y bajara aún más rápido.

Mi deseo era frotar mis muslos, la necesidad crecía más y más cuando sentía su bulto cerca de mí.

Solo que esta vez, en lugar de llevarme sobre los muebles, Sebastian me levantó y me llevó hasta la cama.

Me enfrenté a él antes de que su boca volviera a la mía y me olvidé por completo de los peligros de todo aquello. Toda mi familia estaría furiosa conmigo, y con razón.

Sabía muy bien lo equivocada que estaba, pero no pude ser racional ni apartarle cuando Sebastian abrió mis muslos y se acomodó entre ellos. Mi sexo palpitaba, mi necesidad de él era desesperada y cuanto más nos besábamos y sus manos me recorrían, mayor era.

Me mordisqueó el labio inferior mientras me subía la falda y metía las manos dentro de ella, bajándome las bragas y haciendo que el fino encaje corriera por mis piernas.

Sentía palpitar mis muslos en un deseo desesperado, quería apretarlos entre sí, pero era difícil con él entre mis piernas.

Sebastian se arrodilló en la cama y me quedé mirándole mientras se bajaba la cremallera de los pantalones y sacaba el pene de los calzoncillos. Su miembro estaba rígido, lleno de venas y parecía tan necesitado como yo.

—¿Lo quieres? —se atrevió a preguntar mientras se tocaba, deslizando los dedos por toda su longitud y dejándome la boca salivando.

Asentí con la cabeza y dicté sentencia.

Con las piernas abiertas, se deslizó dentro de mí y sentí un ligero dolor antes de que se acomodara, pero no fue nada parecido a la primera vez. Sebastian apoyó las manos en la cama y, mientras entraba y salía de mí, me invadió el placer.

Era peligroso... Estaba mal... Pero no podía dejar de desearlo.

Apoyó una sola mano en la cama y con la otra me bajó parte del sujetador, haciendo que mi pecho saliera, expuesto. Succionó el pezón y empezó a chuparlo. Mis dedos fueron a su suave cabello y tiraron, se enroscaron y se hundieron en él mientras intentaba controlar mis gemidos.

Crucé las piernas alrededor de su cintura y sentí cómo me penetraba aún más profundamente. Perdí la noción del tiempo, de dónde estábamos y simplemente me dejé llevar por la alucinante necesidad de estar con él.

—Nina... —él gimió mi nombre suavemente junto a mi oído e hizo que todo fuera aún más intenso.

Sebastian me sujetó la cara y me obligó a mirarlo, me mordió el labio inferior y empujó con más fuerza, en una sacudida que reverberó en cada célula de mi cuerpo.

Era imposible no gemir.

—Eres demasiado buena, nena.

—Acabarás matándonos a los dos. —Clavé mis uñas en sus hombros.

—Merecería la pena. —Me besó de nuevo, haciendo aún más intensa la conexión entre nuestros cuerpos.

Se movía aún más rápido y las deliciosas sacudidas me hacían querer más.

—¡Nina! —Alguien llamó a la puerta.

Sebastian se retorció encima de mí.

—No pares. —Le clavé las uñas con más fuerza.

—¡Nina!

—¡Ya voy! —grité antes de agarrar la cara de Sebastian y acercarla a la mía.

Arqueé todo mi cuerpo mientras él empujaba con más fuerza y sentí las oleadas de éxtasis repercutir por mi cuerpo. La necesidad del clímax era tan grande que llegó rápidamente.

—Todos te están esperando. —Era Giovane el del otro lado.

—Diles que ya voy. —Era difícil no notar el jadeo en mi voz.

—De acuerdo.

Me di cuenta de que mi hermano se había alejado de mi habitación antes de volverme para mirar a Sebastian, que seguía encima de mí.

—Tienes que irte lo más rápido posible, porque si te atrapan aquí te matarán antes de que puedas pensar.

—No puedes casarte, Nina.

—Como si tuviera elección. —Resoplé, apartándolo de mí y sintiendo cómo el semen goteaba sobre la colcha.

Maldita sea, tendría que limpiarlo antes de que alguien se diera cuenta.

—Ven conmigo.

—¿¡Te has vuelto loco!? —Volví a apretar los dientes—. Nunca abandonaría a mi familia.

—No tienes que formar parte de esto.

—¿No lo entiendes? Siempre seré una de ellos.

—Mi hijo no puede ser criado por otro hombre.

Abrí los ojos, completamente sorprendida por sus palabras.

—¿Cómo lo sabes? —Tiré de mi sujetador, tratando de ajustar mis pechos y me volví a poner la ropa.

—No importa.

—Esa fue mi perdición. —Me levanté de la cama y busqué con la mirada dónde había dejado mis bragas.

—Ven conmigo.

—¿Qué sentido tiene? —Volví a enfadarme—. ¿Para utilizarme como cebo contra mi familia? El embarazo debe de ser tu plan para controlarme después de que fingir ser profesor no funcionara.

—No había forma de que hubiera planeado dejarte embarazada durante la primera relación sexual.

—Pero me quedé embarazada.

—¿Por eso te casas?

—Una madre soltera no está bien vista.

—Ni siquiera lo conoces —resopló.

—¿Y a ti te conozco, Vincenzo?

No dijo nada, solo tragó saliva sin poder contestarme.

—Tienes que venir conmigo.

—No voy a ninguna parte contigo.

Otra vez golpearon la puerta.

—Tienes que irte o gritaré —lo amenacé

—Nina...

—Uno, dos...

—No lo hagas —él me suplicaba.

—Tre...

Asintió y se acercó a la ventana, saltando antes de que pudiera alertar a mi familia y a los guardias de seguridad de que había un intruso.

—¡Nina! —Esta vez era mi abuela en la puerta—. ¿Necesitas ayuda?

—Estoy bien.

—Abre la puerta.

—Un momento. —Intenté ajustarme el vestido.

—¡Nina!

—Enseguida voy. —Acabé abriendo la puerta por miedo a levantar aún más sospechas.

—¿Aún no estás lista? —La abuela me miró de pies a cabeza, todos esperan a la novia.

—Lo siento, me atrasé.

—Recuerda que fue tu decisión pasar por esto.

Asentí.

—Ya estoy bajando.

—¡Nina! —Mi abuela me agarró del hombro y chillé al darme cuenta de que se había dado cuenta de algo—. ¿Cómo ha entrado él aquí? —Me di cuenta de que la naturalidad de su expresión se había convertido en preocupación.

—¿Quién? —Me hice la tonta.

—¡Has perdido la cabeza, niña! —Se enfadó conmigo.

—Abuela...

—¡Dúchate ya mismo!

—Acabaré llegando aún más tarde...

—Es mejor eso antes de que se den cuenta de que él estuvo aquí y tuvieron sexo.

—¿Cómo lo sabes? —Abrí los ojos completamente sorprendida.

Mi abuela se limitó a señalar y yo vi la evidencia sobre la cama. El pudor se hizo aún mayor, dejándome completamente avergonzada.

—No deberías.

—Lo sé. —Quería cavar un agujero en mis pies y esconderme en él para siempre.

—Entonces, ¿por qué te dejaste llevar?

—Yo... —Tragué saliva, mirándola fijamente, pero no encontraba las palabras adecuadas.

Mi abuela bajó la mirada y negó con la cabeza, dejando muy clara su decepción conmigo

y mi corazón se apretó aún más.

—¿Dónde está él?

—No sé, se fue por la ventana. —Hice una breve pausa antes de armarme de valor y preguntar—. ¿Vas a enviar a los guardias tras él?

—No. Tu prometido y otros capos están abajo, es mejor no causar un escándalo.

—Entiendo...

—Pues parece que no lo entiendes, Nina.

—No pensé que aparecería, abuela...

—Pero lo demás lo permitiste tú, ¿o no?

—Sí... —Tuve que admitirlo.

—Es un director de la Interpol, Nina.

—Esto no volverá a pasar, abuela.

—¿Por qué no estoy tan segura de eso?

—Confía en mí.

—No puedes olvidar que tus actos tienen consecuencias para todos los miembros de la familia.

Solo asentí.

—Ahora vete a duchar. Yo arreglaré todo aquí.

—Gracias.

Tomé ropa interior limpia de entre mis cosas y fui al baño. Me avergonzaba que mi abuela se hubiera enterado de que había acabado en brazos de Sebastian, pero ese no era el mayor peligro de la situación. Él se había acercado a mí una vez con el objetivo de alcanzar a mi familia y era muy probable que esa fuera la intención de nuevo.



Sebastian

Capítulo treinta y cuatro

Jadeante, abrí la puerta del coche y entré de un salto, sorprendiendo a Patrick, que estaba mirando la pantalla del portátil en su regazo.

—¡Jefe!

—¡Vámonos de aquí!

—¿Te persiguen?

—No, pero es mejor no considerarse afortunado.

Patrick cerró el ordenador y se concentró en el volante, alejándose tan rápido como podía.

—Era una locura venir hasta aquí solo para ver a esa mujer.

—Tenía que venir. —Me abroché el cinturón de seguridad mientras conducía por las calles de Roma.

—Violamos unas diez leyes internacionales al invadir su casa.

—Valió la pena. —Miré la chaqueta que me había prestado Patrick. Si no hubiera sido por esa tecnología incorporada de la CIA que me hacía prácticamente invisible, era muy posible que no hubiera salido con vida de la mansión Bellucci.

La insana necesidad de ver a Nina que rugía en mi interior parecía haberse reprimido al menos por el momento, pero Patrick tenía razón, ir tras ella era una locura mayor de la que podía medir. Si cualquier otro Bellucci me hubiera visto en aquella mansión me habrían matado antes de que pudiera avisar a alguien.

—¿Volvemos a Francia?

—Todavía no.

—Señor...

—Necesito tu ayuda para tratar con ellos, Patrick.

Detuvo el coche en un semáforo y se giró para mirarme.

—Creo que esto se ha vuelto muy personal, señor.

—Siempre fue muy personal.

Meneó la cabeza en señal de negación, pero no dijo nada más.

La situación era cada vez más confusa, pero no podía rendirme.



Nina

Capítulo treinta y cinco

—Has tardado demasiado —dijo mi padre con seriedad, en cuanto bajé las escaleras hacia el piso inferior y me miró.

Bajé la cabeza sin poder contestar y di gracias cuando mi abuela se acercó a nosotros.

—Ya sabes lo que tardan las mujeres —respondió por mí, y me sentí algo aliviada.

—Vamos. —Me tendió el brazo—. Tu prometido está esperando.

Tragué saliva y sentí que el estómago se me revolvía, y esta vez no era el embarazo lo que me ponía enferma. Pensé que me libraría del destino de matrimonio concertado que afectaba a las mujeres de mi familia, pero mi abuela tenía razón. Me había metido en él por mi cuenta.

—¿Va todo bien? —se atrevió a preguntar mi padre.

Me limité a decir que sí, que no podía decirle que acababa de acostarme con el verdadero padre de mi bebé y que ese enemigo de nuestra familia estuvo más cerca de lo que a cualquiera de ellos le hubiera gustado.

La mansión estaba llena, como todos los días de fiesta. Caminé del brazo de mi padre y me acerqué a un círculo de hombres, donde había varios vinculados a la mafia y uno de ellos era mi prometido. En cuanto se volvió hacia mí, me invadió otra oleada de incomodidad.

No es que fuera realmente repugnante, incluso tenía algunos rasgos que podían tomarse por bellos. Era un hombre corriente con una sonrisa agradable que lograba ocultar bien las atrocidades que debía de haber hecho en nombre de la mafia.

De todas las opciones y con tan poco tiempo, mi padre había hecho lo mejor que pudo.

Aun así, la visión de aquel tipo distaba mucho de lo que yo quería

—¡Nina! —Extendió su mano, esperando la mía.

—Mario. —Forcé una sonrisa.

—Estás preciosa. —Me besó el dorso de la mano con decoro.

—Gracias.

Puede que no me estuviera esforzando tanto como debería, pero él no tenía el mismo efecto en mí que Sebastian. Sin embargo, lo correcto era centrarse en ese prometido. Mi padre confiaba en él y creía que sería bueno para mí. Además, no intentaría destruir a toda la organización y a mi querida familia.

Miré a un lado y a otro y me di cuenta de que había mucha gente, incluida mi prima Perla, que había venido de Sicilia con su marido para el compromiso.

Era un acontecimiento para todos y me esforcé por sonreír, tratando de no convertirlo en un velatorio.

No podía olvidar que estaba embarazada y necesitaba que aquel hombre no arrastrara mi nombre y el de mi familia por el fango. Tenía que atenerme a las consecuencias y, con suerte, Sebastian no volvería a cruzarse en mi camino.

—Nina… —Mario volvió a pronunciar mi nombre y yo me volví hacia él, viendo cómo el hombre sacaba una caja de terciopelo del bolsillo y la abría ante mis ojos.

Era un anillo de compromiso discreto, de oro, con un gran brillante en el centro, flanqueado por pequeñas piedras rojas que supuse que eran rubíes. Tuve la sensación de que mi madre le había ayudado a elegirlo, porque la pieza era muy de su estilo.

—Es preciosa. —Me esforcé por decirlo sin dejar de sonreír.

—Me alegro de que te haya gustado.

Se hizo un largo silencio entre nosotros y me di cuenta de que todo el mundo nos miraba hasta que sacó la pieza de la caja.

—¿Puedo?

Asentí y volví a tenderle la mano.

Mario deslizó el anillo en mi dedo y me di cuenta de que alguien estaba tomando fotos, como si fuera un momento mágico que debía ser registrado.

—¡Felicitaciones a los novios! —dijo mi padre y todos aplaudieron.

Le tomé la mano e intenté ser lo más amable posible, mientras por dentro quería gritar y salir corriendo.

Sebastian me había mentido la primera vez, pero no podía decir que la segunda no fuera consciente de en qué me estaba metiendo. Había un bebé creciendo dentro de mí que necesitaba un padre y no podía ser el biológico, así que tendría que lidiar con esa situación.



Sebastian

Capítulo treinta y seis

Debería estar oficialmente comprometida en ese momento...

No dejaba de pensar en ello mientras caminaba de un lado a otro del precario hotel donde nos alojábamos en las afueras de Roma. Pagando en efectivo y disimulando entre la gente, era más fácil no levantar sospechas.

Se trataba de una misión no autorizada, la presidencia de Interpol no tenía ni idea de que yo había vuelto a Roma. Tras los intentos de asesinato contra mí, me pidieron que cambiara de enfoque, como si lo ocurrido pudiera olvidarse.

No podía...

No podía dejar de lado todos mis esfuerzos y el objetivo de acercarme a esa familia.

Nina...

Incliné la cabeza hacia delante y me masajeé las sienes al recordar a la hermosa rubia y a la más joven de las mujeres. La hija de Mateo Bellucci era para mí una herramienta para acercarme a la familia, pero se había convertido en una obsesión. Cada vez que cerraba los ojos, su hermosa imagen llenaba mi mente.

Suspiré al recordar su olor, su piel, su sabor...

—Vas a hacer un agujero en el suelo. —Cuando Patrick me habló, me di cuenta de que seguía paseándome de un lado a otro.

—Ok. —Arrojé mi cuerpo sobre una vieja silla en un rincón de la habitación, que crujió bajo mi peso.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? —Me crucé de brazos.

—Porque no lo pareces.

—Estoy bien.

—¿Puedes responderme a una pregunta?

—¿Cuál? —Giré mi cuerpo para mirarlo sentado en la cama.

—¿Qué hacemos realmente aquí?

—Ya sabes.

Patrick negó con la cabeza.

—No voy a rendirme tan fácilmente para acabar con la trama Bellucci.

—¿Y Nina?

—¿Qué pasa con ella? —Fingí estar un poco sorprendido por el nombre.

—Está claro que oír hablar del compromiso te afectó y aprovechaste el momento para intentar entrar en la casa.

—Estaba lleno de invitados, así que era mucho más fácil pasar desapercibido.

Patrick refunfuñó, pero no insistió, dejando claro que no había creído al cien por cien mis palabras. Debería estar agradecido de que me acompañara sin hacer demasiadas preguntas, de lo contrario me habría quedado solo en aquella misión suicida.

—¿No tienes familia? —Cambié de tema, dirigiendo mi atención hacia él, y los ojos del hombre se abrieron de sorpresa ante mi pregunta.

Nunca quise saber nada de él ni de nadie de mi equipo, como si la misión fuera lo único que importara.

—No, no tengo.

—¿Te has alejado de ellos?

—Murieron cuando yo era pequeño.

—¿Cómo acabaste en Interpol?

Respiró hondo, como recuperando el aliento, y miró a un lado y a otro, asegurándose de que estábamos solos.

—Me reasignaron después de unos años trabajando para el MI6.

—Interesante.

—No tanto. —Se encogió de hombros, despertando aún más mi curiosidad.

—¿Por qué?

—Cuando tenía dieciocho años, tuve que salir del hogar adoptivo donde crecí en Marsala y arreglármelas en las calles. Fue entonces cuando conocí al jefe de una banda. Siempre se fijaron en mis conocimientos informáticos y empecé a trabajar para él. Luego me llevaron a Inglaterra para resolver algunos asuntos y terminé cruzándome con la agencia. Consiguieron capturarme y tuve que elegir entre trabajar para ellos o pasarme la vida en la cárcel.

—¡Guau! —Me sorprendió la información, porque no era lo que esperaba.

—Aprendí a hacer lo necesario para sobrevivir.

—Al menos encontraste un lugar mejor para trabajar.

—Hay una línea muy delgada entre villanos y héroes en este mundo, señor. Todo depende de una perspectiva que puede distorsionarse fácilmente.

—Tienes razón.

—¿Y tú? —preguntó cuando volvimos a estar en profundo silencio.

—Siempre he querido estar aquí —respondí sin pestañear—. Interpol es mi familia.

—¿Por qué?

—Mi padre era un policía que murió trabajando y desde entonces pienso en una forma de hacer del mundo un lugar mejor.

—¿Corriendo detrás de los malos?

—Sí.

—No eres el primero en pensar eso.

—Lo sé. —Me levanté de la silla y me dirigí al baño—. Vamos a dormir Patrick, mañana veremos que podemos hacer.

Entré en el pequeño cubículo y cerré la puerta, inclinándome sobre el lavabo mientras mi mente se aceleraba. Seguía buscando la forma de detenerlos, pero cada vez que cerraba los ojos era la imagen de Nina la que me venía a la mente.

Se suponía que debía manipularla, pero cada vez era más evidente el control que ella

tenía sobre mí.



Nina

Capítulo treinta y siete

Esa noche no dormí, ni siquiera pude cerrar los ojos. Mi mente daba vueltas y vueltas pensando en lo que había pasado, en Sebastián invadiendo la habitación, en mi deseo de matarlo al mismo tiempo que todo mi impulso era lanzarme a sus brazos.

Cuando volví a la habitación después de la fiesta, registré el lugar en busca de un micrófono, una memoria USB o cualquier otro objeto que Sebastian pudiera haber dejado allí para espiarnos después de haber disfrutado del momento conmigo.

El miedo a que cualquier acercamiento de aquel hombre pudiera poner en peligro a todos los que me rodeaban era aterrador y, al mismo tiempo, no podía dejar de pensar en él ni un solo instante.

Me puse las manos en el vientre, pensando en el bebé que crecía allí. Aún no daba señales, pero mi cuerpo ya estaba tomando una nueva forma.

Ese niño crecería con una mentira, pero ¿qué otra opción tenía?

Levanté la mano y me quedé mirando el extravagante anillo de compromiso que Mario me había regalado. Era precioso y digno de una princesa, pero no conseguía emocionarme. Mi futuro marido era incluso más joven que Sebastian, pero yo no podía sentir las mismas cosas ni pensar lo mismo.

Oí que llamaban a la puerta y me revolví en la cama, de momento no quería hablar con nadie, pero quienquiera que fuese insistió.

—Nina...

Me puse de lado en la cama y cerré los ojos, pensando que podía fingir estar dormida y

seguir estando sola.

—¡Nina!

Respiré hondo al reconocer la voz de mi abuela.

—Sé que no estás dormida.

Me acurruqué en la cama en posición fetal, esperando que se fuera, pero no lo hizo. Por mucho que lo deseara, mi abuela era lo bastante buena como para no dejar que se le escapara nada.

—¿Nina?

Me levanté y me dirigí a la puerta, abriéndola y dejando pasar a mi abuela. Accionó el interruptor de la luz y parpadeé unos minutos hasta que me acostumbré a la luz.

—Es un anillo precioso.

—Sí. —Volví a mirar la pieza—. Pero no imagino que hayas venido hasta aquí solo para elogiarlo.

Ella negó con la cabeza y cerró la puerta, se acercó a la cama y se sentó en el borde. Luego dio unos golpecitos en el espacio vacío que había a su lado, esperando a que me acomodara.

—Si tu padre viera lo que yo vi hoy...

—Me mataría —añadí sin esperar a que ella lo dijera.

—Mateo sería incapaz de algo así. Siempre serás su princesita, pero estaría aún más decepcionado.

—Lo sé. —Incliné la cabeza hacia abajo.

—No es como si la historia de Pietra se repitiera, Nina. Mikhail es muy diferente de Sebastian.

—Ni siquiera lo había pensado, abuela.

—Ya se aprovechó de ti una vez.

—Lo sé, lo sé.

—Así que no lo olvides.

Asentí, dándome cuenta de que el corazón se me aceleraba aún más en el pecho. Sabía muy bien la diferencia entre el bien y el mal en aquel momento, pero al mismo tiempo resistirme a Sebastian era una tarea muy difícil.

—Ahora vete a descansar. —Se levantó y me dio un beso en la cabeza.

—Gracias.

En cuanto mi abuela salió de la habitación, sentí el corazón aún más apretado. Era difícil dormir con todo lo que estaba pasando.

En lugar de tumbarme en la cama como me recomendaba mi sentido común, me levanté y rebusqué entre mis cosas para encontrar mi nuevo portátil. Aunque no trabajaba directamente en asuntos de la mafia, había aprendido mucho observando a la gente y no había nadie mejor para seguir a las personas que Ettore, mi hermano mayor, que dominaba el software de reconocimiento facial, la vigilancia y tenía acceso a la mayoría de las cámaras del mundo con solo unos clics. Era buena aprendiendo y tenía una intuición que me ayudaba. Si él podía hacerlo, yo también.

Abrí unos cuantos programas, enmascaré mi dirección IP y pirateé el sistema de cámaras de la ciudad. Sabía que toda la mafia iba detrás de Sebastian y que tendría que camuflarse muy bien para pasar desapercibido, pero como hacía unas horas que sabía dónde estaba, me centré en los alrededores de la mansión y en la hora del día. Hasta que lo reconocí de espaldas.

Era él...

De una forma de la que solo yo podía estar segura.

Sebastian se subió a un coche a unas manzanas de allí y yo le seguí hasta un hotel barato de una estrella en un rincón de la ciudad donde nadie se arriesgaría a ir.

Lo correcto era decirle a mi familia dónde encontrarlo y dejar que se ocuparan de él, pero se me estrujó el corazón ante la posibilidad de su muerte. No debería sentir lástima por él ni albergar sentimientos hacia él, pero era mucho más fuerte que yo.

Cerré los ojos y respiré hondo. Solo debía esperar que no volviera a cruzarse en mi camino, pero no sería así.

Abrí el móvil y consideré la posibilidad de enviar un mensaje con la ubicación a Ettore, pero cambié de idea rápidamente. Sebastian no tendría que morir si se rendía.



Sebastian

Capítulo treinta y ocho

Me quedé mirando al techo, sin poder dormir, con la mente acelerada y los pensamientos revueltos. Al mismo tiempo que quería encerrar a los Bellucci, sentía que tenía que sacar a Nina de allí y llevarla conmigo, pero ¿cómo iba a hacerlo si ni siquiera quería hablar conmigo?

Pensé que después de ese momento, al tenerla de nuevo entre mis brazos, mi necesidad por ella disminuiría, pero no fue así, solo quería más de ella y me estaba volviendo loco.

Nina había distorsionado completamente mis objetivos y ya no sabía cuál era la razón principal para volver a Italia.

El teléfono del dormitorio empezó a sonar y me sorprendí al oírlo. En la cama de al lado, Patrick dormía tan profundamente que ni siquiera se había despertado.

—¡Hola!

—Sebastian... —La voz temblorosa al otro lado de la línea me hizo pensar que estaba en un extraño sueño.

—¡Nina! —Me senté en la cama por reflejo.

—Sí.

—¿Cómo me has encontrado?

—Como director de la Interpol deberías ser más listo.

—Definitivamente, la inteligencia no es una de mis mayores características en este momento.

—Tampoco la mía.

—Pero me encontraste aquí.

—Fue más fácil de lo que crees.

¿Fácil? Me seguía sorprendiendo su inteligencia. Si no hubiera sido por Patrick, nunca habría podido seguirle el ritmo mientras fingía ser su profesor.

—¿Tu familia me persigue?

—Todavía no.

—Pensé que me la enviarías. Tu primo, en particular, se muere por tener mi cabeza.

—Debería matarte.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Quizá porque estoy embarazada.

Me estremecí al recordar ese dato.

Me giré hacia un lado para asegurarme de que Patrick dormía antes de continuar la conversación como me hubiera gustado.

—Déjame cuidarte.

—Dudo que lo hagas.

—Estás esperando un hijo mío.

—A todos los efectos, pertenecerá al hombre con el que me casaré dentro de unos días. Por cierto, mañana me pruebo el vestido de novia.

—No puedes hacer eso.

—Como si tuvieras derecho a decir algo así.

—¡Es mi hijo, Nina!

—Un accidente que no planeaste, o parte de un plan mucho más astuto para manipularme, sea lo que sea, no voy a caer más en tus trampas.

—Es más que una trampa.

—¡Basta! Vete de aquí antes de que sea demasiado tarde.

—Si aún no me has entregado a tu familia, significa que te importo.

—Soy demasiado tonta. —Resopló como si esta información la irritara.

—Cuando estábamos juntos más temprano y los dos...

—¡Basta! —Me cortó antes de hablar de sexo—. Por eso he decepcionado a mi padre y voy a tener que casarme con Mario.

—No quiero que otro hombre críe a mi hijo.

—No tienes derecho a querer nada. Eres un estúpido que me manipuló para hacer daño a mi familia y no hay nada que garantice que no lo estés haciendo ahora.

—Yo no...

—Tu palabra no vale mucho para mí después de todo.

—¡Nina!

—No dejaré que me uses para destruir a mi familia.

Desconectó la llamada y yo mantuve el aparato en la mano, procesando lo que había sucedido y asimilando los hechos.

Nina esperaba a mi hijo y, más que en la necesidad de detener a cualquier Bellucci, en lo único que podía pensar era en la rabia que me daba que ese niño creciera sin mí y que ni siquiera supiera mi nombre.

Nunca debí involucrarme hasta ese punto con la heredera de una de las familias mafiosas más poderosas del mundo, y mucho menos enamorarme de ella. Pero todo se me fue de las manos.

¡Mierda!

Me masajeé las sienes.

Mi misión y mis objetivos se distorsionaron y ya no sabía lo que estaba bien o mal, ni lo que realmente tenía que hacer.



Nina

Capítulo treinta y nueve

Había pasado una semana desde que conseguí hablar por teléfono con Sebastian. No volvió a buscarme y supuse que el sentido común lo había devuelto a Francia. También evité buscarlo, porque eso solo empeoraba lo que estaba sintiendo.

La boda se había organizado rápidamente, incluido mi vestido de novia. A medida que avanzara el embarazo, sería cada vez más difícil ocultarlo y nadie quería que la noticia se supiera antes de tiempo.

—¡Ay! —solté un gritito al sentir un pellizco en la espalda.

—Seguro que te dejaste este vestido perfecto hace dos días. —Forzó el cierre hacia arriba.

—Estoy hinchada —mentí—. Deben ser los nervios.

—Es probable. No serás la primera novia que engorda un poco antes de la boda, pero todo pasará.

—Eso espero. —Suspiré, retrayendo el vientre, y la costurera consiguió cerrar la prenda.

Me colocó el largo velo en el pelo y volví a mirarme en el espejo. Estaba guapa, eso era innegable. Si no siguiera pensando en el hombre que me esperaba en el altar, incluso podría ser feliz.

Mario sería un buen marido, no tenía por qué preocuparme, mi padre seguramente elegiría lo mejor para mí e incluso podría encontrar el amor y la felicidad como habían hecho mis primas. Pensar en esto debería hacerme sentir un poco mejor, pero no podía dejar de pensar en Sebastián.

Ese imbécil era policía, me había mentido, engañado, manipulado, dejado embarazada y me había quitado la posibilidad de escapar a un matrimonio concertado.

Respiré hondo. Pensar en él me daba mucha rabia, porque por mucho que quisiera, no podía dejar de sentirlo y era enloquecedor.

—¡Oh, mi amor! —Mamá entró en la habitación con los brazos abiertos y me abrazó como cuando era un bebé.

Le devolví la gentileza y apoyé la cabeza en su hombro.

—Te voy a echar mucho de menos, jovencita.

—No me alejaré de ti, mamá.

—¿Lo prometes?

—Sí. —La abracé aún más fuerte.

Si pudiera, nunca me iría de su lado, pero no era momento de lamentarse, sino de afrontar las consecuencias de lo que había hecho.

—¿Preparada?

Me di la vuelta, escapando del abrazo de mi madre, y encontré a mi padre de pie en la puerta. Llevaba un traje impecable y el pelo canoso bien peinado hacia atrás.

Hinché el pecho y sonreí, no iba a decepcionarlo más.

—Estoy lista. —Le ofrecí mi brazo para que lo tomara.

—Siempre estaré aquí para ti.

—Muchas gracias por todo, papá.

Se inclinó sobre mí y me besó en la frente antes de conducirme al garaje, donde nos esperaba un coche con hombres de seguridad.

Sin dudarlo ni preguntarlo, me acomodé en el asiento trasero con el enorme vestido. Yo había elegido tener aquel bebé y para eso necesitaba un padre que cumpliera los criterios de la mafia. Puede que Mario no fuera un hombre que me acelerara el corazón o me hiciera temblar las piernas, pero nunca traicionaría a mi familia. El *capo* conocía mi mundo demasiado bien como para saber las consecuencias.

Miré por la ventanilla el aparcamiento que me rodeaba, sabía que cuando me detuviera allí sería solo una visitante, pero habría otra casa en la que me convertiría en señora y podría criar a mis hijos. Podría afrontarlo.

Salimos por el enorme portón en un convoy de tres coches. Mi padre iba conmigo e imaginaba que mamá y Giovane nos seguirían en otro vehículo. Estábamos bien vigilados y no creía que pudiera ocurrir nada que impidiera la boda.

Alejaba la imagen de Sebastian de mi mente cada vez que aparecía. Debería sentirme fatal por siquiera pensar en volver a verlo. Alimentar cualquier sentimiento que no fuera odio estaba estrictamente prohibido.

Paseamos por las calles de Roma y observé los edificios, el contraste entre la modernidad y los edificios más antiguos que habían hecho historia. Afortunadamente no estaría tan lejos, la ciudad que gobernaba Mario estaba en el área metropolitana y a pocos minutos del centro, así que con suerte podría incluso convencerlo de que me dejara trabajar en la empresa de mi padre, como siempre había hecho.

Mi padre me tomó de la mano y me volví hacia él con una sonrisa. Después de todo, aún tenía que agradecerle su forma de actuar conmigo. Había puesto en peligro a todo el mundo, me había quedado embarazada del enemigo, pero aún podía sentir su amor por mí.

Lo que había ocurrido durante mi noviazgo no podía volver a repetirse y tenía que ser una buena hija. No se merecía menos.

Tenía que honrarle y hacer de ese matrimonio mi misión.

—¡Sujétense! —oí gritar al conductor, salí de mi ensueño y miré al exterior.

Fue como si el coche hubiera pasado por encima de una cadena de espinas muy gruesa, que reventó todos los neumáticos y nos hizo dar vueltas sobre el camino hasta que nos detuvimos.

Mi padre se tocó la cintura y me di cuenta de que estaba agarrando su pistola. Los otros hombres también se prepararon.

—¡Agáchate, Nina! —me ordenó.

Poco después de que resonara la voz de mi padre, algo cayó sobre el capó del coche. Al principio pensé que podría ser una bomba, pero el artefacto se abrió, dejando escapar un humo espeso que lo envolvió todo. Entró en el coche como una niebla muy espesa que hizo que todo el mundo empezara a toser.

—¿Qué mierda es eso? —preguntó mi padre.

—No sé... —Sentí que mi cuerpo se ponía completamente flácido y que mis ojos empezaban a pesar cada vez más.

Caí contra el respaldo y mi cabeza fue sostenida mientras yo no podía ni mover los brazos. Había algo en aquel gas que me robaba por completo el control sobre mi cuerpo.

—Papá...

—Nina... —Su voz era débil y me di cuenta de que él también sufría los efectos.

Estaba a punto de desmayarme cuando noté que la puerta se abría y una silueta alta y fuerte se acercaba a mí. Era difícil distinguir algo con mi percepción completamente afectada, pero lo sentí.

Sebastian...



Sebastian

Capítulo cuarenta

Algunos dirían que me estaba volviendo loco y, de hecho, aquel era el segundo acto suicida que hacía por ella desde que me enteré de que estaba embarazada.

Estaba seguro de que no podría arreglármelas solo con todos los mafiosos que la protegían, empezando por su padre, pero había ideado un plan y parecía haber funcionado. El gas los había dormido a todos y cuando abrí la puerta trasera del vehículo, Nina yacía inconsciente junto a su padre.

La tomé en brazos y la saqué de allí lo más rápido que pude, porque no sabía cuánto tiempo tendría de ventaja antes de que descubrieran mi locura.

La llevé a cuestas unas cuantas manzanas y abrí la puerta trasera del coche, donde me esperaba Patrick. La coloqué en el asiento y di la vuelta hasta el asiento de copiloto. En cuanto me quité la máscara que me protegía del gas, arrancó el coche.

—¿Qué hacemos ahora?

—Vámonos de aquí. —Miré a la inconsciente Nina por el retrovisor central.

Sin duda se pondría furiosa conmigo cuando se despertara, pero no podía permitir que ese matrimonio sucediera. Mi hijo no sería criado por otro hombre sin saber de mí.

—¿Te das cuenta de que acabas de patear un avispero? —Patrick me miró brevemente antes de centrarse en la carretera.

—Lo sé, lo sé. —Respiré hondo.

—¿Y bien?

—Aguantaré las picaduras.

—Es una locura, señor.

—Lo sé, lo sé. Tengo que agradecerte que aceptaras ayudarme con esto, porque podrías acabar perdiendo tu trabajo.

—Extrañaba hacer algunas cosas incorrectas de vez en cuando—. Soltó una risita y yo le sonreí de vuelta.

—Gracias.

—La amas. —No era una pregunta, sino una afirmación. El repentino cambio de tema me tomó por sorpresa y me dejó completamente insensible.

Tardé unos segundos en poder responder y el silencio dominó el interior del coche.

—No debería...

—Ya no hablamos de lo que está bien o mal.

—Sí, la amo —confesé la verdad que necesitaba admitirme a mí mismo.

—¿La llevamos a Francia?

—De momento, sí, pero dudo que a la Interpol le haga gracia la información de que acabo de secuestrar a una Bellucci que espera un hijo mío.

—Necesitarás un buen plan.

—Eso pareciera. —Volví a mirarla y sentí que el corazón me daba un vuelco en el pecho.

Estaba seguro de que se pondría furiosa cuando despertara, pero no tenía más remedio que actuar con rapidez. Si se celebraba aquella boda, temía perderla para siempre, pero eso no significaba que pudiéramos vivir tranquilos a partir de ese momento.

Como había dicho Patrick, había pateado un avispero y tendría que lidiar con quienes vinieran por mí.



MATEO

Capítulo cuarenta y uno

Me palpitaba la cabeza y los ojos me pesaban tanto que tuve que esforzarme para abrirlos. No sabía qué era aquel gas, pero parecía tener el poder de tumbar a un elefante.

Rebusqué en el asiento trasero y me di cuenta de que el conductor estaba desplomado sobre el volante, al igual que el otro soldado que estaba a su lado.

—¿Hija? —Giré mi cuerpo en busca de Nina, pero no había rastro de ella—. ¡Hija!

La puerta del coche estaba abierta y salí tambaleándome, viendo los otros vehículos a lo lejos y la cadena de espinas que había reventado los neumáticos.

—¡Nina! —Me acerqué al coche donde debían estar mi mujer y mi hijo menor.

Estaban dentro del vehículo, tenían buen aspecto y luchaban contra los efectos del gas, pero no había ni rastro de mi niña.

—¡Nina! —Mi grito resonó por la avenida, pero ella no respondió.

Me acerqué el cable a la oreja.

—¡Ettore!

—Hola, papá. —Mi hijo mayor contestó inmediatamente.

—Tu hermana ha desaparecido.

—¿A qué te refieres?

—Nos han atacado. ¡Encuéntrenla!

—Sí, papá.

Su voz desapareció y yo rugí.

El que le pusiera un dedo encima a mi niña se arrepentiría.



Sebastian

Capítulo cuarenta y dos

Era una carrera contrarreloj para salir de Roma antes de que los Bellucci se dieran cuenta de nuestra presencia. Por mucho que el avión fuera el medio de transporte más rápido, nos enfrentábamos a hackers muy experimentados y podían encontrarnos por mucho que Patrick intentara perderlos.

Decidimos seguir por barco hasta Mónaco. Pensé que así sería un poco más difícil que nos siguieran, aunque el viaje sería más largo.

Nadie de la Interpol, aparte de Patrick que estaba conmigo, sabía de mi misión paralela y seguramente no aprobarían mi decisión. Sin embargo, no se me ocurría otra alternativa.

El objetivo de detener a los Bellucci había pasado a un segundo plano y mis esfuerzos se centrarían en mantener a Nina conmigo. En lugar de ir contra ellos, necesitaba escapar.

Caminé alrededor del camarote, acercándome a la cama cuando empezó a agitarse. Esperaba que el gas no tuviera ningún efecto sobre el bebé, porque no se me ocurría nada más eficaz en un corto espacio de tiempo.

Nina abrió los ojos lentamente, luchando por ver. Estaba perfecta con aquel vestido de novia, aunque su pelo rubio se había despeinado un poco.

—¡Sebastián!

—Hola.

—¿Dónde estoy? —se revolvió, girando la cabeza de un lado a otro, y se acurrucó contra el cabecero.

—En un barco.

—¿Qué has hecho?

—Impedí que te casaras.

—Te has vuelto loco. —Apretó los dientes y me fulminó con la mirada.

—No podía permitirlo.

—Mi familia te matará.

—Podrían intentarlo. —Me senté en el borde de la cama e intenté tocarla, pero Nina esquivó mi mano.

—¡Qué mierda haces, Sebastian!

—Admítelo, no querías casarte con ese hombre.

—¡Siempre lo estás arruinando todo!

—Mis planes se me fueron de las manos —confesé mientras la miraba fijamente y me daba cuenta de lo cierto que era lo que le había confesado a Patrick: me había enamorado.

—Estás loco.

—Es posible que sí.

Intentó levantarse, salir de la cama, pero estaba claro que seguía demasiado mareada para hacerlo.

—¿Qué era ese gas?

—Un somnífero muy potente.

—Mi bebé. —Me di cuenta del miedo que había en sus ojos cuando se llevó la mano al vientre, que mostraba una ligera curva en el vestido.

—Veremos a un médico cuando lleguemos a tierra firme.

—¿Crees que...? —Sus labios empezaron a temblar y no pudo terminar la frase.

—Estará bien. —No debía asegurarlo, pero creyó mis palabras y la tranquilizaron.

—Mi padre se va a poner furioso conmigo... —Sus ojos se volvieron llorosos de una forma que me estrujó el corazón.

—Fui yo quien te sacó —le recordé la verdad.

—Él no necesitaba otra decepción.

—¿Entonces te ibas a casar por esa razón? —Me levanté de la cama un poco irritado e incapaz de neutralizar completamente mis sentimientos.

De hecho, no estaba preparado para la forma en que ella me afectaba.

—¿Por qué piensas eso? —Hinchó el pecho y se inclinó hacia mí.

—¿Preferirías haberte casado con el idiota que eligió tu padre?

Tragó saliva, pero su mirada se mantuvo firme.

—Como si me hubieras dado opciones.

—¿Yo? —Apreté los dientes—. Ni que yo te hubiera obligado a casarte con ese hombre.

—Si no me hubiera acostado contigo, no lo habría necesitado.

—Di que no querías hacerlo.

Permaneció en silencio, dejando claro que no podía decirlo.

—¡Me has mentido! —Cambió de tema, inclinando la balanza a su favor.

—Tenía un objetivo.

—¿Ya no?

—Los planes cambiaron.

—¿Por qué?

—Por ti… —respondí sin pestañear y sus ojos se abrieron de par en par, completamente sorprendida por el énfasis de mi voz.

—Mentiroso...

—No eres la única que se ha enamorado, Nina. —Me acerqué de nuevo a la cama y esta vez ella no se inmutó.

—No estoy enamorada. —Apretó los dientes, intentando concentrarse en su ira, pero sus ojos la delataron. Era muy mala mentirosa.

—¿No? —Mi peso se hundió en el colchón mientras me acercaba a ella.

Movió la cabeza negativamente.

Le sujeté el mentón y ella siguió mirándome. Noté que su cuerpo se estremecía cuando la

atraje hacia mí y nuestros labios se encontraron. Noté que se derretía cuando mi lengua se abrió paso, abriendo sus labios para encontrarse con los suyos.

Los Bellucci podrían intentar matarme, pero yo no me alejaría de su lado.

—Sebastian... —susurró mi nombre contra mis labios.

—¿A quién quieres realmente, Nina? —Me di la vuelta para mirarla de nuevo.

Permaneció un rato en silencio, con su respiración agitada mezclándose con la mía, hasta que por fin lo admitió.

—¡A ti!

Le pasé la mano por la cara, enredando los dedos en su pelo y la atraje hacia mí, haciendo que el beso fuera aún más intenso. Deshice su moño tirando de los mechones y mi boca se encontró con la suya para devorarla. Ella dejó escapar un breve gemido antes de acercar su lengua a la mía y responder a mi deseo con la misma intensidad.

Era una locura lo mucho que sentir por alguien hacía que nuestros planes cambiaran por completo. Mi objetivo era manipularla, pero se había apoderado de mí tan profundamente que no podía escapar.

Me incliné sobre ella, sujetando su cintura con la otra mano, trazando la tela bordada del vestido de novia que aún la envolvía. Tenía una cosa clara: no podía permitir que aquella mujer se casara con otro que no fuera yo.

Echó la cabeza hacia atrás, dejando escapar un gemido más fuerte mientras yo recorría su cuello con la boca, saboreando su piel suave y perfumada y notando cómo se le erizaba el vello.

Nina me clavó las uñas en los hombros cuando le mordisqueé la base de la garganta y me di cuenta de que se entregaba por completo a mí, como si no tuviera motivos para echarse atrás.

De hecho, Patrick llevaba el timón y estábamos los dos solos en el piso de abajo, en el camarote de un barco en alta mar rodeado de agua en todas direcciones.

Su pecho se movía arriba y abajo, cada vez más rápido, mientras mi boca se deslizaba hacia la elevación de sus pechos en el pequeño escote. Mis manos pasaron por detrás de ella, bajando la cremallera de sus sostenes y dejando al descubierto sus bonitos pezones rosados. Agarré su nuca y con la otra palma apoyé el centro de su cintura, chupando uno de los pezones.

Nina gimió con fuerza mientras yo la succionaba, llenándome la boca con su delicioso sabor. Mi verga palpitaba en mi ropa, ansiosa por estar dentro de ella, pero esta vez no había motivo para que me precipitara.

—Sebastian...

Pasé la lengua por el valle entre sus pechos y tiré de su cabeza hacia atrás, manteniéndola firme mientras la miraba.

—Te amo.

—Yo también te amo. —Me agarró la cara con las dos manos y tiró de ella hacia la suya, haciendo que volviéramos a besarnos.

Mi necesidad de ella era completamente demencial. Superaba todo mi sentido común y me llevaba a cometer enormes locuras.

Mi mano se deslizó por su espalda, recorriendo sus contornos hasta que tocó su pecho expuesto. Apreté, sintiendo el pezón rígido contra mi palma, y ella gimió aún más contra el beso, lo que no hizo sino aumentar la incontrolada excitación que rugía en mi interior.

Ya había tenido relaciones con mujeres hermosas, pero lo que Nina despertaba en mí iba más allá de lo racional.

Le subí el vestido, quitándole toda la tela y dejándola solo en bragas blancas y liguero del mismo color. Recorrí su cuerpo con la mirada y me detuve un momento en su vientre, que ya era más grande, pero aún no lo suficiente como para que sospecharan los que no conocían el embarazo.

Besé su vientre y ella se retorció.

Me acomodé a su lado y apoyé uno de mis brazos en la cama, dejándolo reposar ligeramente sobre ella. Mi mano libre empezó a recorrer su cuerpo, haciendo que se retorciera y pusiera los ojos en blanco. Recorrí el interior de sus muslos con las yemas de los dedos y me detuve justo antes de su entrepierna, lo que la hizo soltar un pequeño grito de protesta.

—Sebastian...

—¿Me deseas a mí?

—Sabes que te deseo a ti.

—Lo sé...

Se limitó a asentir y yo me incliné más hacia ella, besándola de nuevo en la boca mientras mis dedos se introducían en sus bragas. Abrí sus grandes labios y encontré su humedad. Nina ya estaba bien lubricada y gimió cuando la penetré brevemente, desnudándola al deslizar mi dedo mayor por el exterior en busca de su clítoris.

Se revolvió en la cama cuando empecé a masturbarla, suplicando más y una de sus manos me agarró el brazo, clavándome las uñas en el tríceps, pero no me importó el ligero dolor.

Sus ojos recorrieron la habitación mientras notaba el placer en ellos.

La hice girar sobre la cama y gruñó en señal de protesta cuando me detuve, pero volvió a sonreír cuando le bajé las bragas hasta los pies.

Puse sus piernas sobre mis hombros y bajé besándola hasta que llegué a su muslo y ella levantó las caderas de la cama, acercándolas a mi boca. Era involuntario, pero demostraba lo ansiosa que estaba por mí.

Mordisqueé su muslo, haciendo que se agarrara a la sábana y soplé aire caliente sobre su sexo, haciendo que retorciera la tela blanca entre sus dedos.

Gimió aún más fuerte cuando mordisqueé su montículo y pasé mi lengua hacia abajo, abriendo sus labios mayores. Me llené la boca con su sabor y chupé con gusto, teniendo toda su feminidad en mi boca. La lamí, la chupé y la toqué sin miedo, dándome cuenta por sus reacciones de que disfrutaba teniéndome allí.

Le agarré las nalgas con ambas manos, deteniendo los movimientos para poder controlar mejor el sexo oral. Cuanto más la lamía, mejor se lubricaba. La penetré con la lengua y le di unas cuantas caricias, sintiendo como su canal se encogía al entregarse por completo a mí.

Tan sabrosa...

Tan dulce...

Podría pasarme un día entero solo chupándosela a esa mujer, pero la necesidad de mi verga no quedaría satisfecha solo con eso.

Sus gemidos se hicieron más intensos e introduje un dedo en su resbaladizo canal, ayudándola a alcanzar el clímax. Sus músculos se tensaron un poco hasta que se relajó por completo.

Me acerqué a su boca y volví a besarle mientras me quitaba la camisa, interrumpiendo el contacto entre nuestras lenguas para tirarla al suelo. Le mordisqueé el labio mientras me bajaba la cremallera y los pantalones.

Me froté contra ella, completamente desnudo, y suspiramos juntos por la necesidad que

sentíamos el uno por el otro.



Nina

Capítulo cuarenta y tres

¿Dónde estaba mi juicio?

¿Dónde estaba mi sentido común?

¿Y el compromiso con mi familia?

Las preguntas racionales se borraron por completo cuando aquel cuerpo varonil volvió a rozarse contra el mío. No había cordura cuando se trataba de Sebastian. Por mucho que gritaran mis instintos, la necesidad de él hablaba más alto que nada.

Amaba a ese hombre tanto como no debía, y este loco sentimiento podría haberme arruinado a mí y a toda mi familia.

Aún me estaba recuperando del sexo oral cuando volvió a besarme en la boca, frotando su cuerpo contra el mío. Aquel pecho firme y sus grandes manos recorriéndome rápidamente me volvieron loca.

—Sebastian... —Volví a gemir su nombre cuando me agarró la cara, tirando de ella hacia arriba y mordiéndome el cuello, provocándome una nueva oleada de escalofríos.

—Te quiero a cuatro patas —dijo contra mi oído, y el deseo ardió en mí con una fuerza aún más alucinante, aunque mi educación me llevaba a comportarme en ese momento.

Con sus manos recorriéndome y su boca burlándose de mí de esa manera, era completamente imposible resistirse.

Se bajó de mí solo para hacerme girar sobre la cama y mi cuerpo salió impulsado hacia delante, haciendo que me agarrara al cabecero. Una de sus firmes manos me agarró del pelo,

haciéndome una coleta, y la otra me agarró de las caderas, haciéndome levantar aún más el culo.

Su boca se acercó a mi oreja y recorrió con su lengua mi cuello hasta que mordió el lóbulo y me estremecí.

—Estás muy buena. —Oí decir a Sebastian mientras se deslizaba dentro de mí en un firme empujón que me tiraba hacia delante y hacía vibrar mis nalgas.

—¡Ahhh! —gemí aún más fuerte, clavando las uñas en la madera mientras él empezaba a moverse.

Aquella vez no sentí dolor, solo un éxtasis cada vez más profundo que me impulsó a frotar mi culo contra él y a revolcarme, suplicando más... Y Sebastian me lo dio. Tirando de mí hacia él, nuestros cuerpos crepitaron al chocar.

Estaba ardiendo, abrasada por el deseo, y las oleadas de éxtasis se apoderaban de todo mi cuerpo con cada impacto. *Más fuerte, más rápido... ¡Ahhhh!*

Sentí que el clímax volvía a apoderarse de mí mientras mi culo seguía vibrando con su impacto, pero su líquido no tardó en llenarme también.

Estaba completamente absorta en un orgasmo maravilloso cuando caí hacia delante, jadeando y dando vueltas, pero él me levantó para que quedara tumbada boca abajo y utilizó un pañuelo para limpiar el semen que había chorreado.

—Esto debía de ser un sueño —suspiré mientras me ponía la mano en el pecho, que seguía subiendo y bajando rápidamente.

—Me alegro de que no lo sea.

—¡Estás loco!

—Nunca me perdonaría si te hubieras casado con otro hombre.

—Como si pudiera vivir feliz para siempre contigo... —La verdad del asunto hirió mi corazón.

—Encontraremos una manera. —Se tumbó de lado para mirarme.

—¿Cómo?

—Aunque tengamos que desaparecer del mapa.

—¡No! —Empujé mi cuerpo hacia delante y me senté en la cama, sorprendiéndolo.

—¿Cómo que no?

—Ellos son mi familia.

—Son delincuentes.

—Son gente de negocios —corregí. —No es que sean animales.

—Contrabandistas, traficantes, asesinos...

—Dime que nunca has matado a nadie. —Le miré seriamente y Sebastian apartó la mirada —. ¡Lo sabía!

—Es diferente, Nina.

—La historia siempre se cuenta desde el punto de vista de los vencedores.

—No estás viendo las cosas como deberías.

—Sí, lo estoy. Quieres que abandone a mi familia, pero no voy a hacerlo.

—Dijiste que me amabas.

—Te amo.

—Entonces...

—Pero el amor que siento por ellos no es negociable.

—Nina...

Lo esquivé cuando intentó tocarme y me levanté.

—Llévame de vuelta a casa.

—No puedo.

—¿Cómo que no?

—¿Crees que me felicitarán si te devuelvo después de todo esto? —Nos señaló a los dos y mis mejillas se sonrojaron al recordar que estaba desnuda—. ¿Y tu boda? ¿Impedirán que se celebre?

Tragué saliva y negué con la cabeza.

—¡Ese es mi hijo, Nina! —Señaló mi vientre.

—No debería existir...

—Pero está ahí, creciendo dentro de ti.

—Es...

—Es una señal.

—De que me enamoré del hombre equivocado.

—Prefiero pensar que es una señal para permanecer juntos.

—¿Crees que Interpol estaría en primera fila en nuestra boda?

Negó con la cabeza.

—Bueno, ya sabes que mi familia tampoco lo apoyará.

—Nos las arreglaremos.

—Casarme con Mario era la única manera de que este bebé naciera y tuviera una vida normal. —Me toqué el vientre, cerré los ojos e imaginé al niño dentro.

—¡No! —Sebastian gritó.

—¿No lo entiendes?

—Tú eres la que no entiende, Nina. ¿Cómo puedes siquiera imaginar que aceptaría esto como la mejor posibilidad? Estamos hablando de *mi hijo* —enfatizó las dos últimas palabras.

—Estará bien cuidado. —Intenté convencerlo de lo contrario.

—No es suficiente para mí.

—No puedo dejarlos.

—¿Está bien dejarme a mí? —Había una tristeza en su expresión que me desconcertó.

—No se puede confiar en ti.

—Puede que no, pero sigo siendo el hombre al que amas. —Avanzó hacia mí y me rodeó el cuello con los brazos, pasándome la mano por la nuca y envolviéndome de nuevo.

Su boca dominó la mía y su lengua se abrió paso a la fuerza. Cada parte de mí se estremeció y ni siquiera pude considerar la posibilidad de apartarlo.

Respondí al beso entregándome a él de nuevo, haciendo cada vez más evidente que no podía resistirme a su tacto.



Sebastian

Capítulo cuarenta y cuatro

Me detuve junto a Patrick y me di cuenta de que observaba el horizonte sin perder de vista el timón del barco. Tardó un rato en fijarse en mí.

—Señor...

—Creo que ya es hora de dejar las formalidades.

—¿Cómo está ella?

—Durmiendo después de haber comido un poco.

—¿Qué piensas hacer cuando lleguemos a Mónaco? Porque imagino que no irás a Lyon a presentársela al Presidente como su futura esposa.

—Es complicado... —Respiré hondo mientras me cruzaba de brazos.

—¿Cómo que es complicado?

—No quiere dejar a su familia.

—Tiene que elegir entre tú o ellos.

—Eso es lo que intenté hacerle entender.

—Y entonces...

—Eligió a ellos. —Resoplé mientras me metía las manos en los bolsillos.

—¡Qué mierda, Sebastian!

—No voy a dejar que otro hombre críe a mi hija o se quede con ella. No puedo aceptar algo así.

—¿Qué piensas hacer? ¿Llamar a la puerta de su familia agitando una bandera blanca y ofrecer un acuerdo de paz?

Era una broma para hacerme reír, pero no pude.

—Me matarían antes de que dijera la primera palabra.

—Eso es un hecho.

—He pasado toda mi carrera persiguiendo a esta familia. No tenía otro objetivo en la vida que acabar con la mafia Bellucci, pero ahora soy rehén de una situación que no sé cómo resolver.

—Sabes que si se enteran, te apartarán de inmediato.

—Ese es otro problema con el que no quiero tener que lidiar ahora.

—Los más listos analizan todas las variables.

—Lo sé, pero solo quería que dijera que me elige a mí.

—También es duro para ella.

—Sí...

Observé el horizonte mientras pensaba en una estrategia para resolver ese impasse.

En cuanto el barco atracó en el muelle de Mónaco, bajé a la habitación de Nina y vi que

ya se había cambiado, poniéndose la ropa que le había dejado.

—¿Dónde estamos? —Se acercó a la ventana para mirar el puerto.

—En Francia.

—¿Me vas a llevar a la oficina de la Interpol?

Negué con la cabeza.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar seguro.

—¿No vas a llevarme de vuelta a casa?

—¿Puedes al menos ver a un médico y descansar un poco antes de decidir si eso es lo que realmente quieres hacer?

Me miró fijamente, pensativa, antes de asentir.

—Vamos. —Le tendí la mano y Nina la aceptó.

Bajamos del barco y Patrick nos acompañó, cruzamos el puente de madera hasta la calle donde nos esperaba un conductor, una cara muy familiar que hacía tiempo que no veía.

—Levi —saludé al hombre.

—Señor Dauphin. —Hizo una breve reverencia.

—¿Quién es este hombre? —Patrick sospechaba.

—Se puede confiar en él.

—¿Cómo sabía que estaríamos aquí?

—Yo lo avisé. —Les hice un gesto para que me siguieran y el conductor abrió la puerta trasera de la limusina para que subiéramos.

Nina desconfiaba de mí y no era la única. Había hablado vagamente de mi pasado con Patrick, pero no lo había compartido abiertamente con nadie desde que entré en la Interpol.

Levi condujo por la ciudad de los millonarios hasta llegar a una enorme mansión que se alzaba al borde de la playa, sobre una colina.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Nina con una mirada curiosa.

—Digamos que es mi casa...

—¿Tu casa? —Patrick parecía sorprendido.

—Sí.

—Dijiste que su padre era policía.

—Sí, trabajó en la inteligencia francesa durante muchos años.

—¿Y cómo pagaron esta casa?

—La familia de mi madre ha tenido dinero durante generaciones.

—No he podido encontrar nada al respecto en Internet. Y eso que busqué bien a fondo, revisando todos los registros.

—Tenía todo sobre mí borrado cuando me convertí en agente. Sabes que es posible.

Patrick movió la cabeza afirmativamente, pero seguía estupefacto.

—Bienvenido a la propiedad. —Levi abrió la puerta y ayudó a Nina a bajar.

Entré en la mansión y ellos me siguieron. Nada más cruzar la puerta, oí un ladrido y una bola de pelo saltó del sofá y vino hacia mí, frotándose contra mis piernas.

—Ah, todavía estás aquí. —Levanté al perro en brazos.

—Qué lindo. —Nina le acarició la cabeza.

—A diferencia de otras personas, Mirna no desaparece de esta casa. —Mi madre se levantó de uno de los sillones y caminó hacia nosotros. Seguía teniendo el mismo aspecto que yo recordaba, quizá con una o dos arrugas de más, pero seguía siendo la mujer altiva y extremadamente elegante.

—He estado ocupado.

—Siempre es así. —Resopló—. En lugar de ocuparte de los asuntos que requieren tu atención aquí, prefieres correr riesgos como tu padre.

—Mamá...

—Aparentemente hoy es un día especial, ya que nunca traes amigos.

—Patrick trabaja conmigo y Nina... —Quería gritar que era mía, pero no me pareció apropiado en ese momento.

—Guapa, aunque es bastante joven.

—Nos quedaremos un día, quizá un poco más si necesito más tiempo para resolver algunas cosas.

—¿Qué estás tramando, Sebastian?

—No te preocupes.

—Sabes que es la frase equivocada para decirle a una madre.

—¿Se ha servido el almuerzo? —Cambié de tema—. Todos tenemos hambre.

—Llamaré al ama de llaves y le pediré que prepare algo.

—Gracias, mamá.

Ella asintió y se marchó.



Nina

Capítulo cuarenta y cinco

Cuando Sebastian tiró de mí para acercarme en cuanto su madre salió de la habitación, lo esquivé. Aquella enorme casa estaba decorada de forma algo diferente a la mansión Bellucci, pero el lujo era el mismo. No fue eso lo que me sorprendió, estaba acostumbrada a lugares así, sino al hecho de que no supiera nada de Sebastian.

Pensaba que tenía un buen sueldo en Interpol, pero nada que lo hiciera millonario. Esa casa influyó en la imagen que yo tenía de él.

¿Qué más descubriría sobre ese hombre?

Por mucho que lo quisiera, no podía abandonar mi vida para vivir con él sin pensar en las consecuencias. *¿Y si no era más que otra trampa?*

—Nina... —Se acercó a mí y me alejé de nuevo.

—¿Cuándo vuelvo a casa?

—Estás a salvo aquí mientras pensamos en una manera de resolver esto.

—¿Quién me lo garantiza?

—Nina.

—Tengo miedo, Sebastian.

—Comprendo que tengas razones para ello, pero la situación ha cambiado.

—Puede que estés atrayendo a mi familia a una trampa.

—Te aseguro que no.

—Quisiera creer tus palabras. —Sentí un sabor amargo en la boca. Por mucho que me sintiera influenciada por él, necesitaba mantener un mínimo de racionalidad para evitar que alguien muy importante para mí saliera herido.

—Mira... —Me tocó el brazo, pero antes de que pudiera decir nada, su madre volvió a entrar en la habitación, atrayendo nuestra atención.

—El almuerzo se servirá dentro de unos minutos.

—Gracias, señora Dauphin —dijo el hombre que nos había acompañado en el viaje y que había escuchado nuestra conversación.

Tenía hambre y decidí no preguntar, pero mi mente se aceleraba mientras pensaba qué hacer. Sería fácil piratear algún dispositivo y enviar un mensaje a casa. Por otra parte, si Sebastián decía la verdad, no le perdonarían la vida si venían y yo tampoco quería que acabara muerto, por mucho que mi corazón oscilara entre el dolor y el amor.

Entramos en un comedor bien decorado con una mesa mucho más pequeña que la que albergaba a la familia Bellucci, pero teniendo en cuenta que no parecía haber nadie más que la mujer, era adecuada.

Sebastian me acercó una silla y esperó a que me acomodara, antes de sentarse a mi lado mientras dos camareras servían la mesa.

—¿Te gusta el marisco?

Solo asentí con la cabeza.

—Bien, porque es la comida favorita de mi madre.

La camarera sacó la tapa del plato y, en cuanto el olor entró en mi nariz, me tapé la boca con la mano, sintiendo cómo se me revolvía el estómago y haciendo todo lo posible por no vomitar.

—¿Te encuentras bien? —Notó Sebastian.

Negué con la cabeza.

—Un baño por fa... —Ni siquiera pude terminar la frase.

—Ven conmigo. —Me rodeó con sus brazos.

—¿Qué está pasando? —Su madre vino detrás mientras Sebastian abría la tapa del retrete y me agarraba del pelo para hacerme vomitar.

Las náuseas se habían hecho menos frecuentes a medida que avanzaba el embarazo, pero seguían produciéndose de vez en cuando, sobre todo cuando olía olores muy fuertes.

—Me siento mejor. —Intenté apartarlo, pero no se movió ni un centímetro, solo me ayudó a levantarme.

—¡Nina!

—Solo son náuseas.

—¿Náuseas? —Su madre pareció sorprendida por la información—. ¿Estás embarazada?

Yo permanecí en silencio, pero Sebastian respondió por los dos.

—Lo está.

—¡Oh, Dios! —La mujer dio un paso atrás tambaleándose—. ¡Sebastián!

—Tengo que volver a casa. —Me tambaleé, sintiéndome un poco mareada.

—Tienes que comer y descansar un poco. —Sebastian seguía sujetándome con cuidado, como si fuera a desmayarme en cualquier momento, y yo no estaba del todo segura de que no fuera a ocurrir.

—Voy a preparar algo más ligero para ti.

—Volvamos a la habitación. —Sebastian me guió y esta vez no intenté escapar.

Una parte de mí quería creer que todos esos cuidados y esa protección eran porque realmente me quería y se preocupaba por mí, pero mi miedo no me dejaba entregarme completamente y frustrarme de nuevo.

—¿Has ido al médico desde que supiste que estabas embarazada?

Negué con la cabeza por reflejo, acurrucándome en su brazo.

—Necesito encontrar a alguien entonces.

—Estaba esperando a que se celebrara la boda.

—Si vas a casarte con alguien, será conmigo —dijo con una seguridad que me asombró.

—Hablas como si fuera sencillo.

—No importa.

—¡Claro que importa! ¿Qué pasa con la Interpol, mi familia y todo lo demás?

—Podemos desaparecer y no dar explicaciones a nadie.

—¡No! No voy a desaparecer.

—Mi amor...

—¡No me vengas con eso! —Esquivé de nuevo—. Son mi familia, todo lo que tengo. Ya tú... —No pude terminar la frase porque vi aparecer un dron en una de las enormes ventanas de cristal de la mansión.

—Señor, tenemos compañía —dijo el hombre que viajaba con nosotros.

—¿Cómo? —Sebastian abrió los ojos, sorprendido.

—Mis hermanos siempre pueden localizar a cualquiera. —Sonreí.



Sebastian

Capítulo cuarenta y seis

Pensé que traer a Nina a Mónaco bastaría para escapar de la influencia de los Bellucci, pero me equivoqué.

Había bajado la guardia y me di cuenta de que estaban bastante cerca cuando apareció aquel dron al otro lado de la ventana.

—¡Oh, mierda! —gruñí—. Tengo que sacarte de aquí. —Agarré la muñeca de Nina, pero ella me esquivó.

—No.

—Nina, por favor... —rogué en tono suplicante.

—Te dije que no me alejaré de ellos.

—¿Y nuestro bebé?

—Crecerá bien.

—¿Lejos de mí?

No tuvo tiempo de responder, porque el cristal se rompió y tres drones entraron en la habitación.

Vi a Patrick golpear a uno de ellos con un palo de escoba, haciendo que el objeto perdiera el equilibrio y se estrellara contra la pared, pero los otros dos se dirigieron hacia él y empezaron a disparar.

En ese momento, solo podía pensar en proteger a Nina y mantenerla a mi lado. Puede que luego se enfureciera conmigo, pero la pondría fuera del alcance de esas máquinas.

—¡Vamos!

—¡Sebastián! —Forcejeó, golpeando mis hombros, pero la llevé detrás del sofá.

—Quédate aquí, protegida.

—No me harán daño.

—No voy a correr el riesgo. —Me enfrenté a ella con una mirada firme y decidida.

Ni siquiera podía contemplar la posibilidad de que ella o mi hijo en su vientre sufrieran daño alguno.

Busqué a tientas mi pistola en la cintura cuando los drones se retiraron y oí pasos. Levanté la cabeza momentáneamente y vi a unos hombres entrar en la habitación con ropas oscuras y armas en la mano. Reconocí a uno de ellos como un asesino que a menudo intentaba matarme.

—Entrega a mi hermana sana y salva y te garantizo que tendrás una muerte menos dolorosa —dijo otro de ellos en un tono más amenazador.

Podrían ser más en número, pero no estaba dispuesto a rendirme con Nina.

—Agáchate, quédate quieta.

—¡Sebastián!

Me fijé en el techo y apunté con mi arma a la enorme araña de cristal que decoraba la sala. Disparé contra ella y cayó encima de los invasores, haciendo que retrocedieran y el

momento fuera perfecto para que yo apuntara a uno de ellos. Sin embargo, para mi sorpresa, mi disparo rebotó en el uniforme de Thiago como si fuera una canica.

—¿Eso es todo lo que tienes? —se burló con una sonrisa sarcástica.

—¡Bastardo!

Empezaron a avanzar y yo miraba a un lado y a otro, pensando en una forma de actuar, mientras seguía disparándoles sin resultado.

—Tenemos que salir de aquí. —Volví a agarrar la muñeca de Nina, pero ella no estaba dispuesta a cooperar.

Intenté arrastrarla, pero antes de que pudiera, Thiago me propinó una patada que me obligó a soltarla y me hizo caer al suelo.

—Veamos lo bueno que eres. —Resoplé mientras me levantaba.

Su sonrisa se ensanchó y me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

Fui por él, intentando darle un puñetazo, pero Thiago lo esquivó con facilidad. Le lancé otro, luego otro, esquivando los golpes que lanzaba, casi como si estuviéramos bailando.

Me dio una patada en el estómago que casi me hizo salir volando hacia atrás. Respiré hondo y me froté la frente sudorosa mientras me recomponía. Necesitaría mucho más que eso para derribarme.

Me agaché a un lado y uno de sus puñetazos me rozó la cara, pero no esperé a que volviera la mano para golpearle en el mentón. Thiago se tambaleó y fue mi turno de golpearlo en el estómago.

Fui por él con toda mi furia, pero antes de que me atreviera a tocarlo de nuevo, algo

presionó mi espalda y mi cuerpo se estremeció. La descarga me sacudió e inmediatamente caí de rodillas, como si me estuvieran friendo el cuerpo desde dentro hacia fuera.

Thiago me dio una patada en la cara y eché la cabeza hacia atrás. Sentí otro golpe en la espalda, como una bofetada, y caí de lado. De repente, había tres hombres encima de mí, golpeándome furiosamente y solo podía pensar en Nina.

Ella salió de detrás del sofá y vio la escena. Sus ojos se llenaron de lágrimas y me quedé mirándola, imaginando que sería la última imagen que llevaría conmigo a una zanja poco profunda, pero entonces gritó.

—¡Basta ya!



Nina

Capítulo cuarenta y siete

Quería a mi familia y era consciente de los sucios tratos que no todo el mundo aprobaba, pero cuando vi a Sebastian en el suelo con la sangre manando de su boca con cada patada que le daban, pude ver el lado monstruoso en ellos. Él estaba paralizado, mirándome como si mi voluntad fuera su sentencia.

¿Estaría realmente dispuesto a morir si ese fuera mi deseo?

—¡Basta ya! —grité desesperada—. Por favor, ¡deténganse!

No se detuvieron.

—¡Basta ya! —Corrí hacia ellos y Thiago giró la mano, golpeándome.

—¡Nina! —gritó Ettore, pero no fue suficiente para evitar que cayera al suelo.

—¡Nina! —rugió Sebastian, levantándose como de las cenizas y empujó a mi hermano, viniendo hacia mí.

Le goteaba sangre de la frente y la boca mientras me miraba fijamente y tiraba de mí para ponerme en pie.

—¡Aléjate de ella! —Mi hermano intentó apartarlo, pero Sebastian le dio un puñetazo.

—¡Basta ya! —volví a gritar.

Sacudí la cabeza, sintiéndome un poco mareada y caí encima de Sebastian, que me rodeó con sus brazos, usando su propio cuerpo para protegerme.

Thiago vino hacia nosotros, pero Ettore lo detuvo.

—¡Cuidado!

—¡Voy a matarlo!

—Sin llevarte a mi hermana también.

El asesino retrocedió, resoplando como un perro al que han puesto una correa.

—¿Nina? —Ettore buscó mis ojos.

—Me caí...

—¿Te encuentras bien?

—Creo que sí.

Sebastian me levantó y me tumbó en el sofá.

—Tenemos que encontrar un médico —dijo con desesperación evidente en su mirada.

—Necesitamos un hospital, un lugar donde puedan hacerle una ecografía. —Ettore fue más específico.

Sebastian volvió a estrecharme entre sus brazos.

—Yo cuidaré de mi hermana. —Ettore intentó apartarme de él.

Sebastian gruñó como un perro furioso.

—¡No!

—Tú no tienes nada que ver.

—Todo lo contrario, Bellucci.

—¿Van a seguir discutiendo o van a llevarme a ver si todo va bien con mi bebé?

Se miraron y Ettore asintió, como si acordaran una tregua momentánea.



Sebastian

Capítulo cuarenta y ocho

Sin preocuparme que los Bellucci me pisaran los talones, tomé uno de mis coches del garaje y me dirigí al hospital más cercano. En cuanto entré con Nina en el regazo, el personal de urgencias vino corriendo hacia nosotros.

—¿Qué te ha pasado? —Una mujer me puso las manos en la cara y me giró la cabeza, notando los moratones.

—¡Estoy bien! —gruñí para que se alejaran, aunque me dolían todos los huesos de la paliza. —Tienes que cuidar de ella.

—¿Qué le pasa?

—Se golpeó y está embarazada.

—Ponla aquí. —Empujaron una silla de ruedas hacia nosotros para que pudiera sentarse.

—¿Cómo estás? —Oí la voz de su hermano detrás de mí.

—Creo que bien. —Se puso las manos en el estómago—. Solo quiero saber cómo está el bebé.

—Vamos a hacerle una ecografía dentro de unos minutos —dijo alguien del hospital, que supuse que era una enfermera.

—Gracias. —Nina esbozó una sonrisa incómoda.

Se me pasaban mil cosas por la cabeza, pero la única en la que no quería pensar era en la posibilidad de que le hubiera pasado algo a mi hijo o a mi hija. Yo podría ser un hombre solo,

pero haría pagar a esos desgraciados.

—Vengan conmigo. —La enfermera tomó la silla de Nina y todos la seguimos hasta el ascensor, pero antes de entrar se volvió hacia nosotros—. ¿Quién de ustedes es el padre?

—Yo. —respondí sin pestañear.

—Tú vienes, el resto puede quedarse aquí.

—Es mi hermana. —Ettore sujetó la puerta del ascensor, impidiendo que se cerrara.

—Estará en buenas manos, señor. Volveremos pronto.

Estaban en el pasillo y la puerta del ascensor estaba cerrada.

—Usted parece muy lastimado, tal vez también necesite algunos exámenes. —La enfermera notó mis heridas.

—Estoy bien. Solo tuve un pequeño desencuentro con su familia —le expliqué sin entrar en detalles.

Las puertas se abrieron a otra planta y la enfermera condujo la silla de Nina hasta un consultorio. Dentro había una doctora de pie cerca de lo que imaginé que era el ecógrafo.

—Nina, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Cuánto tiempo llevas embarazada?

—Aproximadamente diecisiete semanas.

Me sorprendió su precisión, pero con la inteligencia de Nina, no era algo que debiera sorprenderme.

—¿Sientes algo extraño o has tenido alguna hemorragia?

—No.

—¿Te han hecho otras ecografías antes?

—Tampoco. Fue un período complicado...

La doctora me miró, comprobando las heridas de mi cara, y pensé que iba a hacer algún comentario, pero no dijo nada.

—Vamos a hacer la prueba, ¿crees que podrás cambiarte? —Le consiguió un camisón y Nina asintió—. Genial, te esperaré aquí.

—Gracias. —Nina se fue al baño y me dejó a solas con la doctora, que me miraba intentando comprender qué podía haber pasado.

—¿Así que tú y su familia discutieron un poco?

—Digamos que no me aprueban. —Me crucé de brazos.

—¿Diferencias de opinión?

—Más o menos.

—Tendrás que dejar eso a un lado si no quieres que se haga más daño.

—Ya se me ocurrirá algo.

—Piensa rápido.

No tuvimos tiempo de continuar la conversación porque Nina salió del pequeño cuarto de baño con su bata de hospital y la ayudé a tumbarse en la camilla. Colocó las pantorrillas sobre el soporte y la doctora la cubrió con una sábana antes de tomar el aparato.

—Puede que te moleste un poco, así que si es así, házmelo saber.

—Sin problemas. —Nina estaba confiada.

Comenzó la exploración y la doctora permaneció en silencio durante varios minutos, analizando al bebé que aparecía en las imágenes antes de volverse hacia nosotros.

—Todo está bien con ella.

—¿Ella? —pregunté con una mezcla de sorpresa y felicidad por la noticia.

—Sí, tendrán una niña.

—¿Lo has oído, Nina? —Le sonreí, sintiendo que mis ojos lagrimeaban de emoción, y tomé su mano entre las mías, besando el dorso de la misma.

—He oído... —Ella suspiró—. ¿Está seguro de que todo va bien, doctora?

—No hay lesiones visibles, pero le pediré que se haga un seguimiento periódico del embarazo para garantizar que cualquier cambio sea diagnosticado a tiempo.

—¡Ella lo hará! —le aseguré a la doctora incluso antes de que lo hiciera Nina.

—Eso está muy bien.

—También necesitarás un obstetra que te acompañe y te indique los suplementos y

exámenes más necesarios durante esta fase.

—Entendido.

—Háganlo lo antes posible.

—No pasa nada —le dije.

Volví a mirar la imagen en la pantalla del ordenador, completamente enamorado de aquella bebé que se estaba formando en su vientre. Iba a cuidarlas y protegerlas aunque fuera lo último que hiciera.

—Te imprimiré las imágenes.

—Por favor. —Un brillo iluminó los ojos de Nina.

—Estará listo en unos minutos.

—Gracias.

La ayudé a levantarse y Nina fue a ponerse la ropa.



Nina

Capítulo cuarenta y nueve

Mi hermano, mi primo y algunos soldados esperaban en la recepción del hospital cuando bajé, apoyándome en Sebastian y sosteniendo las imágenes de la primera ecografía de mi bebé. Verla, aunque solo fuera por unas imágenes en blanco y negro, me hizo feliz y me hizo olvidar, al menos por unos instantes, todos los problemas en los que me había metido al involucrarme con el hombre equivocado.

—¿Qué tal estás? —Ettore fue el primero en acercarse a mí.

—Bien. —Le entregué la carpeta con las imágenes de la ecografía.

—¡Qué gran noticia! Nos vamos a casa. Nuestros padres y Mario te están esperando.

—No va a ir a ninguna parte —gruñó Sebastian, empujando el hombro de mi hermano y haciendo que los guardias de seguridad del hospital se pusieran en alerta.

—No estás muerto de milagro. Así que considérate afortunado.

—Ettore...

—No puedes defenderlo. —Mi hermano apretó los dientes con furia.

—Es el padre de mi hija.

—¿Por qué él...

—¡No! —le impedí terminar la frase—. No fue contra mi voluntad.

—Él te engañó.

—Sí, lo sé. —Bajé la cabeza, obligada a admitirlo.

—Matémoslo —intervino Thiago.

Ettore levantó la mano para detenerlo.

—¿Pasa algo aquí? —Uno de los guardias de seguridad se acercó para comprobar la situación.

—No, no. —Mi hermano fue brusco y el hombre se volvió hacia mí, esperando mi opinión antes de alejarse.

—Estamos bien.

El hombre analizó la situación durante un rato más antes de alejarse definitivamente, pero aún parecía alerta para intervenir si ocurría algo. Lo que no sabía él era que difícilmente podría detener a esos hombres.

—Vamos afuera. —Los miré a todos seriamente—. Tengo hambre. ¿Quizá podamos encontrar un restaurante y hablar como personas civilizadas?

—Yo no...

—¡Thiago! —Me enfrenté a él directamente.

—De acuerdo. —Mi primo retrocedió—. Pero si él se pasa de la raya...

—Sebastian se comportará, ¿verdad?

Se limitó a asentir.

—Estupendo.

—Hay un buen restaurante no muy lejos de aquí —le indicó el francés.

—Me parece perfecto.

Volvimos a su coche y mi familia nos siguió de cerca, sabía que no dudarían en hacer algo si Sebastian resultaba ser una amenaza, pero el hecho de que aún no lo hubieran matado demostraba que aún tenía cierto control sobre la situación.

—No puedes volver con ellos, Nina. —Sebastian incluso intentó convencerme parando el coche delante del restaurante

—Ya te he dicho que no voy a abandonarlos.

Se inclinó hacia mí y me puso la mano en el vientre, acariciándolo, y por reflejo puse mis manos en las suyas.

—¿Qué le dirás a nuestra hija cuando descubra que ese Mario no es su verdadero padre?

Tragué saliva.

—No necesita averiguarlo.

—No puedes hacerme esto...

—Como si tuviera elección. —Se me llenaron los ojos de lágrimas y no pude detenerlas antes de que corrieran por mis mejillas.

—Puedes elegirme a mí.

—¿Solo para aprovecharte de la situación?

—No voy a hacer eso.

—No entiendes lo difícil que es para mí volver a confiar en ti.

—Sí. —Me sujetó el mentón—. Lo entiendo, pero me esfuerzo por demostrar que puedes.

—No estoy seguro de que vayas por buen camino.

—Entonces dime qué camino debo seguir para que puedas elegirme... —Inclinó la cara hacia mí, pero antes de que sus labios rozaran los míos, un fuerte ruido me sobresaltó cuando Ettore golpeó la ventanilla del coche.

—¡Salgan de ahí!

Retrocedí asombrada y se me aceleró el corazón. Tardé un rato en recuperarme y por fin abrí la puerta del coche.

—No era necesario hacer eso.

—Solo estoy cuidando de ti —dijo como si no fuera para tanto.

—Sebastian no me hará daño.

—Tengo mis dudas. —Se enfrentó al director de la Interpol sentado en el asiento del conductor—. No debes olvidar que no está de nuestro lado, hermanita.

—Estoy embarazada, Ettore.

—Es algo que se resolverá con el matrimonio.

Sebastián refunfuñó detrás de mí, pero afortunadamente no avanzó hacia mi hermano, porque yo no sería capaz de detener su pelea y solo acabaría haciéndome daño.

—Tengo hambre. —Cerré el tema, llevándolos a ambos al interior del restaurante conmigo.

Nos sentamos en una mesa y se miraron fijamente todo el tiempo, como si no pudieran bajar la guardia.

Afortunadamente, mi francés era bueno y pude comunicarme claramente con el camarero sin necesitar la ayuda de aquel montón de testosterona.

—Si hubiera sido el tío Mateo, ya habría matado a este tipo —murmuró Thiago cerca de nosotros.

—Menos mal que mi padre no está aquí.

—Ettore...

—¡Cállate, Thiago! —le grité.

—Eres demasiado ingenua, Nina. ¿No ves que este tipo solo te está manipulando?

—Ha pirateado nuestros sistemas, ¿qué pasará ahora?

—Si quisiera atraparlos, ya habría pedido un equipo de la Interpol —balbuceó Sebastian.

—Colabora. —Le miré con expresión firme.

—Solo estás esperando el momento adecuado y sabes que no conseguirás nada contra nosotros porque no tienes pruebas. —Ettore se inclinó hacia él sobre la mesa.

—¡Puedes parar! —Volví a ponerme nerviosa—. Pronto me iré corriendo a criar a mi hija yo sola.

—Solo intentamos protegerte, Nina. —Ettore suavizó su tono.

—Es evidente que ese tipo le ha lavado el cerebro —añadió Thiago, diciendo tonterías.

—Mi cerebro está en perfectas condiciones —resoplé—. ¿Podrían callarse media hora para que yo pueda comer en paz? —les pregunté a todos cuando el camarero se acercó con mi plato.

Asintieron brevemente y por fin pude comer.

No tenía ni idea de cómo iba a resolver este callejón sin salida y en ese momento solo podía pensar en mi bebé y en cómo iba a garantizar su seguridad.

Quería a Sebastian más de lo que mi racionalidad creía correcto, pero también comprendía los temores de mi familia. Si bajábamos la guardia, podía permitir que la Interpol no solo me tuviera en el punto de mira a mí, sino a todas las personas que más quería. Sebastian podría haberme jurado que no haría nada, pero ya había mentido antes para conseguir lo que quería.

Mi corazón quería creerle, pero mi mente me gritaba que me mantuviera alerta.

El plato francés era extraño, pero tuve que culpar a mis náuseas y a todos los nervios del día más que al chef. Me esforcé por comer porque mi hija lo necesitaba y cuando terminé, pedí un jugo de naranja.

—¿Lista para irnos? —Mi hermano se levantó después de pagar la cuenta.

—Ella no va a ningún lado sin mí.

—Puedes venir con nosotros. —La sonrisa de Ettore indicaba que los planes que podría tener para Sebastian no serían los más agradables.

—Por favor, no... —Se lo supliqué.

—No voy a dejarte, Nina. —Sebastian me tomó de la mano y vi amor en sus ojos. Cada parte de mí quería creerlo, sin importar lo completamente estúpido que pareciera.

—Que venga. —Cuando Thiago dijo eso, un escalofrío me recorrió desde la base de la columna vertebral hasta los extremos del cuerpo.

—Mi padre decidirá qué hacer contigo. —Ettore determinó la sentencia de Sebastian.

—¡Muy bien! —Hinchó el pecho como si no tuviera miedo a la muerte.

—¡Sebastián! —Me volví hacia él, intentando no llorar.

—Todo va a salir bien. —Me sonrió como si no tuviera nada que temer.

Mis instintos me decían lo contrario.



Sebastian

Capítulo cincuenta

Cuando acepté ir a Italia con los Bellucci sabía que podía estar aceptando mi sentencia de muerte. No tendrían piedad de mí, pero parecía la única forma de convencerlos de que quería quedarme con Nina.

Nada me importaba si no podía ver crecer a mi hija.

Me empujaron contra el suelo de cemento y me dolían las rodillas por el impacto. Sentí el sabor de la sangre en la boca y una gota de sudor me recorrió la frente cuando Thiago me dio una patada en el pecho.

—Quiero verte escapar ahora que ya no tienes a Nina para llorarte.

—Suéltame los brazos y te enseñaré quién lo va a lamentar. —Aun en cruel desventaja, tuve el valor de defenderme de sus amenazas.

—¿Solo porque te cogiste a mi hermana crees que podrás seguir cerca de nosotros? —Ettore bajó los ojos para mirarme—. Debería meterte una bala en la cabeza y acabar esto de una vez.

—Pero sabes que tu hermana nunca te perdonaría.

Me dio un puñetazo en la cara tan fuerte que me dolieron los dientes y se intensificó el sabor a sangre en mi lengua.

—No creas que puedes usarlo para intentar manipularme, maldito policía.

—Solo dije la verdad.

—Mi hermana es solo una chica ingenua de la que te aprovechaste.

—Es más lista de lo que crees.

—¡Eres un bastardo! —Me golpeó de nuevo—. Destruiste su vida. Si no se hubiera quedado embarazada, nada de esto estaría pasando.

—Nunca dije que no me haría cargo de mi hija.

—¿Crees que es tan sencillo? —Se echó a reír y su voz resonó por todo el galpón en el que estábamos—. No eres digno de ella.

—¿Por qué no soy delincuente?

—No estás de nuestro lado.

—¿Es eso suficiente para que lo merezca?

—No puedes discutir conmigo. —Volvió a levantar el brazo, pero antes de que pudiera golpearme de nuevo, resonó una voz que lo llamaba por su nombre.

—¡Ettore!



Nina

Capítulo cincuenta y uno

Me paseaba de un lado a otro en el salón de la mansión Bellucci, estaba angustiada y sentía que el corazón se me apretaba cada vez más. No debería estar sufriendo así, pero la idea de que Sebastian estuviera en manos de los hombres de mi familia, sobre todo de Thiago, me enloquecía.

—Eso no será bueno para la bebé. —Juliana se acercó a mí y me puso la mano en el hombro.

—Van a matarlo, Ju. —Las lágrimas empezaron a rodarme de inmediato.

—Tal vez no. —Nedja intentó sonar optimista, como si no conociera a la familia que la había acogido.

—Toma. —La abuela se acercó a mí y me dio una taza de té humeante—. Es manzanilla, te tranquilizará.

Me guió y me hizo sentar en el sillón y mi madre se sentó a mi lado, acariciándome los hombros mientras yo sostenía la taza entre las manos y soplaba para que se enfriara.

No debería haber accedido a que viniera, pero Sebastian parecía decidido a encontrar su propia tumba.

—¿Qué va a pasar?

—Tendrá que llegar a un acuerdo con los hombres de la familia.

—Como si nuestra familia estuviera formada por acuerdos así.

—Tienes que tener fe, niña. —Mamá me abrazó.

—Ocurrirá lo que sea conveniente. —Ojalá tuviera la confianza de mi abuela.

Suspiré, inhalando el humo del té. El olor era bueno, pero no me ayudaba a sentirme mejor, el corazón seguía latiéndome con fuerza en el pecho y era difícil evitar que se descontrolara.

Lo amaba, por mucho que no debiera. En ese momento comprendí a Pietra más que nunca y pude entender cómo el corazón nos volvía locos.



Sebastian

Capítulo cincuenta y dos

Bellucci retrocedió cuando otro de ellos se acercó. Había poca luz en la habitación, pero a medida que se acercaba, su rostro se iba revelando. Era un hombre mayor que los que me habían castigado; el tiempo había dejado huella en su rostro, aunque no había cambiado mucho respecto a las fotos que tenía de él. Me fijé en su expresión. Era severa, cerrada y supuse que había llegado con mi sentencia.

—De todas las decisiones que podías haber tomado, tomaste la peor. Dicen que somos los criminales, pero nuestras normas son estrictas y no se debe tocar a las mujeres ni a los niños.

Tenía las palabras para contestarle en la punta de la lengua, pero si quería ver crecer a mi hija, era mejor no desafiarlo.

Me agarró la cara y me apretó la mandíbula, mi mejilla ya estaba tan dolorida que lo sentí aún más intensamente.

—¿Cuánto tardará la Interpol en venir a por nosotros?

—No saben que estoy aquí.

—¡Mentiroso! —resopló.

—Es verdad. Puedes esperar todo lo que quieras, no aparecerán.

—¿Quieres que crea que te entregaste voluntariamente sin un propósito mayor?

—Mi único objetivo es estar con tu hija.

—¡Ella no es para ti! —Retrocedió en un repentino ataque de ira, pero no me dio un

puñetazo como los otros dos.

—Estoy harto de oír eso.

—Eres un agente de la policía internacional que nos persigue desde hace años. ¿De verdad crees que te dejaría llevarte mi posesión más preciada?

—Pensé que reconocerías que mi amor por ella es algo inusual.

—¡Cómo te atreves a decir eso!

—Es solo la verdad.

—No soy idiota.

—No quiero ofenderte, Mateo.

—No es su intención. —Thiago se rió—. Acaba con él, tío.

—Interpol no vendrá, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Entonces, ¿qué es esto? —Apenas terminó de hablar, escuchamos disparos.

Los disparos venían de fuera, pero eran lo bastante audibles como para que pudiera identificarlos.

—¿Quién está aquí? —Abrí los ojos con sorpresa.

—Tú eres quien debe decírmelo.

—No sé...

—Solo mi hija cree tus mentiras.

—Te juro que no tengo ni idea de cómo han llegado hasta aquí.

—Encárgate de ellos —le dijo a Thiago.

—Sin problemas. —Una sonrisa se dibujó en los labios del asesino.

—¿Qué vamos a hacer con él, papá? —le preguntó Ettore.

El hombre mayor sacó una navaja del bolsillo y la acercó a mi cuerpo. Pensé que iba a apuñalarme en el cuello, pero se dio la vuelta y me cortó las esposas de plástico de las muñecas.

—Veremos de qué lado está realmente.

Las palabras de Mateo me dejaron en completo shock. Lo único que podía pensar era que quería quedarme con Nina, llevarla lejos de todo aquello y criar a nuestra hija en un entorno seguro y acogedor, pero ese mundo de fantasía solo existía en mi cabeza y fue en ese momento cuando la realidad me golpeó de lleno como una patada en el pecho.

¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar para estar con ella?

—¡Vamos, levántate! —Me ordenó Mateo.

Me levanté cuando los disparos se hicieron aún más fuertes. Aún no sabía cómo había llegado allí la Interpol, pero su presencia me obligaría a tomar una decisión.

—¿Es mi hija o ellos?

La pregunta de Mateo seguía resonando en mi cabeza.

Durante mucho tiempo me había entrenado, había hecho planes y me había esforzado al máximo para acercarme tanto a los Bellucci que pudiera atraparlos, pero un giro del destino lo puso todo patas arriba e hizo que mis planes no sirvieran de nada.

¿Nina o mi búsqueda durante años?

—Solo se va a quedar parado mirándote. —Ettore se burló.

Fui hacia Ettore y lo desarmé, tomándolo por sorpresa. Mientras le quitaba el revólver de la mano, salió un disparó, dando en el techo.

—¡Bastardo! —gruñó.

—Gracias, voy a necesitar esto.

Mateo sacó su pistola y apuntó en mi dirección.

—Sabía que él no estaba con nosotros, papá.

—Todo lo que necesitaba era una pistola. —La levanté en señal de que no les dispararía —. Pero dudo que me la diera si se la pedía.

—¡Dispárale! —gritó Ettore, pero alguien entró disparando en el galpón.

Giré sobre mí mismo y disparé, derribando a uno de los agentes.

Puede que los Bellucci no me creyeran, pero había tomado una decisión por el bien de Nina y de mi hija.

Otros agentes irrumpieron en el galpón por las ventanas, pero no esperaban que yo les disparara. No estaba seguro de cómo habían llegado hasta allí, pero supuse que sería Patrick, ya que se había quedado después de que los Bellucci asaltaran la casa de mi madre y yo no le había

dado ninguna explicación.

Ettore tenía otra arma y la utilizó para contraatacar.

Tuve que esconderme detrás de una pila de palés porque, a diferencia de ellos, no llevaba traje antibalas, pero tenía el entrenamiento suficiente para intentar sobrevivir a la invasión.

Moví la cabeza hacia un lado lo suficiente para ver a un agente que se acercaba al hermano de Nina y le disparé primero, antes de que pudiera hacer algún movimiento.

Eran personas que conocía, hombres y mujeres con los que había pasado la mayor parte de mi vida. Si me hubieran preguntado antes si podía traicionarlos, habría jurado por mi vida que no, pero el destino nos sorprendió de formas increíbles.

Uno vino hacia mí apuntándome con su pistola e intenté dispararle, pero me sorprendió la falta de balas.

—Jefe... —me reconoció.

Antes de que pudiera decir o hacer algo, cayó delante de mí mientras le disparaban.

—Creo que será mejor que salgamos de aquí y enviemos a alguien a limpiar este desastre antes de que aparezcan más —dijo Mateo cuando se dio cuenta de que todos los agentes estaban muertos.

—¿Y qué vamos a hacer con él? —Ettore me señaló.

—Espero que estés seguro de la elección que has hecho. —Me miró seriamente—. Porque no seremos los únicos a los que Nina no perdonará.

—Ya lo sé.

La mujer que amaba era lo suficientemente lista como para no darme una tercera oportunidad.



Nina

Capítulo cincuenta y tres

Yo seguía en el sofá, intentando relajarme, pero dudaba que un simple té de manzanilla sirviera para algo.

Sabía que Sebastian no merecía que mi familia confiara en él, ni yo tampoco debía hacerlo, pero parecía tan decidido a quedarse conmigo y con mi hija que mi corazón no me dejaba perder la esperanza.

Oí abrirse la puerta de la habitación y me puse en pie de un salto. Thiago fue el primero en entrar. En cuanto lo vi manchado de sangre, me dolió el corazón como si me lo hubieran arrancado del pecho. Mi racionalidad me decía que no debería estar sufriendo así, pero la sensación era algo que no podía controlar.

—¡Ay, Nina! —Mi madre me rodeó los hombros con sus brazos y mi llanto se hizo aún más intenso.

—Yo... —Sollocé—. Solo necesito algo de tiempo. —Intenté ser firme cuando vi a mi padre y a mi hermano.

—¿Un tiempo para qué?

—¡Sebastián! —Me quedé atónita cuando apareció detrás de todos los hombres de mi familia—. ¡Estás vivo! —Mis lágrimas fueron reemplazadas por el shock.

—Esta vez no decidieron acabar conmigo. —Sonrió débilmente y no pensé en otra cosa que en lanzarme a sus brazos.

Sebastián chilló, mostrando que le dolía, pero me rodeó con los brazos y me acurrucó contra su pecho.

—Eso no significa que no te vigilemos de cerca —advirtió Ettore al pasar junto a nosotros y chocar con el francés.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté mientras me alejaba para verlo mejor.

—Charlamos como hombres civilizados. —Esbozó una sonrisa falsa y yo estaba segura de que eso no era exactamente lo que había pasado.

—Elegiste a mi familia.

—Elegí a nuestra familia. —Puso su mano en mi estómago.

Sonreí y suspiré.

—Te amo, Nina.

—Yo también te amo, Sebastian.

Estuvimos juntos un rato, abrazados, hasta que mi padre carraspeó y me aparté, sintiéndome avergonzada.

—¿Y mi matrimonio?

—Suspendido por el momento.

—¿No se pondrá furioso?

—Vamos a deber algunos favores, pero la situación es menos preocupante que este agente de la Interpol cerca de nosotros. —Mi padre miró por encima de mi hombro y se enfrentó a Sebastian con una expresión más seria.

Pero fue suficiente para que mi familia le diera un voto de confianza, lo que me hizo

inmensamente feliz.

Si Sebastian realmente quería quedarse conmigo y con nuestra hija, tendría que demostrárselo a mi familia y demostrar que ya no intentaría hacernos daño.

—Nada de celebraciones antes de tiempo. —Mi padre tiró de Sebastian por el hombro y le hizo apartarse de mí.

—Papá...

—Tú, jovencita, será mejor que te comportes y te mantengas a salvo.

—Pero quiero estar cerca de ella. —Sebastian apretó los dientes.

—El hecho de que estés aquí no significa que yo esté cien por cien seguro de entregarte a mi hija.

—¿Qué más quieres que haga? —Resopló, incapaz de ocultar su irritación.

—Será mejor que tengas un poco de paciencia.

Mi enorme felicidad disminuyó un poco.

Estaba claro que a Sebastian aún le estaban haciendo pruebas y que mi familia no confiaría en él al cien por cien tan rápidamente. Por mucho que me estrujara el corazón, podía entender por qué los demás se mostraban cautelosos.

—Mateo, es mejor que cuando nazca la niña, tenga oficialmente un padre —intervino mi mamá, tratando de calmar un poco la situación.

—Aún faltan unos meses para que nazca la niña —dijo mi abuela mirando a todos—. Espero que todo se arregle para entonces.

—Tienes razón. —Mi madre dio un paso atrás.

—Vamos a casa —llamó mi padre.

—¿Y Sebastian?

—Tus hermanos lo vigilarán.

Miré a los ojos del hombre que amaba y dejé escapar un suspiro; no quería tener que dejarlo ahí, y mucho menos estar lejos de él. Sin embargo, el mero hecho de tenerlo allí, en medio de mi familia, era más de lo que podía esperar.

Si quería mantener la esperanza de un futuro juntos, tenía que esperar que superara todas las pruebas que mi familia seguramente le impondría.



Sebastian

Capítulo cincuenta y cuatro

Era una dulce ilusión imaginar que pasaría la noche con Nina entre mis brazos, amándola como mi cuerpo deseaba y sintiéndola como yo creía que se merecía. Su familia no nos dejó solos ni un minuto.

Necesitaría mucho más que matar a unos cuantos agentes para demostrar que había cambiado de bando.

¿Había cambiado de bando realmente?

Lo loco que estaba por esa mujer para que nada más importara, mi carrera, mi antigua vida o incluso mis principios...

Mi madre estaba acostumbrada a que pasara largas temporadas fuera de casa sin tener noticias mías, pero esto era muy diferente. En ese momento, ella aún se estaría preguntando qué podría haberme pasado después de que los Bellucci invadieran su casa, pero ¿se le pasó por la cabeza que yo estuviera dispuesto a unirme a ellos?

El objetivo de detener a esa familia se había convertido en la mayor ambición de mi vida. Me dormía y me despertaba pensando en ello, nada más importaba, hasta que mi camino se cruzó con el de Nina. Se suponía que debía utilizarla para lograr un objetivo, pero al final fui yo quien acabó atrapado y completamente enredado en una telaraña de la que no pude escapar.

Estaba embarazada.

Tendríamos una hija.

Si quería permanecer a su lado, tendría que abandonar todos mis principios y convertirme en un hombre nuevo.

Aún no tenía ni idea de lo que me pasaría si aceptaba todo esto, pero sentía que cada vez estaba más dispuesto a llegar a cualquier extremo para averiguarlo.

—¿Vas a quedarte ahí?

Volví la cara cuando me di cuenta de que alguien me hablaba.

Me fijé en él, sus ojos eran más claros, parecidos a los de Nina, pero su pelo era tan oscuro como el de su padre. Nicolae Bellucci era por lo general reservado y mi investigación había logrado extraer poco sobre aquel hombre. A todos los efectos, era un hombre de negocios que se ocupaba de asuntos financieros y tenía muchas inversiones en bolsa, no solo en Italia, sino en todo el mundo. Pero yo estaba seguro, aunque no podía probarlo, de que él era el principal responsable del blanqueo del dinero que llegaba de las calles con drogas y contrabando. Aquel joven veinteañero ya tenía un ojo sagaz y era muy bueno convirtiendo fortunas ilícitas en dinero limpio.

—¿Dónde esperas que vaya?

—Ven conmigo.

—¿Adónde?

—Haces demasiadas preguntas.

—Me gusta saber en qué me estoy metiendo.

—Debería haber pensado eso mejor antes de cogerte a mi hermana.

—No me arrepiento.

—Espero que sigas pensando así, no me gustaría verla triste si te pasara algo.

—¿Es una amenaza?

—No hago amenazas, pero será mejor que tengas cuidado.

—Sin problemas. —Hinché el pecho.

—¡Vamos, Giovane! —llamó al otro hermano.

—¿En serio tenemos que ser su niñera? —El más joven puso los ojos en blanco.

—Es por Nina.

—Podría haberse enamorado de un tipo mejor.

¿Mejor? Me guardé la pregunta.

Los seguí fuera de la mansión y subimos a un coche. Me senté en el asiento trasero como una adolescente vigilada y no me arriesgué a preguntar adónde íbamos. Sabía que me estaban poniendo a prueba y que debía ser prudente.

Yo era director de la Interpol, mi silla seguía esperándome, los Bellucci no eran una de las familias más poderosas del mundo por fiarse de cualquiera. Obviamente me llevarían al límite antes de bajar la guardia.

Llegamos al aparcamiento de un edificio y Nicolae estacionó. Giovane fue el primero en salir del coche y estiró la espalda antes de volverse hacia su hermano.

—¿Puedo quedarme jugando videojuegos?

—No te traje aquí para divertirte.

—Es una buena forma de pasar la noche en vela.

—Para eso está el café. —Nicolae se encogió de hombros y Giovane refunfuñó, pero no dijo nada más.

Los seguí hasta el ascensor y subimos rápidamente a la última planta. En un largo pasillo solo había una puerta, con un panel en lugar del picaporte, donde el hermano de Nina puso la mano y nos autorizaron a entrar.

Se suponía que era solo el piso de un joven soltero, pero parecía una fortaleza informatizada. Ni siquiera nuestros laboratorios parecían tan bien equipados como aquel lugar, pero aun así, no podía significar más que un buen entusiasta.

Nicolae era licenciado en informática, como los demás hermanos, y se podía apostar a que era tan brillante como Nina. Esta era una buena explicación de la auténtica magia que era capaz de hacer con el dinero sin que nunca lo descubrieran.

—Será mejor que no vayas a husmear. Todo funciona por orden de voz y a Lola no le gustan los intrusos.

—Entendido.

—La puerta está cerrada, así que no podrás ir muy lejos, pero puedes dormir en el sofá.

—De acuerdo.

—Si te descuidas, te mataremos. —Giovane hinchó el pecho y trató de parecer amenazador.

—Lo sé, lo sé. —Cambié mi mirada entre ellos—. ¿Podría darme una ducha? Imagino que un piso de este tamaño tiene sitio para eso.

—Hay un baño de invitados. —Nicolae señaló con la cabeza un pasillo a unos metros de nosotros.

—Gracias.

—Imagino que también necesitas ropa limpia.

—Sería estupendo.

—Veré lo que puedo hacer.

Asentí y se marchó, dirigiéndose a una puerta y regresando unos minutos después con unas prendas dobladas que me entregó, dándome golpecitos en el pecho para recordarme la paliza que me había dado antes.

—No te demores.

—Sin problemas. —Pasé junto a él y fui al baño.

Solo esperaba que todo valiera la pena y que pronto Nina y yo estuviéramos juntos sin ningún juicio.



Nina

Capítulo cincuenta y cinco

Miraba incesantemente al techo de mi habitación. Intenté girarme de un lado a otro, pero no podía dormir. Por muy contenta que estuviera de que Sebastian estuviera vivo, no estaba nada segura de que durara mucho. Estaba con mis hermanos, que harían cualquier cosa para complicarle la vida.

Esperaba que consiguiera hacerlo bien y superara todas sus pruebas, pero seguía pareciéndome toda una misión. Por no hablar de que cabía la posibilidad de que volviera a engañarme solo para conseguir lo que quería.

No quería perderlo, pero necesitaba que mi familia lo supiera con seguridad.

Me puse las manos en el estómago y me sorprendí cuando empezó a moverse. La alegría y la conmoción fueron tan grandes que me paralizaron y luego me sentí eufórica.

—Hola, niña...

Seguía moviéndose y podía sentirla bajo mi piel.

—Todo va a salir bien. —Me prometía a mí mismo más que a ella.

Cerré los ojos, intentando conectar aún más con aquel momento. Realmente quería que Sebastian estuviera allí para poder sentirla también, pero tendríamos que esperar. Una vez que todo esto terminara, los tres podríamos ser una familia como queríamos.



Sebastian

Capítulo cincuenta y seis

Me sobresalté cuando el agua helada me golpeó la cara y salté del sofá como si me hubieran dado una descarga.

Parpadeé varias veces hasta que me di cuenta de que Nicolae y Giovane estaban delante de mí. El más joven sostenía un cubo y supuse que había sido idea suya despertarme así.

—Buenos días, bella durmiente —dijo en tono burlón.

—Buenos días —murmuré, recomponiéndome.

—Será mejor que estés listo pronto, mi padre tiene un trabajo para ti.

—¿Trabajo? —Abrí los ojos, completamente sorprendido.

—¿No quieres unirte a la familia? Pensé que podíamos contar contigo.

—Sí, pero...

—Te dije que no se podía confiar en él —empezó Giovane en un intento de socavar mi credibilidad.

—¡Un momento! —Atraje las miradas de ambos hacia mí—. Dime qué es y lo haré.

—Bien. —Nicolae permaneció serio—. Imagino que sabes conducir una moto.

Asentí.

Se sacó un papel del bolsillo y me lo entregó.

—Esta es la dirección donde recogerás una entrega y la llevarás a esta otra.

Abrí su información y la analicé durante unos instantes.

—¿Ya está?

—Sí, a menos que sea demasiado difícil para ti.

—Déjamelo a mí. —Guardé el papel.

—Cuidado con mi moto. —Me tiró una llave—. Tiene un gran valor sentimental.

—Volverá entera.

—Buena suerte. —La forma en que Giovane se rió no me animó.

Me acerqué a la puerta y se abrió sin siquiera tocarla.

Bajé solo al garaje y me pregunté qué moto sería, pero al girar la llave, una luz parpadeó entre los vehículos. Me acerqué y noté el vehículo deportivo de varios miles de euros, de hecho, necesitaba tener cuidado con esa máquina, pero podría divertirme un poco. Tomé el casco del asiento y me lo puse antes de subir. Lo puse en marcha y el rugido del motor encendió la adrenalina en mi sangre.

Yo no era un gran experto en las regiones de Roma, pero la dirección que me había dado Nicolae se refería a un pequeño muelle en el norte, donde solían parar los yates y otros vehículos de lujo.

Mientras conducía tan rápido como me permitía el límite de velocidad, zigzagueando entre los coches, mi mente se preguntaba de qué era la entrega. ¿Algún contrabando? Probablemente drogas. El dinero ilegal que volvía adicta a la gente y la convertía en millonaria. Quería acabar con ello, pero para mantener a Nina tendría que fomentarlo.

Los Bellucci me estaban poniendo a prueba para ver hasta dónde estaba dispuesto a ensuciarme las manos por ella. No solo tenía que aceptar esta faceta de la familia, sino implicarme cada vez más en ella.

Dejé de castigarme cuando me di cuenta de que ella era más importante para mí que cualquier otra cosa.

Me detuve en un semáforo junto a un Ferrari rojo. El conductor me miró, pero la visera de su casco no le permitió verme la cara. En cuanto el semáforo se puso en verde, volví a acelerar, doblé una esquina y luego otra hasta que vi el puerto. Había varios yates y lanchas rápidas, embarcaciones de lujo propiedad de gente con mucho dinero, como estaba acostumbrado a ver desde que era niño en Mónaco.

Paré la moto cerca de una farola y me bajé. Puse el casco en el asiento y salté al puente de madera, buscando el barco indicado. Subí a la proa y llamé a la puerta.

Pronto apareció un hombre. Parecía tener unos cincuenta años, vestía una camiseta blanca y pantalones cortos de jeans; tenía la cabeza ovalada y estaba prácticamente calvo.

—Me pidieron recoger algo contigo.

—Ah, tú debes ser Sebastian.

—Soy yo.

—Esta es una entrega para los Bellucci. —Me dio un maletín negro con correas más pequeñas y una transversal.

—¿Qué es? —Fui hacia la cremallera para abrirla, pero el hombre me detuvo.

—Será mejor que no mires dentro o podrías enfadar mucho a los jefes.

—Bien. ¿Eso es todo? —Recogí la maleta.

—Sí.

—Que tengas un buen día. —Me despedí del hombre y volví hacia la moto, pero antes de llegar a ella oí la sirena de los coches de policía.

—¡Mierda! —Me pasé la correa de la maleta por el cuerpo y corrí lo más rápido que pude, subiendo a la moto y poniéndome el casco.

Los coches ya estaban muy cerca de mí cuando por fin conseguí acelerar para volver por donde había venido.

La policía había llegado justo cuando recogía mi maleta, casi como si me estuvieran esperando. No sería una sorpresa descubrir que me habían denunciado y que se trataba de una trampa. Sería muy difícil explicar el contenido de aquella maleta si me descubrían con ella, aunque no estaba seguro de lo que había dentro.

Conduje por un callejón cuesta arriba y los patrulleros tuvieron que apretarse, pasando uno a uno para seguirme, pero seguían estando más cerca de lo que me hubiera gustado. Giré por una avenida y pasé entre los vehículos, pero había un semáforo en rojo justo delante. Pasaban vehículos en la otra dirección, pero no podía esperar a que se detuvieran. Cualquier minuto determinaría si me atraparían.

Me sudaba la frente y también las manos, ni siquiera recordaba que no había desayunado.

Esperé el momento oportuno para intentar adelantar y un autobús tocó el claxon con fuerza, teniendo que reducir la velocidad para evitar atropellarme. Miré hacia atrás y vi que los vehículos seguían separándome de los coches y pude continuar calle arriba.

No tardó en abrirse la señal y aceleraron para intentar alcanzarme de nuevo.

Eché un vistazo al tablero de la moto, observando cómo giraba la aguja del velocímetro a medida que la velocidad alcanzaba su límite. El motor rugía cada vez más fuerte, y una colisión a más de ciento cincuenta por hora me reduciría a pasta de tomate.

Doblé otra esquina y finalmente acabé en un mercadillo.

La gente empezó a gritar a mi paso y varios acabaron cayendo al suelo, tirando todas sus compras. Cambié de dirección y crucé otro callejón, esta vez uno aún más pequeño que el primero.

Respiré aliviado cuando me di cuenta de que los vehículos ya no estaban detrás de mí y podía reducir la velocidad. Me detuve bajo una marquesina y saqué la dirección del bolsillo, asegurándome de que sabía adónde tenía que ir para hacer esa entrega. Leí un rato, hice un mapa mental y me dirigí a la dirección, suponiendo que la policía ya no podría identificarme.

Tardamos unos veinte minutos en aparcar en la dirección. Era un café en territorio gitano, con una decoración acorde con la cultura, mucho rojo y dorado.

Me bajé de la moto, tomé mi bolso, dejé el casco y entré en el establecimiento. Había unas cuantas personas sentadas en las mesas que tenían la curiosidad de mirarme.

—¿Dónde puedo encontrar a Mateo Bellucci? —pregunté a la mujer que limpiaba unos vasos detrás del mostrador.

—Está dentro. —Asintió y vi que había una pequeña puerta lateral que daba detrás del mostrador.

Le seguí más allá de una cortina de cuentas de colores que hacían ruido. Más allá había un pasillo y luego un salón con un gran sofá donde Mateo estaba sentado con Nicolae y Giovane, como si hubieran salido del piso para esperarme allí.

—Por fin has llegado —dijo el padre de Nina.

—He tenido un pequeño contratiempo, pero ya estoy aquí. —Me quité la maleta del hombro y la puse a los pies del hombre.

—¿Ya está?

—Eso es lo que me mandaste a buscar, ¿no?

—¿Y no lo abriste?

Negué con la cabeza.

—¿Has perdido la oportunidad de intentar incriminarnos una vez más?

—Ya no es lo que intento hacer.

—¿No lo es? —Se inclinó hacia mí, mirándome con expresión muy firme. Si fuera una máquina de verdad, me estaría escaneando—. No aceptaré que una rata entre nosotros se acueste con mi hija.

—Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por ella.

—Eso espero. —Abrió la maleta y la volcó en el suelo.

Lo que había dentro empezó a caer como lluvia. No eran drogas, cigarrillos ni ningún tipo de contrabando, sino caramelos, sencillos, coloridos y baratos, como los que solíamos comprar en los supermercados para dárselos a los niños.

Si me hubiera planteado entregar esa maleta a la Interpol, habría hecho el ridículo y habría sido humillado por todos.

—Parece que pasaste esta prueba, francés.

—Estoy listo para las siguientes. —Hinché el pecho.

—Bueno...

—Pero primero quiero verla.

—¿Verla? —Los ojos de Bellucci se abrieron de par en par, no muy contento con lo que le había preguntado.

—He superado tu prueba. Esa es la recompensa que pido.

—Mi hija no es una moneda de cambio.

—Pero es mi única motivación.

—No, papá... —Giovane empezó a hablar, pero fue interrumpido cuando el anciano levantó la mano para hacerlo callar.

—A la hora del almuerzo, una hora y con supervisión.

Respiré hondo, quería gruñir. Quería besarla, tocarla, sentir su cuerpo sobre el mío, pero de momento tendría que conformarme con las sobras.

—De acuerdo. —Asentí con la cabeza. Antes de ser jefe, había sido un buen agente y sabía cumplir órdenes aunque no estuviera de acuerdo con ellas—. Después puedes enviarme a una misión de verdad.



Nina

Capítulo cincuenta y siete

Sin un mensaje, una llamada telefónica o incluso una nota diciéndome cómo estaba, mi corazón se inquietaba cada vez más. Sebastián era un hombre astuto y bien entrenado, pero no era rival para mi familia. Lo despellejarían y lo echarían a los perros si sospechaban algo.

—Ven a comer, niña. —Mi madre apareció en el umbral de mi habitación y se quedó apoyada en el marco de la puerta, analizándome hasta el más mínimo detalle—. Mi nieta necesitará nutrientes para crecer bien.

—Ya voy, mamá. —Me lo pensé un momento antes de levantarme.

—Todo saldrá bien y tu padre no te defraudará.

—Lo sé.

—Entonces confía.

—Por más que sea una tontería de mi parte, realmente quiero estar con él.

—El amor no es una tontería, hija mía, pero a veces nos pone en situaciones muy complicadas.

—Lo estoy sintiendo.

En cuanto resonó la palabra "sintiendo" mi hija empezó a moverse de nuevo en mi barriga y puse la mano sobre ella para sentirla.

Una sonrisa se iluminó en el rostro de mi madre y se acercó.

—¡Ah! ¿Puedo? —Extendió la mano y me tocó antes de que pudiera decir que sí—. Hola, mi pequeña nieta...

Empezó a moverse aún más cuando oyó la voz de mi madre.

—Va a ser traviesa.

—Tal vez. —Solté una risita.

—Igual que tú. —Me tocó la punta de la nariz con el dedo—. Me subías a todo.

No pensaba mucho en cómo había sido mi infancia, pero escuchar hablar a mi madre me hizo pensar en cómo sería cuando naciera mi hija.

Oímos un sonido que llamó nuestra atención.

—Ha llegado alguien —dijo mi madre.

Mi hija dejó de moverse como si se hubiera escondido dentro de mi vientre.

Sebastian...

Sentí una punzada de esperanza.

—¡Luize! —Oí la voz de mi padre.

—¿Sí, mi amor? —gritó.

—¿Está listo el almuerzo?

—Lo está.

—Pon un plato extra en la mesa, tenemos un invitado.

Me levanté de la cama y salí de la habitación, caminando más deprisa hacia el salón y viéndolo detrás de mi padre y mis hermanos.

—Hola... —Esbocé una sonrisa incómoda y me pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Nina. —Me devolvió la sonrisa y se acercó, ignorando la presencia de los otros hombres.

Sebastian me agarró la cabeza y me atrajo hacia él, besándome la boca de una forma apasionada que yo había estado deseando. Quería que tirara de mí más cerca, que me rodeara con sus brazos de la forma que solo él sabía hacer, pero antes de que nada más cálido pudiera ocurrir, mi padre carraspeó, echando un balde de agua fría sobre nuestro momento.

—Suficiente. —Su tono era serio e imponente.

Me vi obligada a alejarme aunque no era exactamente lo que quería.

—Quita tu lengua de la boca a mi hermana. —Giovane lo empujó en el hombro y Sebastian no se resistió.

—Si solo hubiera sido la lengua estaría aceptable—refunfuñó Nicolae, contrariado.

—¡Vamos a comer todos! —Mi madre intentó cambiar de tema rápidamente antes de que la conversación se pusiera tensa y los hombres perdieran el control.

Nos sentamos todos a la mesa del comedor, donde el almuerzo ya estaba servido. Sebastian no se sentó cerca de mí, ni siquiera estirando el brazo podía tocarlo. Me parecía una tortura, aunque sabía que era una prueba que ambos debíamos superar.

¿Hasta qué punto su amor sería lo bastante fuerte para resistirlo todo?

—Imagino que tuvieron una buena mañana… —Mi madre intentó suavizar el ambiente mientras todos nos mirábamos entre sí.

—Ha sido razonable —dijo Nicolae mientras se llevaba la cuchara a la boca.

—Deberías haber visto su cara cuando se dio cuenta de que solo eran caramelos.

—¿Caramelos? —Mi madre frunció el ceño, confundida.

—Dejémoslo así. —Mi padre dio por terminada la conversación antes de que mi madre y yo comprendiéramos de qué hablaba Giovane.

—El risotto está delicioso. —Giovane levanta el tenedor para que todos lo vean antes de llevárselo a la boca.

Volvimos a mirarnos hasta que me quedé observando a Sebastian. Estaba acostumbrada a sus ojos marrones cuando fingía ser mi profesor, pero sus azules naturales eran aún más bonitos.

Me sonrió y movió los labios lentamente en un: *te amo.*

Yo también te amo.

Aquellas palabras, intercambiadas en el silencio agonizante de la comida familiar, me hicieron creer que estaríamos juntos.



Sebastian

Capítulo cincuenta y ocho

Estaba dispuesto a ir al infierno por ella y convertirme en el mismísimo diablo.

Había dejado de lado todas mis normas sobre el bien y el mal, había abandonado mis convicciones y solo pensaba en una vida en la que Nina y yo estuviéramos juntos. Nuestra hija nacería dentro de unos meses y hasta entonces quería tenerla como esposa, aunque eso significara pasar a formar parte de la mafia italiana.

Las pruebas vendrían y estaba dispuesto a superarlas.

Aquella tarde me subí al coche con Mateo y nos dirigimos a las afueras de la ciudad. El padre de Nina no dijo ni una palabra por el camino, no forcé la conversación. Necesitaba confiar en mí y no verme como alguien molesto.

Nos detuvimos frente a un depósito de chatarra. El lugar estaba abandonado, lejos de todo y de todos. Parecía el entorno perfecto para cometer un acto delictivo.

Estaba preparado para cualquier cosa. Después de los caramelos en la maleta, podían hacer cualquier cosa con tal de probar si se podía confiar en mí. Mi ventaja sobre la situación era que era obstinado y casi nunca me rendía cuando quería algo.

—¡Baja! —ordenó Mateo y yo salí del coche.

Asentí con la cabeza mientras lo seguía entre vehículos y aparatos electrónicos desmontados hasta que me encontré con un hombre de espaldas.

—Por fin has llegado. —Thiago giró hacia nosotros con una sonrisa sombría.

Pude ver que había alguien arrodillado a su lado, con el cuerpo cubierto con una túnica y

la cabeza con una capucha, lo que hacía imposible identificar quién era. Lo único que pude ver es que temblaba y gemía, pero probablemente estaba amordazado, porque los sonidos eran bajos.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté de inmediato.

Tenía la vana esperanza de volver a encontrarme con Nina y conseguir algo más que el intercambio de miradas y nuestros cuerpos distantes.

—Tienes prisa, ¿verdad, idiota? —Thiago se rió—. ¿Por qué no disfrutas más del paisaje?

—No soy de los que les gustan mucho los coches antiguos.

—Ya veo. Yo tampoco. Tengo un Ferrari de Ettore que tienes que ver. Lástima que será viejo para cuando Pietro tenga edad para conducirlo.

—Thiago. —Mateo lo llamó en tono serio.

—Por supuesto, tío. —El asesino sacó una pistola de su cintura y me la entregó.

—¿Qué esperas que haga? —Esperé la orden directa antes de actuar.

—¿Estás dispuesto a matar a alguien para conseguir a mi hija?

—Por supuesto. —No lo dudé.

—Pues hazlo. —Señaló al encapuchado.

Mil teorías pasaron por mi mente, podría haber sido cualquiera de los allí presentes enfrentándose a la muerte. Sin embargo, yo no tenía lazos con nadie. Mi único pariente vivo era mi madre y una parte de mí no creía que fueran a poner allí a una anciana, aunque fuera una posibilidad.

Me estaban poniendo a prueba y disparé.

El sonido hueco de la bala resonó por toda la chatarrería mientras el cuerpo caía hacia atrás, sin vida.

—¿Hay alguien más? —Miré a Thiago y se rió.

—Puede que hasta me caigas bien. —Se rió.

Mateo se acercó al cuerpo y le levantó la capucha. Por un momento contuve la respiración, pero cuando miré la cara, no era nadie a quien reconociera. Solo un hombre de mediana edad que nunca antes se había cruzado en mi camino.

—¿Quién es este tipo? —pregunté sin comprender. Realmente había pensado que el cadáver podría ser alguien relacionado con mi vida en la Interpol.

—Solo un policía que se atrevió a desafiarnos —respondió Mateo—. Igual que tú.

—Estoy haciendo lo que ustedes quieren para probarme.

—Así es.

—¿Qué más esperan de mí para que pueda casarme con Nina y criar a mi hija?

—Que te mueras.



Nina

Capítulo cincuenta y nueve

Mi hija estaba tranquila en mi vientre, al igual que el resto de la casa. En cuanto los hombres volvieron a marcharse, no escuché a mi madre ni a los empleados.

Volví a mi habitación, inquieta, impaciente y con el corazón apretándome cada vez más fuerte. Quería estar segura de hasta dónde llegaba Sebastian, pero debía estar acostumbrada a los secretos que mi familia ocultaba a las mujeres. *Es para protegerte*, decían siempre, pero sería más fácil si lo supiéramos todo.

Encendí el ordenador, pensando que encontraría algo con lo que distraerme, y activé un programa que hacía tiempo que no tocaba.

—¡Hola, Cigana!

—¡Hola, Nina! ¿Cómo estás?

—No tan bien. —Suspiré mientras me sentaba en la cama y miraba una pequeña pared de fotos donde había puesto fotos de mis padres y hermanos.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

—No lo creo.

—¿Crees o estás segura?

—Es complicado. —Suspiré, echando el cuerpo hacia atrás.

—Los humanos son complicados.

—Dímelo a mí. —Crucé los brazos detrás de la cabeza y me fijé en una pequeña araña que estaba haciendo una nueva tela en un rincón de la habitación. Si mi madre la viera, volvería loca a la limpiadora—. ¿Cigana?

—Sí, Nina.

—Estoy embarazada.

—¡Felicidades! Es una noticia muy feliz.

—Más o menos.

—¿Por qué?

—Me quedé embarazada del último hombre del mundo que mi padre aprobaría.

—¿Pero lo amas?

—Con todo mi corazón. —Cerré los ojos unos instantes, dejando que mi mente se llenara de imágenes de él. Sus ojos, su olor, su cuerpo...

—Ese es el principio de la unión.

—Es más de lo que se dice en Internet.

—Entonces, ¿dónde debo buscar?

—No te preocupes, Cigana.

—¿No debería preocuparme por ti?

—Solo vamos a charlar y a distraerme un poco.

—¿Sobre qué?

No le contesté, ya que nos interrumpió una llamada a mi puerta.

—¿Nina?

—Hola, mamá.

—¿Puedo pasar?

—Sí. —Me senté en el borde de la cama mientras ella giraba la manija y me miraba.

—¿Con quién hablabas?

—Con Cigana.

—¿Quién?

—No importa. —Extendí la mano y cerré la pantalla de mi portátil—. Es solo un programa de ordenador.

—Él lo está haciendo bien —dijo, segura de que yo estaba pensando en Sebastián.

—Eso parece.

—Pronto se arreglará todo. —Se sentó a mi lado y me levantó para que me tumbara en su regazo.

Me acurruqué encima de ella y mi madre empezó a acariciarme el pelo.

—¿Ya has pensado cómo llamarás a tu niña?

—Aún no hemos tenido mucho tiempo para pensarlo. —Me volví a poner la mano en el estómago.

—¿Se está moviendo? —Mi madre tenía curiosidad.

Solo negué con la cabeza.

—¿Qué opinas de Esmeralda?

—Es muy gitano.

—Es mi nieta. Tendrá sangre gitana.

—También italiana y francesa.

—Estoy ayudando con sugerencias. —Se encogió de hombros.

—Gracias, mamá. —Giré la cara para mirarla y sonreí.

—Siempre estaré aquí para ti.

Me levanté y le eché los brazos al cuello, atrayéndola hacia mí, y nos quedamos así unos minutos.

Mi corazón estaba apretado, pero solo necesitaba tener un poco de fe.



Sebastian

Capítulo sesenta

Bajé del coche en el estacionamiento de Interpol, un edificio de alta tecnología que reunía a los mejores agentes del mundo en una fuerza conjunta para mejorar la convivencia en todo el planeta. Siempre había pensado que aquel era mi sitio, como si hubiera nacido para estar allí, pero ya no lo creía.

Me había ido a una misión con otros objetivos y todos mis planes habían cambiado por completo. El hombre que era y el hombre en el que me había convertido ya no se reconocían y nunca volverían a conectar.

Había tomado decisiones y hecho cosas de las que no podía arrepentirme ni volver atrás. Tenía que enfrentarme a ese nuevo yo y recordar por qué estaba allí.

Me alisé el traje, saqué la placa del bolsillo y me la colgué de la chaqueta.

Abrí el maletero del coche y saqué una maleta, era grande, con ruedas y pesaba mucho, pero no podía dejarla atrás.

Me dirigí al ascensor y fui a la entrada. Había un detector de metales y un escáner, como en cualquier otro edificio gubernamental, pero por suerte para mí, allí solía mandar yo.

—Buenos días, señor. —Uno de los hombres de seguridad me sonrió.

—Buenos días. —Le devolví la sonrisa, como si no tuviera nada que temer.

—¿Puede poner la maleta en la cinta transportadora, por favor?

—No puedo.

—¿Cómo que no? —Abrió los ojos, sorprendido.

—Esta es una prueba muy sensible y confidencial en el caso en el que estoy trabajando. No querrás ponerla en peligro, ¿verdad?

El guardia de seguridad me miró a mí y luego a la placa de director que llevaba en el pecho y asintió.

—Que tenga un buen trabajo, señor. —Dio un paso a un lado y me hizo una señal con la mano para que pasara con la maleta sin ser inspeccionado.

—Gracias. Igualmente.

Pasé junto a él y me dirigí al ascensor, subiendo a la planta donde estaba mi despacho. Debería ser un lugar corriente para mí, había pasado allí años de mi vida, pero de repente todo me pareció muy extraño.

—¡Señor!

Me quedé paralizado en el pasillo al oír una voz muy familiar y agarré con fuerza el asa de mi maleta, como si temiera que alguien me la quitara.

—¡Patrick! —Me di la vuelta con una sonrisa forzada y miré fijamente al informático que me había ayudado en la incursión en busca de Nina y al que no di ninguna explicación.

—¡Por fin estás aquí! —Vino hacia mí como si fuera un milagro—. Me preocupé mucho cuando te llevaron. Imagínate a tu madre, pobrecita. ¿La has llamado para decirle que estás bien?

—Hablaré con ella más tarde. —Me encogí de hombros.

Después de aquel día era muy posible que no volviera a verla.

—Pensé que estabas muerto. Después de que enviamos un equipo a Italia y nadie regresó...

—Me costó mucho alejarme de ellos, pero ahora estoy aquí.

—No sabes cuánto me tranquiliza eso. —Dejó escapar un profundo suspiro, mostrando que realmente se sentía aliviado—. Tienes que ponerme al corriente de todo. ¿Qué ha pasado? ¿Te torturaron? Pareces herido.

—Vamos de a poco, ¿de acuerdo? —Apreté los ojos como si me doliera la cabeza.

—Por supuesto. —Esbozó una media sonrisa.

—Gracias.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—Gracias. —Le apreté el hombro, haciendo que su sonrisa se ensanchara—. Ahora me voy a mi despacho. He pasado mucho tiempo alejado de todo y necesito mentalizarme de lo que ha pasado antes de volver al trabajo.

—De acuerdo.

Pasé junto a él y seguí adelante, esperando no ser interceptado por nadie. Tendría unos minutos para despedirme de todo lo que Sebastian Dauphin representaba, porque dejaría atrás quién era…



Nina

Capítulo sesenta y uno

No había visto a Sebastian desde el almuerzo del día anterior y mi padre me dijo que estaba en una misión. También a mí me estaban poniendo a prueba.

¿No sabían lo mala que era la preocupación para una mujer embarazada?

Mi hija se retorció en mi barriga y le puse la mano encima para intentar calmarla.

—Todo va a salir bien, pequeña. Tu padre vendrá pronto para que podamos elegir juntos tu nombre. —Se lo prometía, pero quería creerlo más que nada.

Estaba trasteando con el ordenador, buscando algo que hacer que me mantuviera distraída, pero ni siquiera los códigos de antes servían.

Di la vuelta a la silla, estiré el cuerpo de un lado a otro y chasqueé los dedos.

Necesitaba un poco de paciencia. Todo iba a estar… *¿Bien?*

Mis pensamientos se interrumpieron cuando una noticia apareció en las notificaciones de mi pantalla. Desde que había descubierto que Vincenzo Palazzo era Sebastián Dauphin, había creado un robot para rastrear internet en busca de cualquier artículo sobre mi hombre. Mantuve pulsado el ratón y pinché en el enlace. El artículo acababa de publicarse, pero ya circulaba por varios sitios web.

Muere el director de la división de crímenes organizados de Interpol.

¿Muere? ¡No! Esa noticia no puede ser real...

Mi mente se aceleró y mi corazón se rompió cuando abrí una de las páginas y empecé a leer el artículo.

Mis esperanzas de que pudiera ser cualquier otro se desvanecieron cuando vi el nombre de Sebastian y una foto suya. Algunos sitios hablaron un poco de su trabajo en la oficina y de las confiscaciones internacionales que había realizado, mientras que otros describieron lo sucedido con más precisión.

Esa mañana había llegado al trabajo, tenía una reunión con agentes y durante el almuerzo había recibido correspondencia en su despacho. Estaba solo en la sala cuando algo explotó y afectó todo el piso. Además de la muerte del director, cuyos restos mortales aparecieron carbonizados por toda la sala, la explosión afectó a otros agentes: cinco fueron hospitalizados y otros veinte sufrieron heridas leves.

—No... —gemí—. ¡No! —un grito de tristeza, frustración y rabia salió de lo más profundo de mi garganta.

Creía que después de haber pasado por todas las pruebas de mi familia, por fin estaríamos juntos, pero le habían tendido una trampa y el hombre al que amaba estaba muerto. No podía dejar de pensar en ello y la realidad me rompió el corazón.

Después de unos minutos sola, llorando y con el corazón en un puño, oí un ruido procedente del salón e imaginé que serían mis padres y mis hermanos. Me levanté, frotándome los ojos para quitarme las lágrimas, pero solo conseguí enrojecérmelos aún más.

En cuanto entré en el pasillo, vi a los hombres de mi familia. Los cuatro se giraron hacia mí y me miraron fijamente.

—¿Nina?

—No pensé que harían esto.

—¿Hacer qué? —Giovane estaba confuso.

—¿Por qué me dieron esperanzas y luego lo destruyeron todo? —Empecé a llorar y a sollozar de nuevo y Giovane se me acercó para intentar ayudarme a sentarme en el sofá, pero lo esquivé.

—¿Qué dices, Nina? —preguntó mi padre, más imponente.

—Tú lo mataste. —Fruncí los labios, intentando contener las lágrimas, pero no pude.

Mi padre se me quedó mirando un rato, hasta que se abrió la chaqueta y sacó el móvil, marcó un número y esperó a que sonara para dármelo.

Me lo acerqué a la oreja, aún temblando de angustia.

—¿Hola?

—¿Nina?

—¡Sebastian! —Todavía no podía creer que era su voz al otro lado de la línea—. Acabo de ver las noticias, tú... —Ni siquiera pude terminar la frase.

—Estoy bien.

—Pero...

—No hay por qué preocuparse. —Era como si supiera exactamente lo que estaba pasando —. Estoy en camino, te veré pronto.

Busqué los ojos de mi padre mientras le devolvía el móvil.

—¿Cómo?

—Te lo explicará cuando llegue.

Todavía estaba asimilándolo todo, pero el mero hecho de saber que estaba bien me ayudó a calmar el corazón.



Sebastian

Capítulo sesenta y dos

Elegir a Nina significaba dejar atrás toda mi vida. Pero no tenía ni idea de que tendría que morir literalmente para hacerlo.

Esa era mi última prueba. Era obvio que los Bellucci aún no confiarían plenamente en mí, pero esa actitud era la que Mateo quería para poder darme la mano de su hija. Sebastián Dauphin dejaría de existir y yo descubriría una nueva vida junto a ella.

En la maleta que había llevado a mi oficina, estaba el cuerpo de un hombre, no era el mío, pero los restos carbonizados harían irreconocible el ADN. Serían la prueba que necesitaban para creer que la bomba había acabado con mi vida.

Había seguido mi día como cualquier otro, hablando con los agentes e incluso preparando una misión, pero después de la hora de comer, coloqué todo como debía y metí la bomba en una caja en mi escritorio.

Utilicé un dispositivo de alpinismo para descender por el lateral del edificio, situarme en un punto ciego para las cámaras y cruzar la calle, activé el detonador y vi cómo el piso ardía en llamas, destruyendo por completo el lugar donde había trabajado durante años.

Mi madre se enteraría de la noticia, al igual que todos los que me conocían. Mi nombre pasaría a la historia y quizá incluso se me conociera como a un mártir. Pero nunca podría volver atrás.

En cuanto los bomberos se acercaron al edificio y los curiosos empezaron a rodearlo, me alejé, me subí la capucha de una sudadera para taparme la cara y le di la espalda a todo.

El billete de Lyon a Milán ya estaba comprado y no tuve que presentar más documentación que la tarjeta de embarque.

Estaba sentado en el tren, observando el paisaje a través de la ventanilla, cuando vi una noticia en la pantalla del ordenador de otro pasajero. El mundo ya informaba de mi muerte.

Ya no era el hombre que había nacido en Mónaco en medio de la fortuna familiar de su madre y había decidido marcar la diferencia en el mundo al igual que su padre. El amor me había hecho abandonarlo todo y emprender un camino que creía imposible.

Todo lo que llevaba conmigo era un puñado de euros en efectivo y un teléfono móvil desechable. Al volver a Italia, no pensé que cambiaría de opinión sobre una decisión tan drástica.

Me sorprendí cuando mi teléfono móvil empezó a sonar en mi bolsillo. Mateo Bellucci era quien me lo había dado y probablemente era el único que conocía el número.

Me pongo el aparato en la oreja

—¿Hola?

—¿Nina? —Me sorprendió oír una voz llorosa al otro lado de la línea.

—¡Sebastian! Acabo de ver los informes, tú...

—Estoy bien. —Suspiré aliviado al oírla.

—Pero...

—No hay por qué preocuparse —dije para calmarla—. Estoy en camino, te veré pronto.

Nina colgó la llamada y yo me sentí aún más decidido a encontrarla.

Iba hacia ella y tenía la intención de no separarme nunca más de su lado.



Nina

Capítulo sesenta y tres

—Tienes que comer un poco. —Mi madre me tendió un plato y me di cuenta de que había estado dando vueltas sentada en el sofá del salón, mirando la puerta con el corazón oprimido y esperando que en algún momento él entrara y yo pudiera lanzarme a sus brazos.

—Más tarde.

—¡Nina! —Torció los labios en una expresión más seria y recriminatoria—. Estar sin comer no hará que aparezca más rápido. Y tienes que pensar en tu hija.

—Mi hija...

—Sí. —Mi mamá sonrió cuando finalmente acepté el plato.

La bebé también estaba tensa en mi vientre, desde que había leído la noticia de la bomba no se había movido, como si estuviera tan preocupada como yo por lo que le había ocurrido a su padre.

Me esforcé un poco por comer y tomé una cápsula de suplementos para embarazadas que me dio mi madre justo después.

Mi padre estaba sentado en el sillón del salón, frente al televisor apagado, y su expresión era de total vacío. Quería entender lo que podía estar pasando por su cabeza, pero sus ojos no transmitían nada. Le agradecí la oportunidad que le estaba dando a mi relación con Sebastian, por muy difícil que fuera para él. En el fondo, había cumplido su promesa de permitirme estar con el hombre que quería, aunque fuera improbable.

—¿Quieres un poco más de agua? —mi madre volvió a llamarme la atención.

—Un poco.

—Voy por ella.

—Gracias. —Le dediqué una media sonrisa.

Intenté ponerme cómoda en el sofá cuando la bebé se contoneó a mi alrededor, recordándome que estaba ahí dentro.

—Todo va a salir bien. —Me cubrí el estómago con la mano como si pudiera abrazarla de alguna manera.

Se retorció aún más, como si hubiera percibido algo de lo que yo no me había dado cuenta, y se puso muy nerviosa cuando se abrió la puerta del salón. Mi corazón dejó de latir mientras mi hija daba saltitos en mi vientre.

Primero vi a Nicolae y detrás de mi hermano estaba el hombre que amaba.

Me levanté del sofá sin pensármelo dos veces y corrí a sus brazos.

—Pensé que tú... —Empecé a sollozar.

—Estoy bien. —Me envolvió en sus brazos—. Estoy bien. —Besó la parte superior de mi cabeza.

—Ella te sintió. —Tomé su mano y la puse sobre mi estómago.

—Hola, hija. —La voz de su padre la agitó aún más de lo que creía posible, como si celebrara el hecho de que estuviera allí.

Estuvimos sentados juntos un rato hasta que Sebastian se dio la vuelta para buscar los ojos de mi padre y lo miró fijamente con seriedad.

—Hice lo que me pediste. Dejé atrás a Sebastian Dauphin.

—Sabes que siempre estaré vigilando tus pasos.

—Lo sé.

—Entonces, actúa.

—Nina... —Sebastian se arrodilló frente a mí y mi corazón saltó como la bebé en mi vientre—. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí! —vibré al ver el anillo—. ¡Sí, acepto!

Deslizó la joya en mi mano temblorosa y se levantó para darme un beso en los labios.

Independientemente de las razones por las que se había acercado a mí, nada era más fuerte que el amor que sentíamos el uno por el otro.



Sebastian

Capítulo sesenta y cuatro

Un mes después...

Mi boda con Nina fue discreta y sin una gran ceremonia, para desgracia de su madre, pero como yo estaba, a todos los efectos, muerto, y su vientre ya no podía ocultarse, la celebración se limitó a una pequeña reunión en la mansión Bellucci.

Ella estaba feliz de que estemos juntos y eso era perfecto. Yo solo quería tenerla para mí y no me importaban las condiciones. Durante mucho tiempo me había preguntado hasta dónde llegarían los Bellucci en su negocio, pero aquella misión me demostró que cualquiera de nosotros solo necesita las motivaciones adecuadas para superar sus propios límites.

Había cambiado de bando por ella y no me arrepentía de esa decisión.

Me levanté cuando oí que llamaban a la puerta del salón. Teníamos nuestro propio piso con un dormitorio que se estaba acondicionando para recibir a nuestra hija, pero la vigilancia aún no había terminado, ya que Nicolae vivía en el piso de arriba.

Hablando de él.

Esbocé una sonrisa forzada al cruzarme con mi cuñado cuando abrí la puerta y lo vi de pie en el pasillo.

—Hola.

—Tengo algo para ti. —Me golpeó el pecho con un sobre y entró en la casa.

—¿Qué es esto? —Fruncí el ceño.

—Tu nueva identidad a partir de ahora.

Abrí el sobre y vi documentos y otros papeles. Saqué mi pasaporte y vi mi nombre escrito junto a una foto mía.

—¿Vincenzo Bianchi?

—Pensé que mi hermana aún podría llamarte Vincenzo.

—¿Ahora que me he acostumbrado a ser Sebastian?

Nos dimos la vuelta cuando ella apareció en el pasillo.

—Sebastián ha muerto, hermanita —dijo Nicolae en tono frío.

—¿Así que ahora todos vamos a llamarlo Vincenzo?

—Así es —confirmó Nicolae.

—Muchas gracias. —Volví a meter mi pasaporte en el sobre.

—No olvides que tu cara es conocida. Así que es mejor evitar las cámaras para siempre. No somos los únicos con tecnología de reconocimiento facial.

—Lo recordaré.

—Dentro hay una breve historia de tu vida hasta ahora. Lo inventamos todo, pero Ettore hackeó los lugares correctos para hacerlo real. Eres oficialmente un italiano.

—¡Qué bonito, mi amor! —Nina me rodeó los hombros con sus brazos.

—Hasta mañana. —Nicolae me miró fijamente antes de darse la vuelta y alejarse por el

pasillo.

—¿Para qué se verán? —Nina parecía sorprendida.

—Para un trabajo. —Mi hermano se encogió de hombros antes de cerrar la puerta de la sala y quedarse fuera del apartamento.

—¿De verdad vas a meterte en los asuntos de mi familia? —me dio la vuelta para que estuviera frente a ella.

—Es un precio que estoy dispuesto a pagar para estar contigo.

—Te amo, Sebas... Vincenzo. —Soltó una risita.

—Yo también te amo, Nina. —La atraje hacia mí y la besé en la boca, pero antes de que pudiera profundizar el beso, sentí que mi hija se movía en su creciente vientre.

—Parece que ella también está emocionada.

—Sí. —Me arrodillé para besar el vientre de mi esposa—. Yo también te amo, hija.

Sentí que la bebé se movía bajo la piel de su vientre y estaba aún más seguro de que la decisión de quedarme con ellas era la mejor que podía haber tomado.



Nina

Epílogo

Meses después...

Acaricié la cara de mi hija, la acuné en mis brazos mientras mamaba de mi pecho. Era tan pequeña e indefensa, y sentí que el corazón se me salía del pecho. Amaba a aquella niña de todas las formas imaginables y, sin duda, era una de las mejores cosas que me habían traído las locuras de la vida.

Me incliné para besarle la frente mientras sentía que me chupaba el pecho aún más fuerte y me lo apretaba con su manita.

Me sorprendí cuando se abrió la puerta de la habitación y vi a mi marido entrar por ella.

—¿Qué tal? —Nos sonrió y se acercó.

—Bien. —Suspiré mientras acurrucaba aún más a mi bebé.

—Hola, mi princesa. —Se inclinó y la besó en la frente.

Ella ni siquiera se movió, concentrada en succionar.

—Amor. —Me besó.

—¿Qué tal el día? —le pregunté mientras lo veía desabrocharse la chaqueta.

—Tus hermanos me pusieron a prueba, pero hasta ahora, nada fuera de lo normal.

—¿Te siguen poniendo a prueba? —resoplé.

—Siempre me pondrán a prueba, Nina.

—¿Cuántas veces tendrás que demostrar que estás de nuestro lado? —Torcí los labios.

—Ya no se trata de haber trabajado para la Interpol, sino de estar casado contigo, pero no pasa nada. —Sonrió—. Puedo tratar con ellos. Se preocupan por ti y no son los únicos. Tenemos que cuidar de mamá, ¿verdad, Valentina?

La niña me soltó el pecho y se volvió para mirar a su padre, como si estuviera de acuerdo con lo que decía.

—Princesa. —Volvió a besarle la frente y cuando se apartó la niña estaba dormida.

—Parece que alguien se ha contagiado del cansancio de papá. —Bromeé.

—Tal vez. —Se rió.

—¿Ella es la única que está cansada? —Me miró con más picardía y me desconcertó por completo.

—¿De qué estás hablando?

—Ya sabes.

—Vince... —Cubrió mis labios con la punta de sus dedos.

—No queremos despertarla.

Asentí y me levanté para acostar a mi hija en la cuna de su habitación. En cuanto la acomodé en la pequeña almohada y me alejé, apoyándome en el borde de la cuna, mi marido me levantó y me dio la vuelta.

Me agarré a su cuello y nuestros ojos se encontraron, haciéndome jadear.

—Llevo todo el día pensando en ti —susurró.

—No puedo decir que yo no haya hecho lo mismo.

Me llevó hasta la puerta de nuestro dormitorio y todo mi cuerpo se calentó cuando me tumbó en el colchón. Sin ceremonias, agarré el cuello de su camisa y acerqué su boca a la mía. Nuestras lenguas empezaron a entrelazarse y un beso feroz me calentó por todas partes.

Sus manos subieron por mis muslos, dejando un rastro de llamas en el lateral de mis bragas, que era lo único que llevaba debajo. Sus dedos siguieron subiendo, llevándose con ellos mi top de lactancia, y solo interrumpió el beso para bajármelo por los brazos.

Nos quedamos mirándonos un momento y Sebastian me mordisqueó el mentón, moviendo su boca por mi cuello, mi garganta, el valle entre mis pechos y mi vientre. Le agarré del pelo y me quedé mirándolo mientras me bajaba las bragas y metía la cabeza entre mis muslos. Puse los ojos en blanco cuando su aliento rozó mi sexo y arqueé el cuerpo en espera del oral.

Cuando su lengua tocó la parte más placentera de mi cuerpo, tuve que contenerme para que un fuerte gemido resonara por toda la casa y despertara a nuestra hija.

—Qué delicia... —murmuró con su boca en mis labios mayores antes de hundirla en mí.

Era difícil no gemir, mientras me chupaba, succionaba y su lengua danzaba sobre mí, mi tensión no hacía más que crecer y mi cuerpo daba señales de que iba a explotar en cualquier momento.

Moví las caderas, llevándomelo a la boca y suplicando más hasta que me agarró las nalgas, impidiendo que me revolcara para poder ser más precisa. Tiré de su pelo con más fuerza mientras me entregaba al éxtasis cuando me agarró.

Jadeando, me tumbé en la cama mientras él se alejaba de mí, desnudándose sin apartar sus ojos de los míos. Su maravilloso cuerpo en perfecta forma no tardó en desnudarse y pensé que iba a tumbarse encima de mí, pero mi marido me agarró por la cintura y me hizo girar para que me tumbara boca abajo.

Agarré la sábana, retorciéndola entre los dedos mientras él cubría mi cuerpo con el suyo y su pene se deslizaba deliciosamente dentro de mí. Hundí la cabeza en el colchón mientras él empezaba a moverse, rozando su piel contra la mía y presionando su pelvis contra mi culo.

Quería más, más y más...

Me entregué por completo a las sensaciones.

Me agarró del pelo, sujetándome la cintura con la otra mano y se hundió aún más dentro de mí hasta alcanzar el éxtasis y en medio de su orgasmo yo alcancé el mío.

Sentí su aliento en mi nuca durante un rato mientras se desplomaba sobre mí.

Se volvió hacia un lado tras recuperarse y me atrajo hacia su pecho, dejando que nos acomodáramos en el centro de la cama.

Le sujeté la cara mientras aún luchábamos por respirar y lo obligué a mirarme. Estuvimos sentados en completo silencio durante mucho tiempo hasta que me atreví a romperlo.

—Si pudieras retroceder en el tiempo y no haberme conocido nunca, ¿qué harías?

—¿Si pudiera tomar una decisión diferente sobre la misión? —preguntó para estar seguro de a qué me refería.

Asentí.

—Lo haría todo de nuevo para estar aquí contigo. —Cuando se inclinó para besarme,

tuve la certeza de que, tuviera el nombre que tuviera, él siempre me elegiría a mí.

Sobre la autora

Jéssica Macedo, 28 años, es brasileña y forma parte de Forbes Brasil's Under 30, una lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, un verdadero fenómeno editorial entre las lectoras.

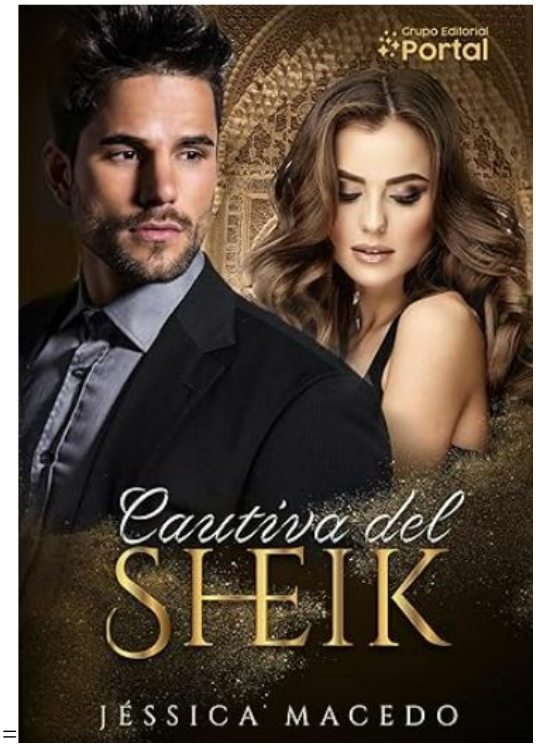
Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa, y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con el lanzamiento de su primer libro, «Vale das Sombras». Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas, «Eternamente Minha», en un largometraje emitido en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/

Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon — https://www.amazon.es/jessicamacedo

= 

Link=> https://amzn.eu/d/02oUAm65

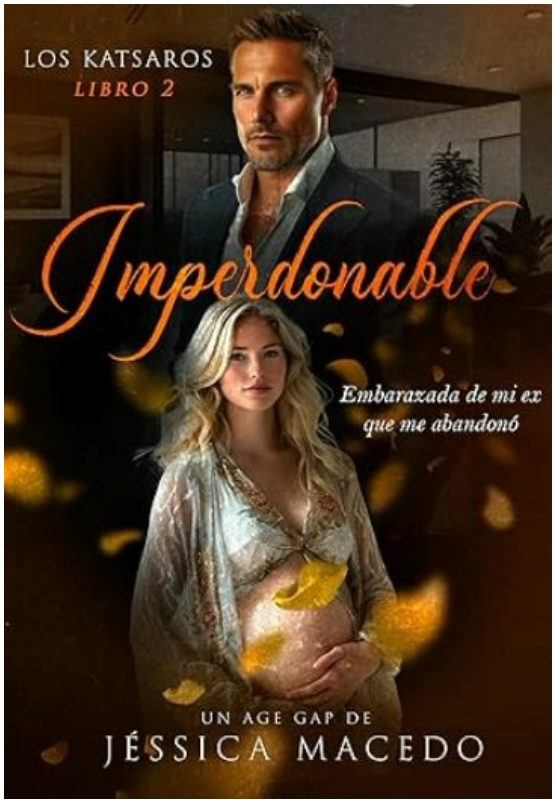
El jeque Hassan Khan Al-Abadi no tenía intención de volver a casarse; tras perder a su primera esposa a causa de una terrible enfermedad, dedicó su vida al pueblo de Sahra, el Emirato que gobernaba, a su hija pequeña y al sueño que había heredado de su padre, llevar la modernidad a Oriente.

Director general de un importante promotor inmobiliario responsable de urbanizaciones en toda Arabia, veía llegar la modernidad con cada nuevo edificio.

Hassan no esperaba que una mujer extranjera se cruzara en su camino y fuera como un destello de sus sueños. Le invadió un sentimiento abrumador que le demostró que podía volver a involucrarse, pero esta vez con una mujer de su elección.

Cuando Rosimeire ganó un viaje a Dubai, no esperaba convertirse en el blanco de los deseos de un hombre poderoso. No quería involucrarse con alguien de una cultura tan incompatible con la suya. Sin embargo, el jeque no la abandonaría.

Hassan estaba dispuesto a todo para hacerla suya.



Link=> https://amzn.eu/d/0eoPGQrE

Petros Katsaros, director general de una importante compañía naviera, se enfrenta al declive de su matrimonio y decide divorciarse, decidido a dejar a su mujer y seguir su vida de soltero.

A Chirly el abandono le rompió el corazón. Cuando se casó con el hombre de su vida, nunca imaginó que la abandonaría, pero así fue. Sola, luchaba por recoger los pedazos y salir de ese pozo de tristeza y la increíble noticia de su embarazo fue como una luz al final del túnel.

Petros no se dio cuenta de que el tiempo y la distancia le demostrarían que estaba equivocado, pero para recuperar a su mujer tendrá que luchar por una segunda oportunidad.



Link=> https://amzn.eu/d/9ICyLel

Hace cinco años, el multimillonario y hotelero griego Klaus Demetriou sufrió un terrible accidente que le costó la vida a su mujer y le dejó entre la vida y la muerte. Rescatado por una familia de pescadores, sobrevivió milagrosamente, pero regresó a casa con una enorme deuda.

Pedro Katsaros era un tipo sencillo que estaba orgulloso de la vida que llevaba y nunca le pediría ningún favor al hombre que rescató en la playa, pero algo terrible le ocurrió a su única hija y no tuvo más remedio que recurrir al magnate más poderoso que conocía.

Klaus no quería involucrarse, atrapado con sus propios fantasmas, no necesitaba complicarse la vida, pero no tenía elección. Deudas como la que tenía con el pescador debían ser pagadas, sobre todo cuando el pobre hombre fue asesinado por los mismos criminales que se llevaron a su hija. Rhea se convirtió en su responsabilidad y para traerla de vuelta sana y salva tuvo que comprarla.



Link => https://amzn.eu/d/iCsTkSD

Casarme era algo que nunca había imaginado hacer. La soltería me ofrecía muchas ventajas y las disfrutaba mucho.
Nací en el seno de una familia influyente que poseía una compañía aérea y siempre lo tuve todo, pero la política me dio el poder. Sin embargo, siempre he sido un hombre muy ambicioso.

Quería más, quería la presidencia del país.

Yo creía que era la mejor opción, no sólo por mi ego, sino por mis logros políticos. Sin embargo, muchos miembros del partido parecían no estar de acuerdo con mi candidatura.

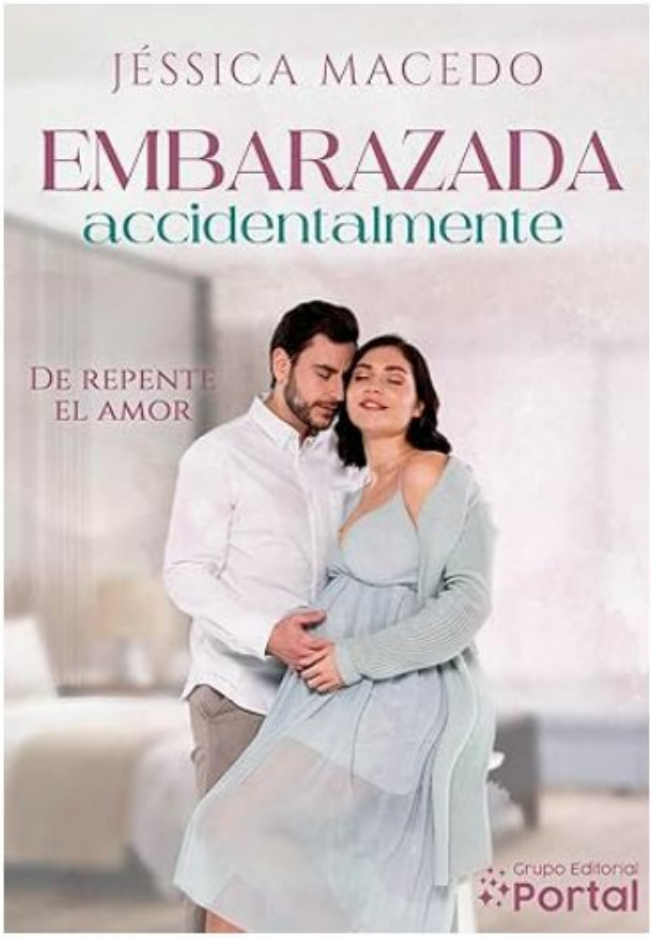
No era el hombre perfecto a sus ojos, incluso con todo su dinero e influencia. Habrían preferido otro candidato, alguien que favoreciera los valores tradicionales, un hombre comprometido con su familia.
Tenía que casarme.

Pero el dinero podía solucionarlo todo, sin que yo tuviera que cambiar mi estilo de vida. Un matrimonio por contrato era lo que necesitaba.
Penélope es doce años más joven que yo, ingenua, pobre y fácil de moldear. A mi lado, sería la decoración perfecta. Nunca tuvo nada y se comportaría para mantener el mundo que yo le ofrecía.

Lo controlaría todo, como siempre he hecho. Pero no podía prever que ella sería capaz de infiltrarse en las barreras de mi corazón.



https://www.amazon.es/gp/product/B0CLKXFHCK



https://amzn.eu/d/bFC4gyn